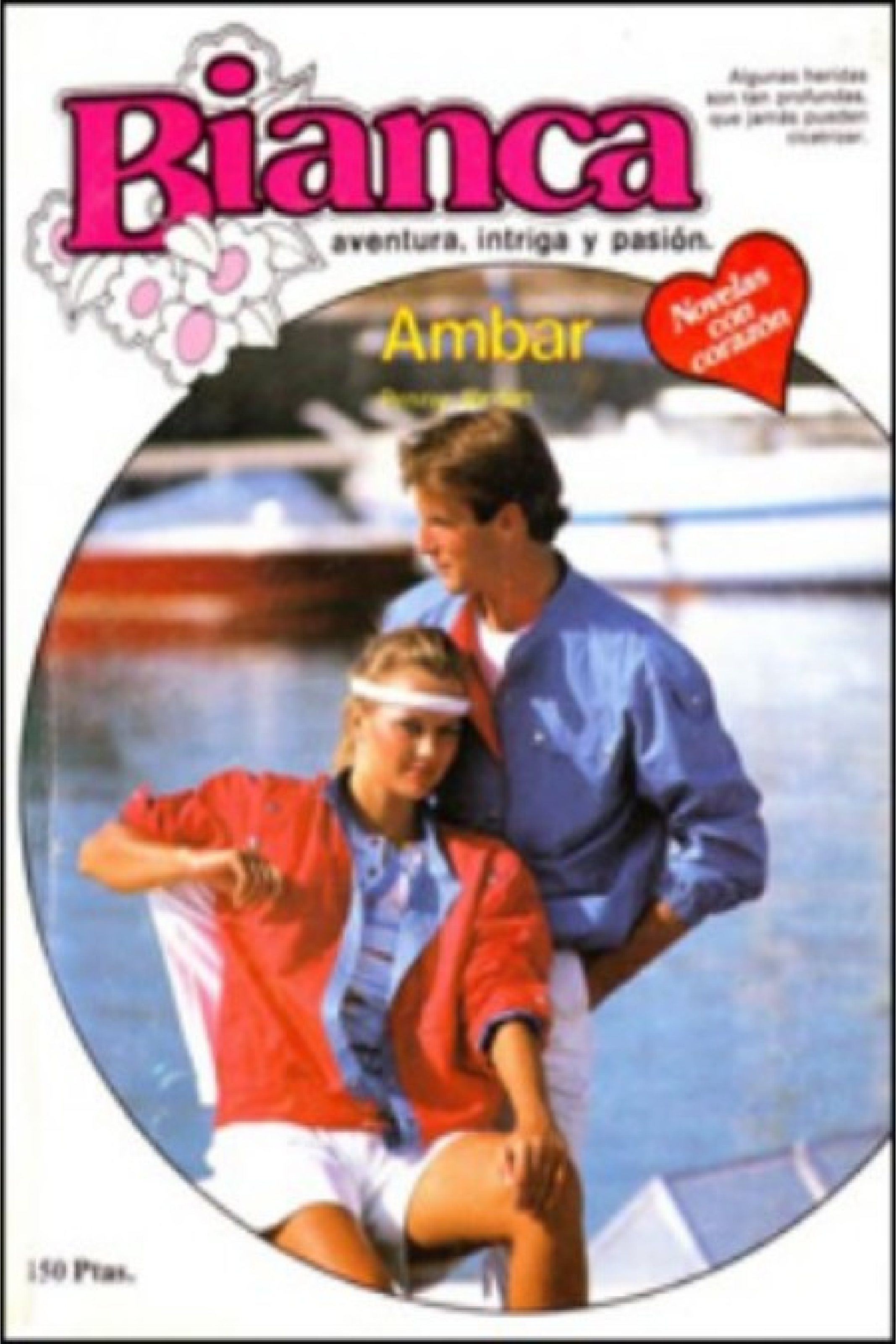


Bianca
aventura, intriga y pasión.
Algunas heridas son tan profundas, que jamás pueden cicatrizar.
Novelas con corazón
Ambar
150 Ptas.

**ÁMBAR**

**Penny Jordán**

BIANCA n.° 124 - 20-6-84

Título original: The flawed marriage

Ámbar era una joven atractiva, alegre y despreocupada, hasta que un accidente cambió su vida por completo. Los médicos le dijeron que era muy difícil que recuperase el movimiento de la pierna; pero su prometido le causó un dolor aún más profundo al abandonarla. El tiempo no había podido cicatrizar su destrozado corazón, cuando conoció a un hombre que le ofreció empleo, techo y el dinero necesario para la operación que le devolvería la salud, ¡y lo único que tenía que hacer era convertirse en su esposa!

## CAPÍTULO 1

ERA UNA tarde muy fría y además, lo que constituía el mayor motivo de preocupación para Ámbar, la neblina, que cubría las cimas de las montañas más altas de la región de Lakeland, había descendido hasta el camino por el cual ella se dirigía, después de haber mantenido una entrevista con la doctora de la casa-hogar de aquella localidad.

Ya era tarde. Se abrochó el abrigo mientras andaba, arrastrando la pierna derecha al tratar de acelerar el paso. ¡Su pierna! La miró con tristeza. Empezaba a considerarla la causa de todas sus penalidades, incluso de que ese último intento por obtener un empleo hubiera resultado fallido.

Cuando salió de Birmingham, esa misma mañana, estaba convencida de que, por fin, iba a encontrar trabajo. Durante el largo trayecto en tren estuvo repasando mentalmente lo que ella llamaba su *hoja de servicios.* No sólo tenía mucha experiencia como profesora sino que también había estado más de un ano cuidando niños, lo que la acreditaba como la persona idónea para el puesto que iba a solicitar.

Contempló una vez más su pierna. Habían transcurrido seis meses desde el accidente. ¡Seis meses! Para Ámbar era como si hubiesen pasado seis siglos desde que la chica feliz de veinte anos que era entonces, se convirtió en una persona amargada.

Aquel aciago día se dirigía a su trabajo. Había decidido que, después de licenciarse, se dedicaría a la enseñanza. Sin embargo, el mismo año que se licenció, se interrumpió la contratación de profesores y por tanto, decidió hacer un curso de enfermería.

Recordaba que cuando se lo dijo a Rob, estuvo de acuerdo. Su novio estaba a punto de terminar la carrera de medicina, y quería dedicarse a la práctica particular aunque eso significara estudiar una especialidad, para lo cual hacía falta mucho dinero. Por eso, cuando Ámbar le dijo que pensaba trabajar como enfermera se alegró, pues de esa manera podrían adelantar la fecha de la boda.

Aquella mañana, absorta en sus pensamientos, Ámbar se dirigía al hospital. No tenía que andar mucho pues vivía en una pensión para estudiantes que quedaba bastante cerca de su lugar de trabajo. Estaba confundida con la noticia que Rob le había dado el día anterior; iba a marcharse a Arabia Saudita para trabajar durante dos años como ayudante de un eminente cirujano plástico. Era una oportunidad que no podía desaprovechar, pero fue un golpe muy duro para ella. Se habían conocido en la universidad, sabía que tendrían que pasar varios años antes de que pudieran casarse, pero se había hecho a la idea de que efectuara la especialización en uno de los principales

hospitales de Birmingham, no a miles de kilómetros de Inglaterra.

En medio de sus reflexiones se dio cuenta de que un autobús se detenía frente a ella y unos risueños niños descendían de él. La niña del impermeable amarillo que salió por atrás... el automóvil aproximándose a gran velocidad... la reacción de Ámbar fue automática e innecesaria. La niña, a salvo en la acera, de alguna manera había evitado el coche, pero ella, que trató de rescatarla, fue lanzada al aire como una muñeca de trapo y perdió el sentido.

Tuvo suerte o, al menos, los médicos trataron de convencerla de que había sido así. Pero ella no estaba de acuerdo pues su pierna, con los músculos destrozados por completo, nunca podría quedar bien aun cuando el cirujano le asegurara con extrema seriedad que había estado a punto de amputarla.

Habían transcurrido seis meses y estaba convencida de que ningún esfuerzo humano podría devolver la normalidad a su extremidad derecha. Había una remota posibilidad que la joven descartó en seguida. Según el doctor Savage, podía hacerse una arriesgada operación que se practicaba sólo en los Estados Unidos, pero costaba mucho dinero, no se garantizaba su buen resultado y después habría que efectuar la cirugía plástica para eliminar la cicatriz.

Rob fue muy comprensivo con ella después del accidente, pero sus visitas fueron haciéndose cada vez menos frecuentes. Un día, el joven dijo a su novia que un médico famoso, que intentaba abrirse camino en la alta sociedad, necesitaba una esposa elegante y atractiva. Ámbar comprendió y propuso romper su compromiso lo cual Rob aceptó sin vacilar.

Esa noche Ámbar derramó lágrimas de amargura pues nunca se había sentido tan sola. ¿A quién podría recurrir? Su padre había muerto cuando ella tenía ocho años y su madre se había vuelto a casar cuando ella estaba en la universidad. Le agradaba su padrastro, pero estaban muy distanciados. Además le resultaba imposible continuar trabajando en el hospital, de modo que decidió emprender el viaje al distrito de los Lagos, con la ilusión de encontrar allí un buen empleo.

Cuando leyó el anuncio solicitando una niñera en la casa-hogar, sus esperanzas comenzaron a renacer. Los solicitantes se habían mostrado muy interesados cuando habló con ellos, por teléfono, pero cambiaron de opinión al verla.

Recordaba la crueldad con que le habló el entrevistador; le explicó que la persona ideal para el puesto debía ser ágil e incansable, pues tendría que cuidar veinticinco niños cuya edad máxima era de trece años. Ámbar pensó que, desde luego, ese trabajo no era adecuado para un inválido.

Volvió a tiritar cuando sopló la brisa helada. ¡Quién lo diría! Parecía invierno en pleno mayo. Ésa era una de las partes más altas del país y si no se hubiese desviado para ver las truchas en la corriente que descendía de la montaña, no habría perdido el autobús y no hubiera sido necesario transitar por este interminable camino.

Apretando los labios para soportar el agudo dolor de los músculos lastimados, continuó andando. Ya se había acostumbrado a soportarlo. Los médicos le habían recetado una gran cantidad de medicinas, pero se había negado a tomarlas.

Algunas veces pensaba que lo único que la mantenía viva era la constante lucha para no darse por vencida. ¡Había estado tan ilusionada esa mañana! El trabajo le hubiese proporcionado todos los medios para sostenerse y un techo, pues desde su renuncia en el hospital había ido gastando sus precarios ahorros en la renta de una fría habitación en una casa de huéspedes en Birmingham, y en sus diarias necesidades.

Pudo haber recurrido a su madre, pero por orgullo no lo hizo. El mismo orgullo que la había impulsado a sonreír y a esforzarse por parecer alegre cuando su progenitora le anunció su intención de establecerse en España; dos semanas más tarde se iría con su esposo y Ámbar quedaría completamente sola.

Limpió con enfado las lágrimas de autocompasión que brotaron de sus ojos. No tenía objeto pensar en el pasado. De cualquier manera, nunca hubiese podido vivir con su madre, aunque le ofreciese un hogar. Tenía que conseguir un empleo, ¡alguna forma de ganarse la vida!

Se repetía una y otra vez las palabras del cirujano. Recordaba sus consejos. No debía renunciar a la operación que podría reconstruir su pierna por completo, era una débil esperanza que en un principio había rechazado, pero a la que se había aferrado en las últimas semanas, y se había convertido en su único objetivo desde que Rob la abandonó.

Las lágrimas volvieron a acudir a sus ojos. Se encontraba sola y estaba segura de que nunca podría volver a andar. Por eso era feliz pensando que, si se operaba y la operación salía bien le demostraría a Rob lo que había perdido al abandonarla cuando más le necesitaba.

Llevaba los puños apretados y sus bellos ojos reflejaban rencor. Ella siempre estuvo orgullosa de sus ojos; eran de un castaño muy claro, y tenían un brillo especial, que había inspirado su extraño nombre. Rob los llamaba con cariño «ojos de tigre», y decía que los amaba con la misma intensidad que a todo lo demás. Pero ya nadie le diría al oído palabras de amor.

Se estremeció por el frío, el cabello rubio se le pegaba al cuello por la humedad y en su cuerpo, extrañamente delgado, se notaban aún las huellas de la larga enfermedad.

Rob… Cerró los ojos un momento, agobiada por la debilidad. Echaba mucho de menos la calidez de sus brazos, la ternura de sus besos…

Una ternura que prometía convertirse en pasión, pero el tiempo y las circunstancias siempre habían estado en contra de su relación. Ámbar se negaba a tener su primera experiencia de entrega total bajo pasiones o de una manera poco romántica. Rob se burlaba de ella, pero nunca trató de imponerle su voluntad. Cuando, por fin, la joven accedió a salir de vacaciones con su novio, y a iniciar con él una relación más íntima, sobrevino el fatal accidente.

Perdida en el pasado, no escuchó el ruido del coche que se aproximaba hasta que el fuerte sonido del claxon la sacó de su ensimismamiento.

De golpe regresó al presente. Lo primero que vio fue la deslumbrante luz que despedían los potentes faros del coche. Se quedó paralizada; su rostro se transformó por el horror antes de que el coche virara con brusquedad hacia el otro extremo del camino y se detuviese.

El repentino cese del sonido del motor hizo desaparecer la muralla de terror y, moviéndose tambaleante, Ámbar salió de la carretera. Detrás de ella oyó abrirse una puerta y luego unas fuertes pisadas. Ansiosa por escapar continuó andando, casi corriendo, y lanzó un grito de dolor cuando una poderosa mano se posó sobre su hombro.

— ¿Qué le pasa? ¿Por qué no se ha apartado del camino? ¿Quería suicidarse?

La ruda voz masculina causó una tremenda impresión en la sensible joven. El hombre la sacudió violentamente, y un mechón de pelo cayó sobre la cara de Ámbar. Molesto, él lo apartó y levantó la cabeza.

— ¡Vaya, vaya! —Exclamó sarcásticamente cuando vio el demacrado rostro de la joven, consecuencia de la mala alimentación —. ¿Qué intentaba hacer? ¿Buscar un escape bajo las ruedas de mi coche?

— ¿Y si así fuera…? —gritó Ámbar, sintiendo una gran humillación.

—Entonces es una tonta. La vida es para vivirla, pequeña, no para desperdiciarla. Es algo que se aprende en estas montañas. Desde luego, no es de por aquí, ¿verdad?

El desconocido miró el abrigo de la joven, poco adecuado para el lugar en el que se encontraban, y los zapatos de ciudad.

— ¿Qué hace por aquí? ¿Ha venido de vacaciones con su novio y ha

discutido con él?

Ámbar levantó la barbilla, desafiante. Le hubiera gustado que la neblina desapareciera y que el paraje estuviese iluminado para que ese insufrible extraño viera la ira reflejada en sus ojos.

—Eso es demasiado infantil. Ningún hombre vale la pena como para que uno dé su vida por él.

—Entonces, ¿qué hace aquí? ¿De paseo?

El tono de sus palabras era humillante.

—Buscaba trabajo en una casa-hogar.

—Y al no conseguirlo ha pensado que lo mejor era arrojarse bajo las ruedas de mi automóvil. Un poco drástico, ¿no le parece?

Exasperada al máximo exclamó:

— ¡No sea ridículo! No me he arrojado bajo las ruedas. Es más... De pronto recordó que se había quedado paralizada frente a la luz de los faros y que durante unos instantes fue incapaz de moverse. Pensó que, después de todo, era lógico que él hubiera sacado esa impresión.

—Usted conducía muy deprisa. Podía haber provocado un accidente. Los conductores nunca piensan en los peatones —la amargura hizo eco en su voz—. No les importa el peligro que, por su culpa, corre la vida de otras personas y cuando provocan un accidente, en lugar de ayudar, huyen...

— ¿Qué está diciendo? ¿Que tengo que pagarle una indemnización? Yo creo que ha visto demasiadas películas en la televisión y está muy equivocada. El coche debe tocarle, sin no, no puede usted reclamar nada.

—Y aun así no siempre se obtiene compensación —dijo Ámbar con frialdad recordando su propio caso, pues a ella le fue imposible reclamar una indemnización al conductor que la había atropellado, a pesar de que conducía a gran velocidad.

No llevaba reloj y de pronto recordó que el último tren salía a las ocho y media. No tenía idea de la hora que era. Había salido de la casa-hogar a las siete y le parecía que llevaba mucho tiempo andando.

— ¿Me podría decir qué hora es, por favor? Tengo que coger el tren y se me está haciendo tarde.

—Son las ocho.

Eran las ocho y aún le quedaba un largo camino por andar. Debía darse prisa. Sólo tenía unas cuantas libras y si perdía el tren no le quedaría más remedio que esperar hasta la mañana siguiente, lo que quería decir que tendría que buscar una pensión donde pasar la noche.

—Gracias, debo irme...

Ámbar casi corría. Por primera vez no le preocupaba lo que pudiera pensar de ella.

Oyó que la puerta del automóvil se cerraba enseguida; pensó que ese hombre no conocía las más elementales reglas de la educación. Sin causa alguna la invadió el resentimiento. Al menos podía haberse ofrecido para llevarla hasta el pueblo, aunque fuese en dirección contraria.

Pero, ¿por qué iba a hacerlo? Quizá si hubiese sido la chica de antes la hubiera encontrado atractiva y por lo mismo se hubiese ofrecido para llevarla. Antes, cuando no lo necesitaba, todo el mundo la colmaba de atenciones. Pensó que era injusto que a causa de su defecto físico todo el mundo la rehuyese.

Estaba de nuevo tan absorta en sus pensamientos, que no escuchó el ruido del motor hasta que el coche llegó a su altura, y |la misma voz masculina gritó:

—Suba. La llevaré a la estación.

La puerta opuesta a la del conductor se abrió y la luz interior reveló el lujo de los asientos color crema y la apariencia de su dueño; Ámbar contuvo el aliento con una mezcla de admiración e incertidumbre.

Al dirigirse cojeando hacia la puerta abierta se fijó con más detenimiento en el desconocido, no podía decir que fuera apuesto.

Impresionante, atractivo, intensamente masculino, serían los términos para describirle. Los ojos grises la miraron de arriba abajo.

—Está cojeando.

La joven estaba muy acostumbrada a escuchar esa frase; sin embargo en esa ocasión, no había en el tono de voz ningún signo de lástima.

Él se inclinó y la ayudó cerrando la puerta, como si fuese una niña incapaz de hacer las cosas por sí misma.

— ¿Cómo ocurrió?

La observaba detenidamente. La otra Ámbar, la de antes, le hubiese descrito como un hombre extremadamente varonil y atractivo, pero la actual Ámbar sólo vio el oscuro propósito que acechaba en la profundidad de sus ojos grises.

Hubiera querido escapar del ambiente íntimo del automóvil y de la perturbadora proximidad de su propietario. Pero pensó que si no aceptaba su oferta podría perder el tren.

—Un accidente —le dijo—. ¿Vive en esta zona?

—Digamos que sí.

— ¿Qué tipo de accidente? —dijo él, ignorando la pregunta que Ámbar le había hecho, con la intención de cambiar de conversación.

—Me atropello un coche.

—Lo que hace imperdonable su descuido de hace un momento.

—Yo iba bien, sin embargo usted iba demasiado deprisa —respondió

la joven, aunque sabía que no tenía razón en lo que estaba diciendo.
Él arqueó las cejas, lo que hizo resaltar sus delineadas facciones.
- ¿Demasiado deprisa? No estoy de acuerdo —se defendió—. Noventa kilómetros por hora no es excederse en estas carreteras cuando uno las conoce.
Arribar dedujo que vivía en aquella zona aunque no hubiese contestado a su pregunta.
— ¿Incluso en medio de la niebla? —le preguntó, negándose a concederle terreno.
—Es ligera, además yo conduzco muy bien.
Ámbar pensó que era cierto, pues se había dado cuenta de que llevaba el coche con mucha seguridad y destreza.
—Dice que ha asistido a una entrevista de trabajo. ¿Por qué? Usted no es de este lugar —dijo él, al cabo de un rato.
—No sabía que ése fuera otro de los requisitos —contestó ella, sarcásticamente.
— ¿Otro? ¿Es que hay más?
La joven estaba muy cansada y lo único que quería era que terminara esa conversación que tan molesta le resultaba.
— ¿No lo adivina? Pensé que un hombre de una percepción tan fina como la suya se daría cuenta inmediatamente. Como usted ha dicho hace poco, cojeo.
— ¿Y por eso la han rechazado?
Aunque él no apartaba la vista de la carretera, Ámbar sintió que la miraba de reojo, examinando su delgada piel, bajo la cual quedaban al descubierto las cicatrices emocionales.
. —Mis aptitudes son buenas, pero para niñera querían una chica más ágil.
— ¿Niñera? Eso hubiera sido un puesto de dedicación completa.
La miró, buscando un anillo matrimonial en sus dedos y tratando de adivinar cómo sería la vida de esa extraña joven. Soltera y sin poder remediarlo aunque fuera más bien por las circunstancias que por decisión propia. Llegó a la conclusión de que era una mujer digna de lástima.
— ¿Qué piensa hacer?
Aturdida por el frío, la experiencia de la entrevista y los acontecimientos posteriores, Ámbar intentó aparentar indiferencia sin conseguirlo.
—Lo ignoro, quisiera saberlo —murmuró en voz baja, tratando de que su compañero no la oyera.
De repente, él detuvo el coche. Estaban en la entrada del pueblo y aún quedaba un buen trecho para llegar a la estación. Pensando que

había llegado la hora de bajarse, Ámbar intentó abrir la puerta, pero él la detuvo pasando su brazo sobre ella.

La chica se encogió e instintivamente evitó el contacto. En el hospital había aprendido una cosa muy importante; aunque era blanco del interés médico sabía que ya no era una mujer deseable y atractiva. Podía ver la lástima reflejada en los ojos de todos sus compañeros. Al desaparecer la belleza de su aspecto perdió la confianza en sí misma, y se retiró a un mundo en el que sólo cabían el dolor y la desesperanza.

Rob ya no la consideraba atractiva, ¿cómo podría hacerlo cualquier otro hombre? Sin darse cuenta, había adoptado la expresión de una chica que se consideraba fea para los hombres, como en ese momento.

No temía que su acompañante la tocase sino más bien que pensara que ella así lo deseaba. No podría resistir semejante humillación.

— ¿Qué pasa?

Percibió un dejo de diversión en su voz. — ¿Tenía alguna doble intención al aceptar que la llevara? Demasiado tarde, jovencita —dijo con burla—. La tengo atrapada en mis garras y no habrá forma de escapar a mis malvados planes. Cuénteme su vida antes del accidente —le exigió cambiando bruscamente el tono de su voz.

— ¿Qué objeto tiene? Mire, tengo que irme o perderé el tren. Intentó una vez más abrir la puerta, pero ésta, no cedió. —La he cerrado con llave —señaló un tablero muy complicado—. Y no pienso abrirla hasta que haya respondido mi pregunta.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué interés tiene en mí?

—El natural hacia un empleado en potencia —una respuesta totalmente inesperada—. Necesito a alguien que cuide a mi hijo.

— ¿Qué edad tiene? —fue la primera pregunta que se le ocurrió formular.

—Seis años

—Pero, ¿por qué quiere darme trabajo? Hasta hace un momento no nos conocíamos. Ni siquiera sé su nombre...

—Eso se remedia con facilidad. Mi nombre es Joel Sinclair. Vivo a diez kilómetros de aquí.

—Y necesita a alguien que cuide de su hijo. ¿Y su esposa?

Él negó con la cabeza.

—He decidido que usted es ideal. ¿Cómo se llama?

A regañadientes se lo dijo.

— ¿Ámbar? Vaya, casi como el brillo de sus ojos...

Pestañeó, sorprendida de que lo hubiese notado. Rob había salido con ella durante un mes antes de darse cuenta de ello.

—Señor Sinclair, ¿está seguro? Quiero decir, con respecto al empleo —preguntó con formalidad—. No es porque... —hizo una

pausa para encontrar las palabras apropiadas, no podía soportar la idea de que le hubiese ofrecido el puesto por lástima.

— ¿Porque siento lástima por usted? —su rostro se endureció—. Cuando me conozca mejor sabrá que en mi vida no hay lugar para emociones innecesarias.

—Bueno, ¿no sería mejor que conociese a su hijo antes de decidir? Es decir, quizá a él no le guste... —se miró la pierna y notó que él también la miraba.

—No se preocupe, le simpatizará. ¿De manera que debo entender que está dispuesta a aceptar la oferta?

Ámbar dudó un momento. Le parecía muy arriesgado aceptar su proposición. Después de todo, ¿qué sabía él de su vida aparte de lo que le había contado? ¿Qué sabía de él? Se humedeció los labios y al mirarle le faltó valor para expresar sus pensamientos, al descubrir que él la observaba.

—Todo es tan poco convencional... Me acaba de conocer y me está ofreciendo cuidar de su hijo sin tener referencias, sin saber nada de mí.

—Sé todo lo que necesito saber —la interrumpió—. De hecho, Ámbar Douglas, usted es algo así como un regalo de los dioses.

Ámbar se estremeció. Alguna vez Rob la había considerado un regalo de los dioses, pero su novio se refería a algo muy distinto. Joel Sinclair sólo veía su pierna desfigurada un defecto que la haría agradecerle la oferta de empleo.

—Pero ni siquiera hemos discutido los términos. Un contrato...

—No se preocupe —le sugirió con suavidad—. Tendrá su contrato y se le pagará bien. Ahora, ¿le interesa mi oferta o la llevo a la estación para que coja el tren?

¡Bien remunerado! Ella necesitaba dinero y, de la manera más inesperada, le ofrecían un empleo que le daba la oportunidad de conseguirlo. Le quiso preguntar cuál sería la cantidad, pero su orgullo y la mirada de él impidieron que lo hiciera.

Respiró profundamente.

—Me interesa.

—Bien —encendió el motor—. En ese caso la llevaré a Lake Fyne para que conozca a Paul enseguida.

Pensó en el largo viaje de regreso a Birmingham, la habitación fría e inhóspita que la esperaba y después se arriesgó a lanzar una mirada al hombre que estaba a su lado.

— ¿Alguna objeción?

Sin darse tiempo para pensar una respuesta, negó con la cabeza. Sentía la poderosa máquina vibrar al recorrer con suavidad el camino

y contempló la oscuridad que los envolvía.

Joel Sinclair vivía a unos diez kilómetros de la ciudad, pero no hubiese distinguido si eran diez o cien. La neblina envolvía el coche.

¡Lake Fyne! Sabía que en Lakeland había lagos menores cuyos nombres no conocía. Probablemente sería uno de ellos.

El camino serpenteaba cuesta arriba, parecía una cinta gris pálido perdida en la neblina.

Sentada en el borde del asiento, Ámbar no se dio cuenta de que el temor se reflejaba en sus ojos, hasta que Joel se volvió hacia ella diciéndole en un tono burlón que se tranquilizara, pero no había por qué temer.

« ¿Qué sabía él?», se preguntó irritada. El señor Sinclair no conocía su problema, no podía comprender la expresión de sus ojos.

Luego pensó en la esposa y en el hijo de ese hombre. La harían miles de preguntas y ella se pondría aún más nerviosa. Podía imaginarse a su esposa; un hombre como ése exigiría belleza en la mujer que llevara su apellido. Sería rubia, elegante, quizá una ex-modelo, y arquearía las cejas con lástima al ver a la inválida que su esposo llevaba a casa.

Se detuvieron de pronto. La neblina se dispersó por un momento y pudo observar el reflejo de la luz de la luna sobre el agua. ¿Estarían ya en Lake Fyne? Continuaron su viaje cruzando unas enormes rejas que se habían abierto como por arte de magia a una simple orden de Joel; luego circulaban sobre un sendero de grava que les condujo hasta la casa, la cual iba emergiendo de la niebla con lentitud.

Joel detuvo el coche. El silencio era casi misterioso y no había luz en las ventanas. Ámbar dedujo que las habitaciones estarían al otro lado donde, seguramente, su esposa le estaría esperando.

Joel salió del coche y, durante unos segundos, la joven pensó que iba a dejarla allí sola; se puso nerviosa e intentó abrir la puerta, pero él, que no tenía ninguna intención de abandonarla, se apresuró para ayudarla a descender del vehículo. Sintió los firmes y cálidos dedos masculinos sobre su mano.

La grava crujía al pisarla. Era una enorme mansión estilo victoriano. Sintió escalofrío mientras esperaba que Joel abriera la puerta.

—El ama de llaves tiene la noche libre.

Joel abrió la puerta de golpe y condujo a la joven hasta una amplia y fría estancia.

—La señora Downs nació en Lakeland y piensa que la calefacción central sólo debe usarse en el invierno. Es demasiado tarde para ver a Paul, debe estar dormido. La llevaré a su habitación y mañana

—Pero estoy segura de que su esposa querrá… —dejó la frase sin

terminar, al observar el sarcástico gesto de Joel.

—Mi esposa. Bien, mi querida amiga, no tengo esposa, y ésa es la razón por la cual la necesito, para reemplazarla.

Sorprendida se llevó las manos a la cabeza, tratando de convencerse de que estaba sacando conclusiones absurdas.

— ¿Quiere decir que necesita alguien para que cuide de Paul durante todo el día pues su madre no vive aquí?

Ámbar estaba cada vez más confundida, y no sabía qué pensar. Él, pensando que debía darle una explicación, se acercó lentamente hasta ella. Cuando estuvieron frente a frente, colocó las manos sobre los hombros de la chica y la llevó hasta la luz de la estancia.

—Lo que quiero decir, Ámbar —dijo con lentitud y frialdad—, es que necesito una esposa. Y no cualquier esposa, sino alguien como tú.
— ¡Está loco!

Parecía divertido más que ofendido.

—No estoy loco. Es lógico que, a primera vista, mi proposición le parezca descabellada, pero estoy decidido a que mi ex-esposa no haga revocar la sentencia de custodia que me han concedido sobre Paul. Sé muy bien lo que hago, y estoy dispuesto a pagarte una buena suma de dinero por seis meses de tu vida... una muy buena suma de dinero —repitió enfatizando cada palabra, sin dejar de mirarla a los ojos. —¡No!

— ¿No? —una vez más parecía divertido—. Te voy a dar toda la noche para pensarlo, Ámbar, y no olvides que he visto el gesto que has hecho hace unos momentos, en el coche, cuando te he dicho que voy a ser muy generoso.

Sin querer formular la pregunta, pero sabiendo que era necesario hacerla, Ámbar preguntó:

— ¿Hasta dónde puede llegar su sinceridad? La sorpresa de Joel se tornó con gran rapidez en una mueca de satisfacción.

— ¡Veinticinco mil libras!

El corazón le dio un vuelco. ¡Veinticinco mil libras! Mucho más de lo que había imaginado y de lo que podría ganar en tan poco tiempo. Más que suficiente para cubrir todos los gastos de la operación y la cirugía plástica posterior.

«No lo puedes hacer», le advirtió una voz interior. «No está bien. Tienes que rechazar la oferta».

Las palabras estaban en la punta de su lengua cuando recordó la pierna afectada y entonces todos sus temores se desvanecieron. ¿Qué eran seis meses después de todo?

_Sería un negocio en el estricto sentido de la palabra —pensó que tenía que escoger cuidadosamente las palabras—, quiero decir...

_Efectivamente, un negocio en el estricto sentido de la palabra _contestó Joel con suavidad—. Te puedo asegurar que no me guía ninguna otra intención. Puedes estar tranquila.

Ámbar se ruborizó. Sabía que, en ese sentido, podía estar tranquila. Era imposible que un hombre en sus cabales se fijase en una inválida como ella, mucho menos un hombre tan atractivo como Joel Sinclair.

Ámbar no sabía qué hacer. Ese dinero significaba mucho para ella y, sin pensárselo dos veces, aceptó.

—Sabia decisión —le dijo Joel Sinclair—. Estoy encantado de que hayamos podido llegar a un acuerdo. Dime, ¿necesitas el dinero para alguna cosa en especial?

No quería que Joel descubriera la utilidad que pensaba darle al dinero y, sin perder tiempo, replicó:

—Ningún propósito más especial que el de cualquier mujer: disfrutar de la vida antes de que sea demasiado tarde. Siempre he deseado hacer un crucero alrededor del mundo...

— ¿Incluyendo un hombre atractivo con quien disfrutarlo? —Agregó Joel con ironía—. Aun así, ¿de qué me quejo? En este caso tu mercenaria ambición beneficia nuestros respectivos planes. Ahora te llevaré a tu habitación. Tengo que salir otra vez para resolver un negocio. Mañana hablaremos.

Subieron la escalera y después de recorrer un largo pasillo, se detuvieron frente a una puerta de caoba, poco faltó para que la joven, aturdida por los extraños acontecimientos del día, chocara contra él.

Abrió la puerta y permitió que ella pasara primero. La habitación estaba decorada con muy buen gusto, y se notaba que los muebles habían sido cuidadosamente elegidos. Sin embargo, a Ámbar el cuarto le pareció frío y poco acogedor.

—El baño es por ahí —le señaló otra puerta en el dormitorio y dijo —: Por lo general desayunamos alrededor de las ocho. Tengo una oficina en Kendal y procuro salir de casa a eso de las nueve, aunque estos últimos días mi horario ha sido muy irregular.

La joven estaba deseando que él saliera de la habitación y al mismo tiempo no quería permanecer sola en esa casa extraña.

— ¿Te molesta algo? —Preguntó con dulzura, al captar la incertidumbre de la chica reflejada en sus ojos—. ¿O esperas que selle el trato de la manera tradicional?

Transcurrieron varios segundos antes de que Ámbar se diese cuenta del significado de sus palabras y se puso furiosa cuando se dio cuenta de que él pensaba que ella estaba esperando un beso.

—Desde luego que no —le contestó con tanta frialdad como pudo—.

Compras mi tiempo más no mi cuerpo. —Quizá sea lo mismo.

Su expresión le dejó un sabor amargo en la boca, recordándole que ya no era la chica a quien los hombres deseaban abrazar o besar.

Durante algunos minutos se dejó llevar por la curiosidad, era divertido imaginar cómo besaría Joel Sinclair. Desde luego, no sería como Rob. En sus besos no habría ninguna torpeza, sabría con exactitud la manera de despertar el deseo de una mujer y cómo alimentarlo.

Horrorizada por sus pensamientos comenzó a desvestirse, dándose cuenta demasiado tarde de que no tenía qué ponerse. Estaba muy cansada y no le preocupaba el hecho de dormir con camisón o desnuda. Por fortuna el baño, a diferencia de la habitación, estaba caliente, lavó su ropa interior y la puso a secar sobre una toalla.

## CAPÍTULO 2

LA DESPERTÓ el llanto de un niño. Se sentó en la cama dispuesta a identificar el sonido que había perturbado su sueño. Se produjo una vez más; eran unos sollozos desesperados. No parecía el llanto normal de un chiquillo y, movida por un extraño impulso, se levantó para tratar de descubrir qué pasaba.

Al cruzar la habitación hacia la puerta recordó que no llevaba ropa alguna. Se dirigió al baño donde encontró una enorme toalla que envolvió alrededor de su cuerpo.

No fue difícil dar con la habitación de Paul. Al entrar le sorprendió encontrarle solo, acurrucado en medio de una montaña de mantas.

—Paul —murmuró y, satisfecha, notó que el llanto del niño cesaba al percatarse de su presencia.

Ámbar se dirigió con paso inseguro hacia la cama. Encendió la lámpara y, al ver las facciones del niño, contuvo el aliento. ¡Era el perfecto retrato de su padre!

—Me llamo Ámbar —prosiguió—, ¿y tú?

—Paul Sinclair y ésta es la casa de mi padre.

— ¿Tenías una pesadilla? —le preguntó la joven buscando conversación.

El pequeño hizo un gesto.

—Algo así —contestó de mala gana.

—Son horribles, ¿verdad? —Continuó sin darse por vencida— ¿Quieres que te traiga un vaso de leche?

—No tengo sed. ¿Qué haces aquí?

Tu papá me ha traído —Ámbar  se dispuso a arreglar la cama. Al hacerlo pudo ver el delgado cuerpo del niño envuelto en un pijama demasiado grande que dejaba al descubierto la pe-quena pierna llena de cicatrices y de aspecto frágil.

Paul se estremeció al sentir su mirada y ella experimentó una gran ternura hacia él, pues sabía, por propia experiencia, lo que el niño sentía en ese momento.

De pronto, se le ocurrió que ésa era una de las razones por las cuales su padre quería casarse con ella, porque tenía algo en común con su hijo. Pero pronto desechó esa idea. Habían quedado muy claro que su matrimonio sólo duraría seis meses y, además, no creía que ese tipo de hombres se casara sólo por capricho.

El pequeño le dio la espalda. Su rigidez expresaba todo lo que ella misma había sentido y jamás podría describir. Sabía que lo que el niño más deseaba en ese momento, era que ella se marchase de la habitación.

Serenamente le tocó un brazo.

—Paul, no tienes que esconder tu pierna.

Él se estremeció.

—Mira —le dijo con ligereza—, mi pierna está igual. Al principio no se movió, pero después y con mucha lentitud e incredulidad se volvió para mirarla. —Déjame ver...

Sin temor, Ámbar se levantó la toalla y aguantó la respiración en espera de la reacción del niño. Por alguna extraña razón el hecho de ganarse la confianza de ese tímido y pálido chiquillo se había convertido para ella en algo de suma importancia. Quizá por un sentimiento de camaradería, pues sabía que él también había sido rechazado, y que ya no abrigaba ninguna esperanza de recibir el amor que, en esa situación, necesitaba más que nunca. Por primera vez después del accidente, no le importó enseñar sus desagradables cicatrices. Ni siquiera se estremeció cuando los deditos de Paul recorrieron su piel.

—Me atropello un coche. ¿Y a ti? —preguntó, una vez más buscando conversación.

—Fue un accidente de automóvil, iba con su madre —dijo una voz desde la puerta.

Ámbar se quedó inmóvil al ver a Joel apoyado contra el marco de la puerta, llevaba puesta como única prenda, una corta bata de baño. Ámbar, que no esperaba semejante aparición, se quedó mirándole, asombrada al sentir que la sangre le hervía a borbotones. ¿Qué le ocurría? Nunca había sentido lo mismo con Rob.

Tendría algo que ver con el hecho de que ya no habría más amores en su vida? ¿Era eso lo que hacía que Joel Sinclair, un perfecto extraño le pareciese tan atractivo?

_No me mires así —dijo interpretando mal la mirada de la joven.

—_ Ella salió ilesa. Deberías estar dormido —reprendió a su hijo.

—Le oí llorar... —explicó Ámbar. —Y como tierna y maternal criatura que eres, viniste a ver qué ocurría.

—Se llama Ámbar —Paul se unió a la charla—. Y su pierna está igual que la mía.

Las miradas de los adultos se cruzaron por encima de la cabeza del chiquillo. Ámbar intuyó que si Joel le había pedido que fuese su esposa durante seis meses era porque, en cierto modo, Paul y ella se parecían mucho.

— ¿Te vas a quedar con nosotros? —le preguntó de pronto, añadiendo—: Me gusta, papá, convéncela para que se quede. No quiero que se vaya, como hizo mamá —se le inundaron los ojos de

lágrimas.

Ámbar se estremeció ante la actitud del niño. ¿Por qué no estaba con su madre? Joel no era viudo, entonces, ¿en dónde estaba su esposa? No podría hacer estas preguntas frente a Paul.

—No lo permitiré, Paul —le aseguró con suavidad—. Ámbar vivirá con nosotros durante una temporada. — ¿Será mi nueva mamá?

Joel se puso muy tenso; la pregunta de su hijo le había pillado desprevenido. Dudó un momento, antes de responder. Ya veremos, Paul. Ahora vuelve a dormirte. Quiero que Ámbar me dé un beso. Con los ojos llenos de lágrimas, la muchacha depositó un beso sobre la suave piel infantil y Paul se aferró a su cuello con desesperación hasta que Joel intervino para librarla del abrazo. Después, apagó la lámpara de la mesilla de noche.

—Quizá deba quedarme hasta que se duerma —sugirió ella. Había una silla junto a la cama y a la joven no le importaba quedarse allí, hasta que Paul volviera a dormirse.

— ¡Si quieres! Yo, desde luego, voy a acostarme.

Poco a poco la respiración de Paul se fue normalizando. Ella repasó toda la información que había recibido sobre el niño. ¡Pobre Paul! El accidente debió ser una experiencia horrible aunque por lo menos, su madre estaba con él y debió gozar de sus atenciones.

Pensó en la señora Sinclair, ¿qué sería de ella? Debió sufrir mucho, especialmente, si no iba nadie más en el coche y era ella la que conducía. Comenzó a cerrar los ojos con lentitud y poco a poco se fue quedando dormida.

Sumergida en sus sueños sintió el cálido toque de una mano masculina sobre sus hombros. Murmuró el nombre de Rob y acarició con el rostro la mano. Al hacerlo, una leve sonrisa de satisfacción jugueteó en sus labios.

—Querido... —la palabra escapó de sus labios acompañada de un profundo suspiro. Abrió los ojos, llenos de felicidad, en espera de los besos de Rob.

Sólo que esta vez no era Rob quien se encontraba a su lado; sin embargo, se dio cuenta demasiado tarde y no pudo evitar que la oscura cabeza masculina se inclinara sobre ella. Los labios de Joel capturaron los suyos con una suavidad que la hizo vibrar de pies a cabeza. Por primera vez en mucho tiempo, Ámbar sintió que seguía estando viva.

Joel levantó en vilo el delgado cuerpo sin el menor esfuerzo

—Bueno, bueno...

Completamente despierta, Ámbar descubrió el peligroso brillo de esos ojos grises que hasta ese instante había considerado fríos. Vio que

ardía en ellos una llama de ira que amenazaba destruir todo cuanto se interpusiera en su camino.

— ¿Y quién es ése tal Rob?

—Era mi prometido.

Ámbar bajó la cabeza. Hubiera preferido no tener que contarle a Joel su experiencia con Rob.

_¿Rob? —el tono de su voz la avisó de que pisaba terreno peligroso.

_ Estuvimos comprometidos —le confió—, es médico y quiere especializarse, los especialistas no pueden darse el lujo de tener esposas inválidas.

_Así que cortó sus relaciones.

— ¿Qué te hace pensar eso? —le respondió molesta.

—Si no lo hubiese hecho, no estarías soñando con él de esa manera. Nunca vuelvas a confundirme, Ámbar, asegúrate de...

La joven sintió que las manos de Joel se deslizaban sobre sus senos y el corazón le empezó a latir desesperadamente. No había forma de evitar el castigo de esos labios que vengaban el error cometido, enseñándole que él no era Rob. Rob nunca la había besado de esa manera, con una pasión que exigía correspondencia, y que hizo surgir de sus temblorosos labios una respuesta que la sorprendió por su intensidad.

Intentó esquivarle y sintió cómo la toalla se deslizaba por su piel. Se quedó horrorizada al darse cuenta de que Joel disfrutaba a sus anchas del espectáculo que ofrecían sus senos desnudos.

—Supongo que no te reconciliarás con Rob —dijo mientras Ámbar se colocaba de nuevo la toalla.

Negó con la cabeza.

—No, y aunque pudiese hacerlo, no lo haría.

—Ahora quieres conseguir algo más provechoso, ¿no es así? ¿Un esforzado médico ya no te satisface?

Paul se dio la vuelta en la cama y Joel le sonrió.

He venido a decirte que son casi las ocho. Deja a Paul dormir un poco más, quiero hablar a solas contigo, antes de marcharme a Kendal.

Bajaré dentro de media hora —prometió ella en tono cortante.

Una vez en su habitación se duchó y se vistió con la misma ropa del día anterior. Estaba aturdida, y prefería no pensar en la extraña sensación que había experimentado al recibir el apasionado beso de Joel. Desde que Rob la había abandonado, sólo tenía un motivo para vivir: recuperar la salud y volver a ser la de siempre, para que él se arrepintiera de haberla rechazado por no ser la chica sana y perfecta de antes del accidente.

Este deseo había sido la única razón por la cual había aceptado la ridicula proposición de Joel Sinclair y, sin embargo, después de conocer al niño, experimentaba una emoción diferente. Sentía compasión por él, estaba segura de que Paul sufría tanto como ella, ¡pobre chiquillo! ¿Por qué no estaba con su madre?

Se apresuró a bajar con la intención de buscar una respuesta para todas sus preguntas. A la luz del día sus ropas parecían aún más desgastadas de lo que en realidad estaban y, durante un momento echó de menos los hermosos trajes que se había comprado cuando Rod y ella planearon ir de vacaciones.

Al pensar en su antiguo novio desaparecieron todas sus dudas. Sí, necesitaba ese dinero, pero tenía que hablar con Joel, era preciso dejar muy claro que su matrimonio sería sólo un negocio. Ella obtendría el dinero que necesitaba, y él, podría conservar a su hijo.

Descendió por la escalera y entró en la amplia y moderna cocina decorada en madera de roble oscuro. Joel estaba friendo tocino y la comida despedía un aroma que abrió el apetito de la joven, que se quedó asombrada al ver que su anfitrión ya lo había preparado todo. La mesa ya estaba puesta. Sobre ella había una cafetera, dos tazas y un plato con tostadas.

— ¿Qué pasa? —Preguntó Joel al ver el sorprendido gesto de Ámbar —. ¿Te extraña que sepa valerme por mí mismo? Sé cocinar bastante bien aunque claro está, no soy el ama de casa ideal. Un padre que cría a su hijo tiene que saber realizar las actividades domésticas fundamentales.

Joel la miró, como buscando su asentimiento. Ámbar afirmó con la cabeza.

—Pero debo confesarte —añadió—, que he tenido mucha suerte al haber conseguido los servicios de la señora Downs. Lamentablemente, desde el punto de vista del juez, las amas de llaves no son recomendables para sustituir a una madre, por eso debo conseguir una esposa. Claro, que por poco tiempo, como muy bien sabes. ¿Tienes hambre?

Ámbar había decidido no probar bocado, pero el apetitoso aroma que despedían los alimentos, y el no haber comido durante los últimos días la hicieron cambiar de decisión.

—Un poco —confesó, sorprendida de haber aceptado con tanta facilidad—. ¿Despierto a Paul?

—No, déjalo dormir. Así podremos hablar tranquilos. Ya te habrás dado cuenta de que sufre una gran depresión. Eso se debe, primero, al accidente y, segundo, a la pérdida de su madre, entre otras cosas.

Era de gran importancia el que hubiese enumerado el accidente

como la principal causa de la depresión que sufría Paul. Pero Ámbar consideraba que ese hombre era demasiado rudo y no podía entender que, además del accidente, el niño sufría mucho por la pérdida de su madre.

—Sí. Su caso se parece mucho al mío —dijo, sin atreverse a expresar sus dudas.

—Esa es la razón por la que te he elegido a ti para llevar a cabo mi plan.

—Lo entiendo.  Ha debido pasarlo muy mal, pobrecito.

—El caso de Paul es bastante complicado, porque, además de las heridas, el día del accidente sufrió un terrible trauma. Te dije que su madre estuvo con él todo el tiempo. No pude decirte frente a él que ella se dirigía a una cita con su amante y tenía la intención de dejar a Paul con una amiga durante toda la tarde. Dicen que la persona más afectada es siempre la última en enterarse, una frase hecha, pero cierta en mi caso.

Joel sirvió el café. Luego, antes de que Ámbar pudiera decir nada, continuó:

Yo no sabía lo que estaba ocurriendo. Es cierto que sospechaba algo, pero nunca llegué a suponer que Teri fuera capaz de Poner en peligro la vida de su hijo a fin de pasar un buen rato con su amante. Él era un estadounidense que trabajaba en los Pozos petroleros del Mar del Norte y le conoció durante unas vacaciones. Al ser hijo de un acaudalado magnate tejano poseía en abundancia lo que más le gustaba a Teri, el dinero. En eso, os parecéis mucho. Ésa es otra de las razones por las que te he elegido precisamente a ti. Una mujer que se vende por unas cuantas libras no permitirá que los sentimientos le impidan llegar a su objetivo final. Desde luego, este matrimonio será temporal. No serviría alguien que se tomara las cosas de manera equivocada y quisiera hacer permanecer algo que sólo puede durar unos cuantos meses.

— ¿Dónde está la madre de Paul? —preguntó fingiendo indiferencia, mientras cogía el plato de huevos con tocino que Joel había colocado sobre la mesa.

—Cómetelo antes de que se enfríe —-dijo, después de llevar el otro plato y coger una silla para sentarse también—. La madre de Paul vive en un paraíso de lujos bajo el nombre de la señora de Hal Bryden IV, en algún lugar de los maravillosos Estados Unidos.

— ¿Os habéis divorciado?

Joel asintió y sus ojos se convirtieron en un trozo de roca gris.

—Me divorcié de ella, no porque me fuera infiel, yo sé que a una mujer no se la puede pedir eterna fidelidad. Me divorcié por Paul. No

pude soportar la idea de que hubiese arriesgado su vida por un momento de placer y no iba a permitir que ocurriera otra vez. Pedí la custodia y me la concedieron. Pero hace poco, Teri apeló a los tribunales alegando que en el momento del divorcio no era capaz de ofrecer a Paul un ambiente familiar estable. Sin embargo, ahora que se ha vuelto a casar dice estar mejor capacitada para desempeñar su función de madre.

Ámbar apenas le escuchaba. Pensaba que lo único que el niño necesitaba era amor, y no estaba segura de que Joel pudiera dárselo.

—Mi abogado cree que las leyes podrían inclinarse de su lado —continuó Joel—. Y, puesto que no puedo arriesgar la vida de mi hijo, he decidido no darle a Teri ninguna ventaja. Como puedes comprender, esto significa que debo proporcionar a Paul un ambiente familiar tan firme como el que ella le ofrece, es decir, un padre y una madre_pero dijiste que sólo sería un arreglo de seis meses —protestó Ámbar.

_ Verás, cuanto mejor sea el hogar que pueda ofrecerle a Paul, menor será la probabilidad de que el juez cambie su fallo. Conozco a Teri y sé que la paciencia no es una de sus cualidades. Dentro de seis meses aceptará su derrota.

_ ¿Y Paul? —Salió en defensa del niño—. ¿Alguien ha consultado su opinión? ¿Alguien le ha preguntado si quiere permanecer contigo?

—No, por la simple razón de que desde el accidente nunca, hasta anoche, había vuelto a hablar de su madre. De hecho, siempre la ha visto muy poco, pues Teri hacía frecuentes visitas a su familia en Estados Unidos y nunca pensó llevarse a Paul, decía que era demasiado pequeño para viajar. Con esto no quiero decir que la única negligente fuese ella. Mi negocio me alejaba de casa con frecuencia y ha habido veces que he pasado semanas sin ver a mi hijo.

Tuvo que ocurrir un accidente para darme cuenta de lo que sucedía. Fue horrible... Él quedó atrapado en la parte trasera del coche y en lugar de ayudarle, se fue a buscar una cabina telefónica para llamar a su amante y decirle que no la esperase; el pobre chico debió pensar que le había abandonado para siempre. Cuando el médico le sacó, estaba histérico. Además, cuando se vio solo, intentó sacar la pierna de debajo del coche, y lo único que consiguió fue agravar la herida.

Ámbar no podía dar crédito al enorme egoísmo de la madre, ¿cómo podría cualquier mujer abandonar a su hijo en un momento como aquél?

Los médicos piensan que cuando las cicatrices emocionales sanen, su pierna responderá mejor al tratamiento, pero otro choque

emocional, tal como el de vivir con Teri a la fuerza, podría retrasar su mejoría.

Ámbar comprendió el dilema de Joel. Espero convencer a mi tía, que vive en Australia, para que venga a residir con nosotros y cuide de Paul, es una persona en quien mi hijo puede confiar plenamente. Nunca confió en Teri  pues era demasiado voluble, y no se podía establecer una relación equilibrada con ella.

Joel hizo una pausa. Le resultaba muy doloroso hablar de ese tema.

—Ella nunca deseó tener un hijo, y jamás ha experimentado mucho cariño por Paul. Pero cuando sepa que me he casado, hará hasta lo imposible para que el juez dictamine a su favor; por eso, al menos frente a los demás, nuestro matrimonio deberá parecer normal.

Levantó la cabeza y miró a Ámbar, rogándole con los ojos que le prestara atención.

—Su esposo es muy rico, lo suficiente como para que Teri pueda contratar detectives privados para que nos espíen. Dentro de esta casa, cuando estemos solos, podremos actuar como un par de perfectos extraños, pero para todos serás la mujer de quien me he enamorado y que a su vez me ama con locura. Compartiremos mi habitación y mi cama.

Ámbar, al escuchar esta última frase, arqueó las cejas en un gesto burlón.

— ¿Qué hay de malo en ello? —dijo Joel, aparentemente molesto.

Ella le dirigió una mirada inquisidora y recordó cuánto necesitaba el dinero.

—Nuestro matrimonio será sólo un negocio.

—O sea que no habrá relaciones sexuales. Creo que eso ha quedado muy claro. Aunque fueras la misma Venus estarías a salvo. Las mercenarias me repugnan, y tus encantos...

Recorrió con la mirada el delgado cuerpo de Ámbar antes de continuar.

—En las actuales condiciones no creo que tus encantos sean irresistibles, pero a los ojos de los demás seremos una perfecta pareja de recién casados. Por mi parte, jamás olvidaré que todo esto sólo es una comedia, ¿quieres volverte atrás?

Estuvo a punto de pronunciar las palabras que le alejarían de él para siempre, pero antes de hacerlo recordó aquella mirada tímida de Paul, y la de Rob, confundido e incómodo al despedirse en el hospital. Eso fue suficiente para guardar silencio y, ante esa actitud, Joel entendió que aceptaba el trato.

—Bien, no hay necesidad de retrasarlo más. Arreglaré una licencia especial, lo cual hará que nuestro matrimonio parezca más romántico.

Un detalle más, antes de que nos casemos quisiera que firmaras un documento en el que reconozcas la temporalidad de nuestro arreglo y en el que declares que recibiste una cantidad de dinero para actuar en calidad de mi esposa durante seis meses; será una especie de seguro en caso de que se te ocurran ideas extrañas.

—Eres muy precavido. ¿El hecho de que tu esposa te cambiara por otro hombre no te ha enseñado nada sobre las mujeres?

Tuvo la satisfacción de observar la ira reflejada en su rostro, pero inmediatamente se controló y escondió el disgusto bajo una expresión cínica a la cual Ámbar comenzaba a acostumbrarse.

—Mucho, pero abundan los millonarios que andan en busca de mujeres como Teri y tú, así es que no creo que tengas problemas, cuando quieras casarte por segunda vez.

## CAPÍTULO 3

TODO ESTÁ arreglado. La ceremonia será el martes, así podremos aprovechar el fin de semana. Primero iremos de compras, necesitamos los anillos —informó Joel con sequedad—, y un nuevo guardarropa.

Ámbar se avergonzó de la falda gris y la blusa blanca, única ropa que llevaba puesta desde su encuentro, pues él no le había permitido regresar a Birmingham para recoger sus pertenencias Tenía muchas cosas qué hacer, tales como avisar a su madre y a la dueña de la casa donde vivía, pero Joel dijo que esas cosas podrían solucionarse por teléfono, dándole a entender que no tendría oportunidad para arrepentirse del trato que había hecho Estaban en la biblioteca. Esa habitación impresionaba mucho a la joven. Allí, más que en el resto de la casa, todo era austero y funcional. El escritorio estaba lleno de papeles, y las estanterías contenían gran variedad de libros.

Al día siguiente tendría lugar su presentación como prometída de Joel. La señora Downs, a quien Joel había llamado para notificarle que no regresara a la casa en varios días, debería llegar por la mañana. Joel le había asegurado que no sería difícil fingí frente a otra mujer, pero para Ámbar no resultaba tan sencilla —-¿Preocupada por lo de mañana? —Le preguntó como si adivinara sus pensamientos—. No lo estés. Sólo imagínate que eres una actriz muy bien pagada, que está representando su papel demás saldrá de forma natural. Todas las mujeres sois unas maravillosas actrices.

Su cinismo la asqueaba, pero fingió no darle la más mínima importancia. Miró el reloj, Joel había llegado de Kendal hacía media hora, casi eran las siete.

—Es hora de acostar a Paul, le he prometido leerle un cuento antes de dormir. ¿Debo esperar hasta que le hayas visto?

— ¿Por qué no vamos juntos? Así le podremos dar la buena nueva.

Ámbar sabía que a Joel le interesaba mucho que ella se llevase bien con el niño; sin embargo, la joven, aunque se había encariñado bastante con él no estaba dispuesta a permitir que a Paul le pasara lo mismo, pues pensaba que no sería justo, ya que al cabo de seis meses tendrían que separarse. De alguna manera le hubiese gustado que el niño la rechazara, pero comprendió que, de haber sido así, Joel no habría continuado con sus planes.

Le horrorizaba la comedia que tenía que representar, pero cuando recordaba el dinero que todo eso significaba, adquiría nuevas fuerzas. El dinero era el instrumento que pensaba utilizar para vengarse de Rob. A menudo se imaginaba cómo sería la escena del encuentro. Ella llegaría por sorpresa a casa de Rob, y éste se quedaría asombrado al

verla restablecida. Se pondría un hermoso vestido y experimentaría el placer de observar su confusión al contemplar lo que, por ambición, había despreciado. Como de costumbre, esas suposiciones le ayudaban a cobrar fuerzas. No perjudicaría a Paul. ¿Y a Joel? Le miró de reojo. Nada podría perjudicar a un hombre que era capaz de proponer algo tan vergonzoso como lo que iban a hacer, exigiendo además, la firma de un acuerdo escrito.

Una voz interior le recordó que ese hombre frío y calculador no siempre debía ser así. Se repitió la pregunta que llevaba varios días haciéndose: ¿Cómo sería Teri?

Mañana vamos a ir de compras a Kendal. La señora Downs se quedará cuidando a Paul, así podremos pasar el día allí, después de todo, uno no se compromete todos los días.

Ámbar pensó con tristeza que ése sería su primer compromiso formal, pues Rob nunca le había dado un anillo.

Raúl jugaba con unos soldaditos de plomo cuando entraron su habitación. Ámbar y el chiquillo ya eran buenos amigos, la había aceptado como una amiga de su padre, sin ningún comentario pero, aunque ya tenía bastante confianza con ella, nunca le hablaba de cómo era su vida antes del accidente.

Ámbar comprendía muy bien al chiquillo. Igual que él, sentía que su pasado era una herida demasiado delicada como para descubrírsela a los demás y, quizá debido a que cada uno comprendía lo que sentía el otro, comenzaba a unirlos un tierno lazo sentimental. Paul, frecuentemente, hacía a su nueva amiga, un sinfín, de preguntas sobre las operaciones a las que se había sometido Su pregunta favorita era la de si Ámbar llegaría a restablecerse por completo.

Se lo preguntó una vez más cuando Joel y ella entraron en si habitación. La joven se arrodilló para ayudarle a recoger los juguetes a la vez que contestaba:

—Así lo espero —mintió con tono alegre, ocultando su rostro bajo el cabello.

-¿Y yo?

Fue Joel el que contestó a la segunda pregunta, cogiéndole en brazos y acercando la pequeña carita de su hijo a la suya Ámbar volvió a percibir el extraordinario parecido que exista entre ambos.

—Claro que sí, Paul, pero no será fácil pues tendrás que es forzarte un poco y hacer los ejercicios que el doctor Raines te recomendó.

Paul hizo un gesto de disgusto.

—No me gustan, ¡duelen!

—Sólo al principio. Estudié fisioterapia antes de decidirme por la enfermería general, si quieres podría ayudar al niño a hacer sus

ejercicios...
—Podríamos hacerlos juntos —sugirió Paul complació echando una mirada a la pierna de Ámbar—. Mejoraremos  al mismo tiempo.
Ámbar sabía que, en su caso, los ejercicios no servían para nada. Su única esperanza era la operación en los Estados Unidos en la cual serían reemplazados los músculos inertes por otros, una operación larga y costosa. Pero no quiso echar por tierra el optimismo del chico y sonrió reconociendo que estaría bien.
Una vez dormido el niño bajaron de nuevo al salón.
Esa noche Joel parecía menos agresivo que de costumbre. Gracias por tratar a Paul con tanto cariño. El pobre no quiere hacer los ejercicios porque es demasiado joven para comprender cuánto los necesita, y el doctor Raines dice que sin ellos...
¿Podrías ayudarle?
_Creo que sí pero necesitaré que alguien me los enseñe.
_El doctor Raines indicó que la natación le ayudaría, sin embargo no hay piscinas cerca de aquí, de lo contrario los dos podríais...
_No serviría en mi caso porque... —Ámbar se detuvo al darse cuenta de que no debía decir la verdad a Joel.
— ¿Por qué no? —la miró de pies a cabeza y detuvo la vista en la pierna enferma, que Ámbar había escondido tras la otra.
—Necesito otra operación dentro de seis meses.
—Pero te recuperarás por completo.
—Desde luego que sí —su entusiasmo era falso.
—Así es que por eso aceptaste mi proposición con tanta rapidez. Tendrás una vida cómoda hasta el momento de la operación y además veinticinco mil libras.
—No te pedí traerme. Si quieres volverte atrás... —respondió indignada.
—Increíble —murmuró Joel—, ¿quién podría imaginarse que bajo esa inocente apariencia hay una mujer tan dura de corazón?
Ámbar quiso gritarle que eso se debía a lo que el sexo masculino le había hecho, pero en lugar de ello imprimió a su rostro un gesto sarcástico imitando el de él.
¿No era eso lo que querías? ¿Una buscadora de tesoros para que pudieras pagarle por el trabajito y quedarte con la conciencia tranquila y sin complicaciones?
La señora Downs llegó por la mañana, después del desayunar era una mujer alta, delgada, con el cabello encanecido y una rara expresión que contrarrestaba con la dulzura de su mirada.
¿Así que van a casarse? —dijo extrañada, cuando Joel le comunicó la noticia.

—Pues ya ve —confirmó Joel al mismo tiempo que sonreía, abrazaba a Ámbar acercándola hacia sí hasta sentir el calor de su pecho. En otras circunstancias, hubiese encontrado en esos detalles una seguridad que habría reconfortado su herido corazón

—Y quieren que me haga cargo del pequeño Paul mientras van a Kendal.

—Si no le importa —añadió Joel con cortesía—. Quisiera invitar a Ámbar a cenar fuera. Todo ha ocurrido con tanta rapidez que no hemos podido celebrar nuestro compromiso...

La tierna mirada que le dirigió casi la hizo lanzar una exclamación de asombro. Era tan real que abrió los ojos y Joel como el gran maestro que era, aprovechó el momento para tocar sus labios provocativamente antes de depositar en ellos un suave beso Ámbar observó cómo se desvanecía toda sospecha de la señora Downs. Era evidente que la habían convencido del gran amor que existía entre ellos, y sus sonrojadas mejillas y su torpe actitud sólo sirvieron para reforzar la situación. Paul los miraba con gran interés.

— ¿Por qué besas a Ámbar? —preguntó con curiosidad Ya había aceptado la noticia del matrimonio, pero Ámbar estaba convencida de que protestaría al ver la escena.

—Porque se va a casar conmigo —contestó Joel con sencilla al notar que la señora Downs había salido para quitarse el abrigo y los zapatos de calle.

—Teri y tú estuvisteis casados, pero nunca la besaste así — Ámbar le extrañó que Paul se refiriese a su madre llamándola por su nombre.

—Eso fue diferente.

Ámbar leyó con claridad en los ojos de Joel. En unos segundos, pareció revivir todos los momentos de intimidad que hubo entre él y su esposa, y que Paul no pudo presenciar. La invadía una especie de malestar, e intentó escapar de los brazos de su futuro esposo; pero antes de que lo lograra volvió a entrar la señora Downs.

—Ya deberíamos estar en camino. Sé buen niño, Paul.

— ¿Si me porto bien me traerás algo?

_A lo mejor —por ese detalle, Ámbar se dio cuenta de la clase de padre que era: cariñoso pero firme. El coche estaba aparcado frente a la casa. Mientras Joel lo abría ella admiró el paisaje. Detrás de la casa se elevaba un hermoso bosque y frente a ella estaba la casa rodeada de románticos jardines. El cielo estaba nublado y hacía mucho frío. Ámbar iba distraída admirando el bello paisaje. Por no prestar atención al camino, tropezó y se hubiera caído de no ser porque inmediatamente, Joel le dio la mano. La joven, orgullosamente, rechazó su ayuda y, al tratar de recuperar el

equilibrio, volvió a tropezar.

— ¿Sabes lo que dicen del orgullo? Que precede a una caída. No hay por qué sentirse avergonzado, algunas veces te comportas como si el no tener gracia en los movimientos fuera un pecado imperdonable.

La frase: «no tener gracia» fue para ella peor que el más grave de los insultos. De pronto, Joel la cogió en brazos y la depositó sin ningún miramiento en el asiento del pasajero, para cerrar la puerta antes de ponerse detrás del volante.

Ámbar, miró atentamente a Joel, casi con envidia, mientras éste ponía el coche en marcha. Él era fuerte y atractivo, sin embargo, ella ni siquiera podía andar con facilidad. Sus ojos se tiñeron de tristeza al pensar en su desfigurada pierna.

— ¿Por qué estás tan obsesionada con tu pierna? —preguntó el como si hubiese adivinado sus pensamientos.

Porque gracias a ella me he dado cuenta de que cuando una mujer está físicamente incapacitada, todo el mundo la mira por encima del hombro, como si no fuese un ser humano.

Eso me demuestra una vez más lo equivocada que estás, ¿no sabes que al confiar en el dinero como tu único dios, como única razón para vivir, te has despedido de la compasión, del amor y del tipo de hombres que encontrarían bajo tu apariencia a la clase de mujer que en realidad eres , los hombres que fían su fortuna por una mujer, solo compran su cuerpo , una imagen , y quieren que sea una obra de arte perfecta, un tesoro que se puede mirar, comprar y vender, si te pones en venta, no puedes culpar a los compradores.

—Pero no soy Teri —contestó Ámbar con rabia.

—Ya sé que no lo eres.

Las palabras quedaron flotando en el silencio. ¿Todavía amaba a su ex-esposa? Apartó esos pensamientos de su mente después de todo no era de su incumbencia.

—Por aquí.

Amorosamente, para guardar las apariencias, la cogió del brazo y la condujo hasta una elegante boutique. Ámbar había pasado muchas veces frente a tiendas como ésa contentando se, únicamente con mirar el escaparate. En esa ocasión era distinto.

La tienda estaba vacía y la empleada se dirigió a ellos con uní amplia sonrisa.

—Mi prometida necesita un nuevo guardarropa —le índice Joel con una encantadora sonrisa—. Estuvo enferma hace poco; ha adelgazado mucho. Necesita algo elegante, vamos a casarnos dentro de tres días.

La empleada les condujo al interior de la tienda, decorada en oro y blanco, e hizo un comentario sobre la excesiva esbelteza la joven

evitando, discretamente, mencionar la pierna.

—Vamos a tardar bastante tiempo, por si tiene alguna otra cosa que hacer.

Joel echó una mirada a su reloj y le indicó que regresaría una hora más tarde.

—Ámbar—le advirtió con una tierna sonrisa—, quiero que escojas ropa digna de la mujer que amo.

Sólo Ámbar captó la advertencia. Su prometido salió del establecimiento dejándola con la empleada.

—Vaya, si que tiene suerte. ¿Cuándo se casarán?

—El lunes —contestó.

Si alguien le hubiese dicho que escogería todo un guardarropa en una hora no se lo hubiera creído, pero la encargada era muy eficiente y sacó a la joven las prendas adecuadas, de modo que no le resultó difícil elegir.

Primero se probó un traje color crema, la chaqueta lleva un cinturón y un bordado en las solapas. Quería comprarse una blusa para combinársela con la falda, pero no encontró ninguna que fuera de su gusto.

Un vestido de cocktail negro mate con lazos y volantes hacía resaltar sus precarios encantos. También se probó un vestido azul y otro de seda color amarillo ocre con el talle plisado y falda recta.

Joel regresó al cabo de una hora, en el momento que la vendedora intentaba convencer a Ámbar- de que se comprase un espectacular sombrero color crema adornado con flores artificiales.

_Nos lo llevaremos. Y ése también —señaló el vestido colgado en el escaparate que ella había descartado por haberle parecido muy caro. Era un modelo exclusivo, en un tono pastel, muy escotado. Ya se lo había probado, era bellísimo, pero muy a su pesar, lo había rechazado pues, aparte de que el precio le parecía muy elevado, pensó que algo tan elegante no podría favorecerla.

Antes de salir, la vendedora les recomendó una sala de belleza donde la podrían maquillar y peinar.

—Iremos después, primero vamos a comer.

Comieron en el restaurante de un agradable hotel, la comida era buena y ella pudo descansar y sentirse a gusto pues nadie notó su horrible vestimenta. Joel había elegido ese lugar para no avergonzarla, pues había muy poca luz y los situaron en una mesa que estaba colocada en un rincón, bastante alejada de las demás.

De repente, Ámbar se sintió optimista. Pronto tendría veinticinco mil libras, podría operarse, olvidar todos sus complejos y volver a ser la chica alegre y despreocupada de siempre.

Después de comer, Joel dijo que, mientras ella iba al salón de belleza, él pasaría por su oficina.

No podré venir el lunes —sonrió con ironía.

Al peluquero le gustó la textura y el color de su cabello y Penas recortó las puntas a fin de que pudiera caer en brillante aseada sobre sus hombros.

_ La maquilladora le enseñó varios trucos para realzar el tamaño y el color de sus ojos. Al terminar. Ámbar estaba deseando cambiarse el viejo vestido por algo nuevo. Estaba tan acostumbrada a ponerse cualquier cosa que casi había olvidado el placer que producía usar ropa nueva y bonita.

Cuando Rob la abandonó, guardó sin usar todas las cosas que había comprado para aquellas anheladas vacaciones. Había llamado a la dueña de la habitación en que vivía para pedirle que le enviase todas sus cosas, pero nada de lo que ella tenía podía compararse con la ropa que le había comprado Joel.

Él la esperaba dentro del coche, frente a la puerta del salón de belleza,

—Bien, me alegra saber que obtengo calidad por mi dinero— comentó cuando Ámbar se sentó a su lado.

Fue como si le echaran un jarro de agua fría. Perdió la confianza en sí misma, que tanto trabajo le había costado recuperar Sumergida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que iban er dirección opuesta a la mansión, hasta que Joel le explicó:

— ¿Recuerdas que íbamos a cenar juntos para celebrar nuestro compromiso? He pensado que podemos matar dos pájaros de un tiro. Hay un hotel aquí cerca, en el que los sábados hacen cena-baile. He reservado habitaciones y una mesa. La habitación es para que te cambies. Podríamos cruzarnos con algunos de mis amigos y...

—Y no quieres avergonzarte de mí —terminó la frase con amargura.

—Se supone que estamos enamorados —señaló Joel con calma—. Todavía no he conocido a la mujer que celebre su COMpromiso de matrimonio vestida como una colegiala... —la miró de arriba a abajo — bastante ridicula, por otra parte.

Se vio forzada a reconocerlo, aunque se sintiera ofendida

—Tampoco quisiera que mis amigos pensaran que nos casamos a escondidas o que estoy avergonzado de mi futura esposa Ése no es el objetivo de nuestra farsa, recuerda que no habrá cabos sueltos ni fallos. Este matrimonio será real para todo el mundo.

El hotel se encontraba a varios kilómetros de Kendal, era un edificio clásico, rodeado de montañas. Joel le dijo, mientras miraba los maravillosos jardines del hotel que tendría tiempo de sobra para

recorrer el lugar y sus alrededores antes de que se cambiara para la cena. Pero Ámbar prefirió ir directamente a la habitación, Para quitarse esas ridículas ropas, que ya parecían formar parte de su piel.

La habitación de Ámbar, daba a las montañas. Se asomó a la ventana, para admirar el paisaje, hasta que el empleado acabó de depositar sobre la cama todos sus paquetes. Cuando el muchacho salió de la habitación, llamaron a la puerta. Era Joel.

_ ¿Puedo entrar? —sin esperar respuesta entró y, después de examinar el lugar comentó—. Se me ha ocurrido que si quieres explorar los alrededores, y puesto que estamos a punto de anunciar públicamente nuestro compromiso, no es conveniente que te vean sola, de modo que te acompañaré.

Vio los paquetes sobre la cama y se dirigió a ellos.

— ¿Tienes algo adecuado para la ocasión?

Ámbar estuvo a punto de decirle que la ropa que llevaba puesta era la más adecuada para ese propósito. Pero un toque de femineidad que creía olvidado la impulsó a desechar su vieja vestimenta.

A punto de aceptar la invitación, descubrió una caja oro y blanco que no reconoció. Pensó que se trataba de un error.

—Ah, un regalo para mi futura esposa. ¿No vas a abrirlo?

—Ya me has comprado demasiadas cosas —protestó Ámbar.

— ¡Tonterías! Esto es algo muy importante en nuestra farsa.

Sin poder contestar abrió el paquete y se quedó atónita al descubrir su contenido. No podía creer lo que estaba viendo. Dentro del paquete había una bata de seda, y un provocativo camisón que hacía juego con ella. Temblorosa, sacó de la caja las prendas, diseñadas para una mujer que confiara en su belleza y en la perfección de su cuerpo.

— ¿No te gusta? —preguntó Joel en tono dulce.

—No puedo usar esto, por favor, llévatelo —replicó ella. ¿POR qué? ¿Me he equivocado de talla? —miró insinuante los senos de la chica y ésta se sonrojó. Él sabía que no era precisamente en la talla en lo que se había equivocado. Porque no puedo usar esas prendas —insistió, volviéndose de espaldas.—. Debes conformarte con transformar mi imagen en público. ¿O piensas que si me envuelves en seda puedo llegar a parecerme a Teri?

En su angustia pronunció algo que no sentía y vio que se reflejaba la ira en los ojos de su futuro esposo.

—Eso sería imposible —le dijo cortante—, ella era una mujer que se deleitaba con la sensualidad de su cuerpo, pero su actitud estaba plenamente justificada —añadió con crueldad, mientras se dirigía a la puerta. Antes de abrirla le dijo—: Si quieres ir a pasear por los

jardines, te espero dentro de media hora.

—No creo que vaya — le dijo en tono cortante y cuando Joel salió de la habitación, Ámbar se tendió sobre la cama y lloró amargamente.

¿Qué le pasaba? Se preguntó por qué le importaba tanto que Joel Sinclair la comparase desfavorablemente con su ex-esposa, Joel no le interesaba y, por tanto, no debía importarle lo que pensara de ella.

CAPÍTULO 4

JOEL TENÍA gran cantidad de conocidos en la localidad, a juzgar por las personas que se acercaron a su mesa para saludarle. Ámbar sabía que era el blanco de todas las miradas femeninas, y que nadie entendía cómo iba a casarse Joel con una mujer como ella.

Todo el mundo la estudiaba y ella estaba pasando el peor rato de su vida, sabiendo el contraste que presentaba con otras mujeres. Avergonzándose de sí misma, escondió la pierna bajo la mesa.

—Querida, trata de disimular un poco y alegra esa cara... recuerda que estamos celebrando nuestro compromiso.

Al terminar, tomó la mano de la chica y besó el dedo que ostentaba el deslumbrante anillo de compromiso. Ámbar se sonrojó y trató de evitar la caricia. Sabía que todos la estaban observando.

—Así está mejor, te sienta bien un poco de color en las mejillas, estás demasiado pálida y delgada —criticó Joel.

—Así te dejan las enfermedades. Siento mucho no ser la mujer de tus sueños.

Los mendigos no podemos escoger y tú eres la persona más adecuada para mis propósitos.

Habían pedido champán, pero Ámbar apenas probó el burbujeante líquido. De vez en cuando contemplaba el anillo de compromiso que llevaba puesto, había algo en él que le producía un vuelco en el corazón. ¿Qué le ocurría? Era una tontería ponerse sentimental.- El anillo, como las caricias de Joel, formaba parte de la comedia. En el otro extremo del salón los músicos hicieron sonar los primeros acordes de un vals y algunas parejas se levantaron -bailar. Ámbar los observó con envidia.

— ¿Bailamos?

La joven le miró sorprendida.

— ¿Por qué me miras así?

—Soy una persona lisiada, no puedo bailar.

— ¿No puedes o no quieres?

Ámbar se puso tan pálida como el mantel y fijó la mirada en su prometido.

— ¿Lo has intentado alguna vez?

Antes de que pudiese reaccionar, Joel se levantó para ayudarla a ponerse de pie. Ámbar sintió el roce de sus manos sobre la delgada seda del vestido, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Tropezó al levantarse de la silla, pero él evitó que cayera sujetándola firmemente por la cintura.

En la pista de baile las cosas fueron más fáciles de lo que había

imaginado, el paso del vals era muy lento, por lo que no le resultó difícil seguir el ritmo de la música. Sin embargo, después de dar los primeros pasos, le dio un calambre y sintió un agudo dolor en la pierna.

El dolor hizo que asomaran las lágrimas a sus ojos y al terminar la pieza, la joven creyó que iba a desmayarse. Estaba exhausta y temblaba de pies a cabeza. Las luces se encendieron de nuevo y Joel pasó el brazo por su cintura, atrayéndola hacia sí Ámbar aceptó, el fuerte apoyo que le brindaban los brazos de su compañero. Sintió su cálido aliento sobre la frente y recostó la cabeza sobre su pecho.

Cuando se encontró más tranquila, avergonzada por la momentánea debilidad que la había obligado a apoyarse en se cuerpo, levantó la cabeza para decirle que podía soltarla. Pero no pudo decir nada, pues antes de que las palabras salieran de su boca, Joel posó sus labios sobre los de la sorprendida joven. Ámbar no era una jovencita ingenua, y esa no era la primera vez que recibía un beso, pero ningún hombre, ni siquiera Rob la había besado de esa manera. Nunca había recibido un beso que sin tener en cuenta los convencionalismos, llegara hasta el fondo de su ser. Cuando Joel apartó la cabeza ella no pudo ver la expresión de sus ojos. __Vaya... eres una excelente actriz.

La afirmación la dejó perpleja.

_Ha sido una actuación muy convincente —continuó diciendo en tono descortés.

La frialdad de sus palabras hizo que Ámbar le mirara. Sus ojos parecían un par de lagos grises cuya agua se había congelado on el frío del invierno, y estaban coronados por una sombra de preocupación.

Ámbar no podía explicarse por qué estaba preocupado. Después de todo, era él quien había propuesto, llevar a cabo ese absurdo plan y, hasta ese momento, parecía estar sabiendo llevar todo muy bien.

_Si ya te has arrepentido... —comenzó a decir, sin saber cómo acabar la frase. Pero él profirió una maldición y la miró con desprecio.

— ¿Qué intentas hacer? —le preguntó furioso—. ¿Subir el precio? ¡De ninguna manera! Hemos hecho un trato y vas a cumplirlo. Teri se rió de mi todo lo que quiso, y no estoy dispuesto a consentir que eso vuelva a pasar; no intentes escaparte de ésta, porque si lo hicieras, tu menor preocupación sería tener una pierna lisiada.

Aterrorizada, Ámbar se dejó conducir hasta el coche, consciente de que todas las miradas iban dirigidas a ellos. Al salir, escuchó el siguiente comentario:

—Nunca pensé que Joel fuera tan impetuoso, yo creía que era un hombre frío e introvertido, pero hoy me ha demostrado que no es así. ¿Qué habrá visto en esa chica? Si él quisiera, no le faltarían chicas. Yo conozco a unas cuantas que se pondrían muy contentas si pudieran compartir su lecho.

Ámbar pudo escuchar claramente las siguientes palabras de Joel:

—Incluyéndote a ti, Delia.

La mujer se sonrojó, avergonzada, y su acompañante se puso pálido, pero ninguno de los dos se atrevió a responder.

La boda tuvo lugar dos días después. Fue una ceremonia religiosa sencilla, que pudo llevarse a cabo gracias a que le fue fácil conseguir una licencia especial. Además, el párroco conocía a Joel y no puso ningún inconveniente para realizar el matrimonio, a pesar de que el novio estaba divorciado.

Asistieron muy pocos invitados, sólo unos cuantos amigos del novio, gente que Ámbar no había visto en su vida, y Paul que estaba muy contento porque la joven iba a convertirse en su madrastra.

La recepción se celebró en el mismo hotel donde habían estado bailando dos días antes.

Allí, Ámbar conoció a Jennifer Boston, la esposa del secretario de Joel, con la que pronto entabló conversación.

—Tú has tenido mucha suerte —le dijo Jennifer—. Los hijastros pueden ser uno de los problemas más graves de un segundo matrimonio, lo sé por experiencia.

Hizo una pausa, mientras apagaba el cigarrillo, y después continuó:

—Mike tiene dos hijos, un niño y una niña, y han hecho de mi vida un verdadero infierno. Puede traerlos a casa algunos fines de semana, lo que para mí representa una tortura. Esos niños me odian; lo he visto en su mirada y, además, siempre están hablando de su madre y recordando a Mike la vida que llevaba antes de divorciarse. Lo peor de todo es que conocí a Mike después de su divorcio.

Jennifer dirigió a Ámbar una triste mirada.

— ¡Dios mío!, no sé por qué estoy contándote todo esto, debe ser que el champán se me ha subido a la cabeza.

—Quizá todo se solucionaría si tuvieras un hijo —sugirió Ámbar, mientras trataba de localizar a Joel, que en ese momento estaba hablando con Mike y otros dos invitados, también empleados de su compañía.

_ Ojala pudiésemos, pero Mike no quiere, pues no lo podría mantener, al menos eso es lo que él dice. Tiene que pagar una pensión a Shirley y a sus hijos, ella vive en la casa familiar, nosotros en un apartamento muy pequeño. Ámbar miró, sorprendida, a la mujer,

pues sabía que los empleados de Joel cobraban muy buenos sueldos.

—No me mires así, ya sé que mi marido gana mucho, pero todo va para su familia. Hasta una parte de mi sueldo va para Shirley y sus hijos...

Al ver Ámbar que la otra mujer estaba a punto de llorar, llamó a una camarera para pedirle dos tazas de café.

—Como verás, mi vida no es nada agradable. Pero tú no tendrás estos problemas. El nuevo marido de Teri es un hombre muy rico. Por cierto, Mike me ha contado que intenta recuperar la custodia de Paul, yo, francamente, no entiendo por qué. No parecía tenerle mucho cariño a su hijo.

Jennifer, acercó su silla a la de Ámbar, y dijo en voz baja:

—Yo creo que lo que quiere es recuperar a Joel, ella es así, siempre está tratando de llamar la atención. Me da la impresión de que ella no tenía la intención de llegar tan lejos. Esperaba que Joel regresara a sus brazos corriendo, pero debió llevarse la sorpresa de su vida cuando él entabló el juicio de divorcio. Pobre Joel, ya no podía soportar más.

— ¿Shirley es como Teri? —preguntó tratando de despejar la atmósfera. Su comentario provocó una risa forzada en Jennifer. No. Después de todo Shirley es una mujer como tantas otras, que no sabe manejarse sola en la vida, pero Teri... era como una sanguijuela, se adhirió con todas sus fuerzas a Joel y lo explotó.

-Aquí estás, querida.

La voz de su marido, produjo un escalofrío en Ámbar. Jennifer rió y se levantó de su asiento.

—. Luego me dice que las mujeres estorbamos —dijo a su cónyuge. Soy un hombre recién casado —le recordó Joel, lanzando una apasionada mirada a su esposa .No puedes reprocharme que sea impaciente.

Hubo una risa general y todos comenzaron a retirarse, ALguien los preguntó si pensaban ir de luna de miel y Ámbar con tuvo el aliento sin atreverse a mirar a Joel.

—Lo pensé, pero fue imposible encontrar un lugar romántico y apartado, donde poder disfrutar de una absoluta soledad. , Iremos de viaje, cuando me pueda resignar a compartirla con otra, personas; por lo pronto, quiero tenerla para mí solo.

Hubo más risas, y el rostro de Ámbar se puso de color rojo escarlata, no porque estuviera avergonzada sino porque pensó que los amigos de Joel iban a decir que estaba loco, por haberse enamorado de una persona inválida como ella.

—Estás avergonzando a tu esposa —protestó Mike Boston. Pero para

sorpresa de Ámbar, agregó—: claro, que sí yo estuviera en tu lugar, haría lo mismo. ¿Estás preparado Paul?

Habían acordado que el niño se quedara con los Boston durante una semana, pues pensaba que como era lógico, los novios desearían estar solos. Así que Mike y Jennifer se hicieron cargo del pequeño Paul, que estaba encantado.

Al observar que los invitados comenzaban a abandonar el lugar, Ámbar experimentó una angustia indescriptible.

Partieron en medio de risas y de una lluvia de confeti. Joel la abrazó al dirigirse al coche pero, aunque su expresión era de felicidad, su corazón no sentía el menor regocijo, apenas un extraño dolor.

Al cabo de media hora estaban de nuevo en su casa

Al entrar, el teléfono de la biblioteca estaba sonando y Joel contestó.

A solas, Ámbar experimentó una sensación de nerviosismo. Durante los siguientes seis meses esa hermosa y antigua mansión sería su hogar. No podía negar que la casa era bonita, pero a ella le parecía fría e incómoda. Teri había decorado todas las habitaciones con gracia y buen gusto pero, en conjunto, la casa no resultaba acogedora. Le faltaba calor o, por lo menos, eso le parecía a Ámbar.

La señora Downs le contó que, después de la partida de Teri, Joel había vuelto a decorar la habitación principal.

Y no es que la hubiesen usado mucho —le comentó—cuando el señor llegaba de sus viajes solía dormir en uno de los dormitorios para huéspedes.

Ámbar desvió la conversación para evitar mas confidencias. Sin Embargo, le hubiera gustado conocer el carácter de Joel y, en cierto modo, envidiaba a la mujer que había sido su esposa, de una manera que no podría describir.

— ¿Ámbar?

Se sobresaltó al oír su nombre. Joel se había quitado el traje de la boda, y se había puesto unos pantalones vaqueros y una camisa informal.

—Perdona, una llamada de negocios, alguien que no sabía que hoy celebramos nuestra boda, ¿tienes hambre?

Ella continuó dándole la espalda. Contemplaba cómo el sol al ocultarse teñía el agua del lago. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta al darse cuenta del significado de las palabras «nuestra boda». Estaba casada con un hombre al que no amaba, tendría que aceptar las consecuencias de su acto irreflexivo, pues ya no podría volverse atrás.

La repentina caricia que le hizo Joel sobre los hombros la puso tensa.

—Relájate —murmuró sobre su cabello—. Hay dos formas de pasar estos seis meses: una, es haciéndolo difícil, discutiendo cada vez que estemos juntos y, la otra, es tratar de limar nuestras diferencias. Hemos llegado a un acuerdo, yo porque estoy decido a conservar a mi hijo, y tú porque necesitas el dinero. De modo que5 vamos a pasar estos seis meses de la manera más fácil Posible, es decir, respetándonos mutuamente.

La hizo volverse y Ámbar experimentó una sensación aún más rara un dolor intenso acompañado por el incontrolable deseo de arrojarse a los brazos de Joel.

-¿Y bien?

La pregunta la hizo regresar a la realidad.

De acuerdo.

La respuesta provocó una sonrisa de aprobación en Joel.A por ello. La señora Downs nos ha dejado la cena preparada en la cocina, y un alma caritativa ha puesto dos botellas de champán en el coche.

Les había preparado una cena exquisita. Salmón fresco y una deliciosa ensalada que acompañaron con champán.

Después, Ámbar se deleitó el paladar con un trozo de de limón, mientras Joel bebía una copa de licor. Cuando acabaron de cenar, lavaron los platos y pusieron a calentar el agua para el café.

Media hora después, disfrutaban en la biblioteca de música suave y un café exquisito. En ese momento sintió una alegría que no había experimentado desde antes del accidente, pero su alegría duró poco; de repente, él se levantó y miró el reloj.

—Bueno, es hora de dormir.

Al quitarle la taza de las manos, la rozó sin intención. Esa breve caricia hizo que la invadieran diferentes emociones; en ridículo sentirse así. Joel la había prometido que su matrimonio no llegaría a consumarse. Además, nunca había dado indicios de la menor simpatía hacia ella, entonces no tenía nada qué temer.

Ámbar sugirió que, al menos por esa noche, durmiesen en habitaciones separadas, ante lo cual él sonrió y comentó en tono burlesco:

—Haz lo que quieras. Pero, ¿no te sería más fácil dormir conmigo si piensas que soy uno de esos hombres con los que solías salir antes de tu accidente?

Apretó los labios con fuerza para no responder. ¡Con qué derecho hablaba Joel de esa forma sobre su vida anterior, sin saber cómo había sido!

Quizá porque estaba cansada, o demasiado nerviosa su pierna comenzó a temblar de debilidad al ponerse de pie y fallo al tratar de apoyarse en ella; la momentánea pérdida del equilibrio y su mueca de dolor llamaron la atención de Joel.

— ¿Qué pasa? ¿Demasiado champán? —se burló.

Sintió un miedo terrible al pensar en la escalera que tenía que subir hasta la habitación principal que estaba en el otro extremo del piso superior. Sin embargo; para evitar qué Joel siguiera mofándose de su estado, trató de dirigirse hasta la puerta. El do esfuerzo agoto las pocas energías que le quedaban para soportar el dolor.

Creía haber tenido éxito en su simulación hasta que él se interpuso entre ella y la puerta, sus ojos brillaban por la ira cuando la levantó en vilo como si pesara lo mismo que Paul.

—Por amor de Dios —protestó disgustado—, no tienes necesidad de hacerte la mártir conmigo. ¿Por qué no me has dicho que te duele la pierna?

Sin explicaciones, abrió la puerta con el pie y la llevó hasta la habitación que compartirían mientras ella fuese su esposa, el tiempo suficiente para convencer a Teri de que nunca le concedería la custodia de su hijo.

Una vez dentro, cerró la puerta con el hombro y la depositó con suavidad sobre la cama; después encendió la lámpara y la cogió por la barbilla, de modo que la luz iluminó su rostro.

—Tengo un poco de trabajo. Trata de dormir, ¿tienes algo para mitigar el dolor?

Sorprendida, tanto por su repentino interés como por su consideración al permitirle estar sola para que se preparase para dormir, Ámbar asintió.

—En mi bolso, abajo —respondió.

—No te muevas, te lo traeré.

Regresó al cabo de pocos minutos, tiró el bolso sobre la cama Y fue al baño contiguo de donde salió con un vaso de agua.

Ámbar trató de alcanzar el bolso, pero se estremeció al sentir dolor que el movimiento le causó en la pierna enferma.

—Permíteme.

Joel abrió el bolso antes de que la chica se lo pudiera impedir y extrajo el pequeño frasco de tranquilizantes, por accidente, vio también la última carta que Rob le había escrito. Ámbar noto como se ponía tenso al leer las últimas frases, que ella se sabía de memoria : «sí, querida mía, por bien nuestro es mejor que terminemos como amigos. Nunca podré darte lo que quieres» El se refería a su amor, la carta era una confirmación de lo que le había dicho en el hospital y no

pudo entender por que  le preguntó con ironia:

— ¿Qué pasó? ¿No pudo darte más dinero? Por lo visto  eras muy atractiva,

— ¿Muy atractiva antes de quedar inválida? —preguntó con amargura.

—Estás obsesionada con tu apariencia, Ámbar. Un defecto común a todas las mujeres. No os dais cuenta de que hay cosas más importantes que la apariencia y nunca podréis entender que haya muchachas que, siendo poco atractivas físicamente tengan éxito con los hombres. ¿Fue eso lo que te ocurrió? ¿Te dejó por otra?

—La apariencia es muy importante, el recubrimiento o pastel.

—También una tarta muy bien presentada puede tener muy mal sabor —contestó Joel secamente—. Pobre Ámbar, has decidido sufrir mucho... Después de todo, quizá todavía tengas esperanza, si aún eres capaz de sentir.

Se dirigió a la puerta mientras Ámbar murmuraba ente dientes:

— ¿Y qué quieres que haga?

Media hora después, aún no había logrado conciliar el sueño .Permanecía con los ojos abiertos, atenta a cualquier indicio que pudiera anunciarle la presencia de Joel.

Joel llegó una hora más tarde. Atravesó la habitación de puntillas, y entró al baño; Ámbar oyó el ruido que hacía el agua caer de la ducha, ¿sabría que estaba despierta? Cuando regresó, la joven cerró los ojos y sintió que el colchón se hundía cuando él se metió bajo las mantas. Acalló una risa-histérica al recordar las palabras de su marido al describir como serían sus relaciones. ¡Era necesario que durmieran juntos,! tendrían que crear la imagen de una pareja de recién casados -con todo lo que eso implicaba, pero no tendría por qué tener relaciones,

Joel le dio la espalda, pero aún así podía sentir la calida temperatura de su cuerpo aunque no la tocase. A los pocos minutos escuchó su -acompasada respiración, estaba dormido y la sobresaltó una extraña emoción. ¿Ya la había experimentado antes o sólo era fruto de su imaginación? Era su imaginación, ¿Por qué estaba desilusionada? Joel había cumplido su promesa, ¿no era eso lo que ella quería?

£1 canto de los pájaros la despertó, abrió los ojos y, temerosa miró hacia el otro lado de la cama. Estaba vacío, sólo había un hueco en la almohada donde había apoyado Joel la cabeza, Al enderezarse observó detenidamente la habitación, no la había visto bien: el papel tenía distintos tonos de gris, azul y crema. Una habitación masculina, sin lugar a dudas, con un amplio armario empotrado y una cómoda

muy pequeña, lo que hacía que el cuarto pareciese aún más grande de lo que era.

El color del baño armonizaba con el de la habitación. Terminó de ducharse y, sin saber todavía qué ropa ponerse, regresó a la habitación. Abrió el armario y comenzó a buscar entre sus prendas algún vestido que fuese apropiado para la ocasión. Después de todo, tenía que pretender estar en plena luna de miel. Quizá Joel la invitara a almorzar pues, a diferencia de Rob, parecía no molestarle aparecer con ella en público.

Al recordar a su antiguo novio, se le llenaban los ojos de lágrimas. Rob se avergonzaba de ella, le disgustaba ir a visitarla al hospital y, a pesar de ser médico, no pudo ocultar un gesto de desagrado cuando vio la cicatriz.

Se enjugó las lágrimas, y trató de apartar de su mente esos pensamientos que la obsesionaban. De repente, oyó que la puerta se abría. Se quedó inmóvil.

¿Sería Joel? En realidad, no podría ser otra persona pues estaban solos en la casa.

—Té y pan tostado. Ven, vamos celebrarlo, porque no pienso hacer el desayuno todos los días.

Cerró la puerta del armario y tendió la mano a su esposa.

Ámbar se quedó paralizada al sentir cómo la observaba y en las prisas por ocultar su desnudez cogió, sin darse cuenta, la delicada bata que él le había regalado y se la puso. ¿Se puede saber qué pretendes poniéndote eso? —preguntó iracundo—.. ¿Temes que tu inigualable cuerpo pueda volverme loco de deseo?

Se sonrojó ante el sarcasmo de las amargas palabras v ne -con la cabeza.

— ¿Entonces, qué te pasa? Estoy dispuesto a cumplir mi parte del trato, pero si vas a andar con esos jueguecitos cada vez que entre en la habitación, voy a acabar pensando, que quieres provocarme. Debes saber que no es la primera vez que veo a una mujer desnuda y...

—Y que todas las que has visto valen mucho más que yo. Eso ya lo sé. No trataba de llamar tu atención, yo... —inclinó la cabeza haciendo que su cabello cubriera las encendidas mejillas

—Tú, ¿qué? —preguntó dejando la bandeja sobre la cama.

—No quería que vieras mi pierna —confesó entre sollozos, sorprendida de poder decir la verdad—. Está muy fea, pensé que...

— ¿Qué? ¿Que iba a salir corriendo? —antes de que pudiese evitarlo, Joel levantó el borde de la bata y con cuidado palpó la cicatriz, Ámbar sintió náuseas.

—Creo que estás permitiendo que la amargura influya en tu actitud

frente a la vida. Tienes una cicatriz fea y no eres tan ágil como antes, ¿es esa una razón suficiente para que todo el mundo te tenga lástima?

—No necesito la lástima de nadie —replicó herida por la injusta acusación—. Eso es lo último que deseo...

— ¡Entonces deja de preocuparte tanto por una cicatriz! Todavía tienes vida y facultades mentales. Hay millones de personas en peores condiciones. Eres una mujer muy atractiva, pero demasiado cobarde.

Ámbar hizo un gesto de rechazo, pero él lo ignoró y continuó diciendo:

—Si no lo fueses dejarías a un lado la autocompasión. También he vivido una experiencia muy amarga, y sé que lo difícil es enfrentarse al hecho de que la vida no descarga contra uno, somos nosotros mismos los que forjamos propio destino; todo depende de que uno quiera ganar o perder.

Joel deslizó su mano sobre la deformada pierna, cubriendo cicatriz y, por un momento, la chica creyó que con ello se establecía un milagroso proceso de curación que le daba nuevo vigor a su antes ágil miembro.

Y recuerda esto, el mundo te trata como tu quieras que te trate. Intentó decirle que jamás había atravesado por su mente la idea de que Rob iba a abandonarla, que si sufría no era porque lo quisiera, sino porque no podía evitarlo. Pero le pareció que Joel no lograría entenderla.

# CAPITULO 5

SEGÚN IBAN transcurriendo los días Ámbar fue acostumbrándose a su nueva vida poco a poco, dejó de obsesionarle la idea de vengarse de Rob. Hasta había días en los que ni siquiera se acordaba de él. Su marido se convirtió en el centro de sus pensamientos. A veces, se imaginaba que quien contemplaba su cuerpo restablecido no era Rob sino Joel.

Entre los dos esposos se restableció una buena relación de amistad. Pero no era sólo eso, su corazón palpitaba con más fuerza al oír el ruido de su coche o a veces, la invadía cierta satisfacción cuando veía entrar a Joel en la habitación donde ella estaba

Sin embargo, cuando él salía de viaje, la casa parecía deshabitada, la cama doble fría y solitaria, aunque Joel fue capaz de mantener su palabra y jamás la había tocado. Siempre se levantaba y se vestía antes que ella despertase y siempre se iba a dormir después que ella.

Joel llevaba varios días de viaje y Ámbar, sin saber por que. se sentía sola y desamparada.

Todas las tardes solía pasear con Paul, sin importar si llovía o no y comenzó a darse cuenta que el pequeño cojeaba menos

Cuando Ámbar llevó a Paul al hospital para que le examinara el especialista, éste dijo que el niño había mejorado bastante El día de la visita al hospital, la joven se puso unos pantalones vaqueros y permaneció sentada todo el tiempo, para no llamar la atención del médico. Paul mejoraba con mucha rapidez, y pensó que era mejor ocultarle el hecho de que algunas personas nunca pueden recuperarse.

Entre ellos floreció una gran amistad; el niño la llamaba por su nombre, pues no tenía objeto que le dijera «mamá».

Paul aumentó de peso y estaba más alegre que cuando ella le conoció e incluso demostró tener un gran sentido del humor, cosa que sorprendió a Ámbar. A veces hablaba de su madre y del día del accidente, ella le animaba, sin hacerle demasiadas preguntas. Había cosas que Ámbar no podía entender. Paul sabía que su madre lo había abandonado.

_De todas maneras, yo no la quería, y ella tampoco a mi. Sin embargo, lo había aceptado con toda naturalidad.

—Creo que te equivocas. Lo que sucede es que cada persona tiene diferentes formas de demostrar amor.

— ¿Por eso papá y tú nunca os dais besos? En la televisión los recién casados siempre están besándose.

—Eso es diferente.

Sintió un gran alivio al pensar que Joel no estaba delante. El comentario del niño le había hecho reír.

Era cierto que ella no se comportaba con una mujer recién casada, y su propio marido se lo había dicho muchas veces, pero le resultaba muy difícil fingir y no podía entender cómo él era capaz de lograrlo. Pensaba que quizá Joel sabía fingir mejor que ella porque tenía más experiencia, había estado casado y Teri no había sido la primera mujer en su vida.

De repente, la asaltó una duda. ¿Estaba segura de que no le encontraba atractivo? Se dijo a sí misma que eso era imposible, sobre todo sabiendo que Joel la despreciaba. Sin embargo, recordó el extraño sentimiento que la asaltó durante su primera noche de bodas, cuando yacía tensa a su lado y él le dio la espalda.

— ¡Hola!

Se volvió al oír una alegre voz masculina. Era un joven puesto de veintitantos años, de mirada inquieta que recorrió a Ambar de tal manera que ella no tuvo remedio que contestar con una sonrisa. Y Antes de pronunciar palabra alguna, Paul apareció de la nada y con aactitud desafiante se enfrentó al extraño. Soy Tom Sorbes l Por el momento me dedico a recorrer los alrededores. Quiero conseguir un permiso para traer a cuarenta niños de campamento dentro de algunos meses. Soy profesor y trabajo en Liverpool, hemos planeado llevar a los niños de campamento y la dueña de la taberna del pueblo me ha dicho debo hablar con el señor Digby en High Tor.

—High Tor comienza al otro lado del río, pero este terreno es nuestro —contestó Paul.

— ¿Eso quiere decir que estoy invadiendo propiedad privada Tom se arrodilló para quedar al nivel de Paul y lo hizo con tanta ceremonia y seriedad que la desconfianza del niño desapareció.

—Creo que no habrá problemas —dijo Paul cambiando de actitud.

Al sentir unas gotas de lluvia, Ámbar se dio cuenta de que se avecinaba un temporal; durante todo el mes habían soplado fuertes vientos y había llovido con frecuencia, por lo que pense que lo mejor sería regresar a su casa, pues no quería que Paul cogiese un resfriado.

—Ya es hora de que nos vayamos.

— ¿Viven lejos de aquí? —preguntó Tom y cuando Ámbar k explicó que la casa estaba a un kilómetro del lugar, detrás de la arboleda, él se ofreció a acompañarlos ya que, según dijo, llevaba el mismo camino.

Por el camino, fueron hablando de cosas intrascendentes, Tom prestaba particular atención a las palabras de Paul. Era evidente que estaba acostumbrado a tratar con niños y poseía un don especial para entenderse con ellos; cuando llegaron al-camino principal, Tom señaló

a Paul un grupo de nubes que había sobre las cimas de Lakeland.

—Esas montañas son las que causan las frecuentes lluvias en esta región ---explicó—, por su altitud.

—Son muy altas, agujerean las nubes y por eso llueve tanto. —opinó el pequeño con seriedad.

Tom y Ámbar intercambiaron una sonrisa y Tom se inclinó para acariciar la cabeza del niño. Por extraño que pareciera Ámbar no sentía vergüenza ante ese joven y no intentó esconder la pierna cicatrizada.

—No parecéis hermanos —comentó Tom ya casi enseguida se oyó, No lo somos —aclaró Paul—. Ámbar está casada con mi Padre _ ¡Qué hombre tan afortunado! —exclamó divertido al ver el color que teñía el rostro de la chica.

— ¿Quiere entrar y tomar una taza de té con nosotros? La temperatura había descendido, y el cielo amenazaba lluvia. Tom llevaba puestos unos pantalones vaqueros, zapatos de explorador y una chaqueta que no le protegería en caso de que lloviera.

_Creí que nunca me lo pediría —dijo con franqueza.

Ella rió de buena gana y entraron en la cocina en el momento en que la señora Downs sacaba del horno una bandeja con bizcochos y en el ambiente flotaba un exquisito aroma.

—Este es Tom. Está buscando un lugar dónde acampar con sus niños —explicó Paul al ama de llaves.

—Cuarenta niños —aclaró Tom pestañeando.

—Tom es profesor y está buscando un lugar que sea apropiado para traer a sus alumnos de campamento —intervino Ámbar—. Está a punto de llover y como ha tenido la amabilidad de acompañarnos, pensé que podríamos invitarle a comer bizcochos. Media hora después los cuatro charlaban animadamente alrededor de la mesa de cocina.

Bueno hora de retirar -dijo la señora Downs, -Si va hacia el pueblo, la acompaño -sugirió Tom

Sonó el teléfono y Ambar contestó sintió un escalofrío al reconocer la voz de su esposo. Llamaba Bruselas donde había ido en viaje de negocios.

-Tienes un tono de voz alegre, ¿que estas haciendo tomando jerez? -Nada, .cuándo vas a volver a casa… inmediatamente se arrepintió de haber pronunciado esas palabras. Joel dijo con malicia; -No sabía que te importase

El comentario confirmó que había sido una pregunta *vacía de intención*. Como medida preventiva se escudó tras una mentira piadosa, le explicó que su interés era doméstico, pues a menos que supiera cuándo llegaría no podría preparar las cosas adecuadamente.

Sabía que era una excusa tonta; esperó a que él rompiese el silencio que siguió a la explicación, sin poder explicarse por que razón tenía que ocultar el interés personal que sentía por un hombre que, al fin y al cabo, era su esposo.

—No te preocupes, no te avergonzaré apareciendo en el momento más inesperado, si es eso lo que te preocupa.

Colgó antes de darle la oportunidad de aclarar el entendido.

Cuando se metió a la cama esa noche, analizó lo ocurrido ¿Por qué le había dado miedo descubrir sus sentimientos? ¿Seria porque el interés por Joel comenzaba a ser personal? En realidad quería que regresara, quería tener una verdadera familia, quena que al estar en la cama dejara de darle la espalda y... Se levantó y paseó por la habitación de un lado a otro. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué estaba Joel siempre presente en sus pensamientos? ¡Por que se estaba enamorando!

— ¡No! —exclamó en voz alta, tratando de engañarse a sí misma. Pero en el fondo de su corazón sabía que era imposible negar la realidad.

Pasaron varios días; Tom los visitaba con regularidad. E amigo de Paul y le trataba con mucha paciencia. Era un experto observador de la naturaleza y prometió a Paul enseñarle una guarida de tejones que había descubierto.

Aunque Ámbar los acompañaba en sus paseos y participaba en sus conversaciones, comenzó a experimentar la extraña sensación de no ser el centro de atención. Tom parecía no haberse dado cuenta del defecto de la muchacha y ella, había días en los que no se acordaba de su maltrecha pierna.

Reconoció que Joel tenía razón, ni su pierna, ni la cicatriz eran importantes. Cuando se imaginaba otra vez normal porque quería satisfacer a Joel, aunque sabía que nunca podría impresionarle. Él estaba acostumbrado a la belleza, y esto era algo que ella no podía darle.

Teri le había desilusionado, jamás había visto una fotografía suya pero imaginaba su extrema belleza, Joel debió haberla amado mucho. Después de haber conocido a una mujer como Teri ¿cómo iba a enamorarse de ella? Sin embargo, ella sí se había enamorado de él. ¿Por qué había sido tan tonta? Cuando Ámbar se hacía tales preguntas, aumentaba su desesperación, pues nunca lograba darles una respuesta.

Joel llamó otra vez. Un día que Paul y Ámbar habían salido con Tom. A su regreso, la señora Downs le explicó a la chica el porqué del retraso de Joel. Casi habían pasado dos semanas desde su partida,

pero según la señora Downs no había de qué preocuparse, pues algunas veces la tecnología de las computadoras que su compañía fabricaba, presentaba graves problemas, y se tardaba bastante tiempo en resolverlos.

La visita de Tom estaba a punto de concluir y el último día invitó a cenar a Ámbar, como muestra de agradecimiento por su hospitalidad. Estaba muy alegre porque uno de los granjeros le había permitido llevar a sus niños durante el verano y la joven temía desilusionarle.

—Vaya señorita... quiero decir, señora. Yo me quedaré con Paul, si no le importa —dijo el ama de llaves.

Muy a su pesar aceptó, pues hasta Paul trató de convencerla.

Tom alquiló un coche para la ocasión y llegó a las siete y media en punto. No tenía la elegancia ni el atractivo de Joel, pero ella se sentía mucho más cómoda en su compañía, quizá porque no estaba ligada emocionalmente a él.

Tom había reservado una mesa en la taberna local que aún conservaba la atmósfera del siglo dieciocho, con las vigas de roble ooscuro y la chimenea. La comida fue sencilla y deliciosa. Para aacompañarla, Tom insistió en pedir una botella de vino. Bebieron y Ámbar pronto se sintió flotando en una nube a causa de los efectos del vino, y del calor de la chimenea. Salieron de alli después de las once y durante el viaje de regreso solo cruzaron dos palabras. Tom detuvo el coche frente a la puerta principal.

—Me hubiera gustado conocerte antes de que te convirtiera en la madrastra de Paul, mi querida Ámbar. ¿Sabes que tienes unos ojos preciosos? Y si los deseos fueran... ¿Qué pedirías si se te concediese un deseo? —le preguntó.

¿Qué pediría? ¡El amor de Joel! Se asustó de sus propios pensamientos ¿qué le había ocurrido? Durante seis solitarios meses su única obsesión había sido restablecerse por completo y, de repente, lo único que deseaba era el amor de Joel. Como si adivinase que sus pensamientos estaban en otra parte, Tom tocó con

gentileza su brazo.

—Siempre te recordaré —inclinó su rostro para besarla y ella lo permitió sin reaccionar ante la ardiente caricia.

La luz de los faros de otro coche los iluminó y ambos se sobresaltaron. Ámbar volvió la cabeza para ver que Joel descendía de un taxi.

— ¿Qué pasa? —preguntó Tom, preocupado. —Nada, es Joel, mi esposo. Por favor vete, Tom.

— ¿Le tienes miedo? —preguntó.

—Desde luego que no. Lo que pasa es que no quiero que haya un

mal entendido. Por favor, vete.

Salió del coche, sin escuchar las protestas de Tom. El joven desilusionado, se marchó detrás del taxi y desapareció en la oscuridad.

—Joel, no es lo que tú piensas —comenzó a explicarle, intentando encontrar las palabras apropiadas.

Sintió ganas de llorar; no sabía cómo aclararle que la escena que acababa de presenciar no era lo que parecía. El rió de manera extraña, la tomó por el brazo y la condujo hacia el interior de la casa.

—No mientas, Ámbar. Yo he pasado por esto otras veces. No es fácil engañarme. ¿Dónde está Paul? —preguntó furioso. Si no puedes respetar la promesa que me hiciste... Paul no es un niño a quien puedes dejar solo cuando te plazca, no pienso consentir que le trates como le trataba su madre.

—No le he dejado solo. La señora Downs está con él –indicó Ámbar enfadada, al ver que Joel no estaba dispuesto a creerla.

¿Esta con el en este momento? Vaya, vaya, la hacedora de milagros, cuando estaba Teri nunca quería quedarse con el niño —le recriminó en voz baja.

—Quizá porque sabe que yo no tengo nada de qué avergonzarme, si me escucharas...

_ ¿Acaso piensas inventar alguna mentira piadosa? No, querida.

—Señora Sinclair, ¿es usted? —Miró a Joel con asombro—.

¡Señor Sinclair! Pensé que no regresaría hasta la próxima semana. Ninguno de nosotros pensó...

—Ya veo.

— ¿Qué tal la cena? ¿Se han divertido? —preguntó el ama de llaves, que no se había dado cuenta de que Joel estaba enfadado.

—Mucho, aparentemente —concluyó Joel—. Quiere que la lleve o...

En ese momento la señora Downs se percató de lo que pasaba, y lanzó a Ámbar una mirada de complicidad. Entonces, como si leyese su pensamiento, Joel se acercó a su esposa y la abrazó depositando un beso sobre su sien. De reojo, Ámbar vio que el ama de llaves se retiraba, convencida de que se había equivocado al pensar que Joel estaba furioso.

—Voy a subir dijo ella vacilante, al oír desvanecerse el sonido del coche del ama de llaves—. Debes estar cansado...

¡Claro que lo estoy! pero cansado de mujeres como tú. Mujeres que piden cada vez más sin importarles otra cosa que no sea su propio egoísmo. Bueno, también las demás personas, tenemos deseos y podemos llegar a ser egoístas, ya va siendo hora de que te descubra algunas.

Y dicho esto la cogió en sus brazos y la llevó, como si fuese una pluma, hasta la habitación.

Una vez dentro la dejó sobre la cama, sujetándola con una mano, mientras que sus fríos ojos escudriñaban las sonrojadas mejillas de la joven y su esbelta figura, realzada a causa del estrecho vestido. Ámbar contuvo el aliento al sentir la provocativa mirada de su marido en el nacimiento de los senos que dejaba ver el pronunciado escote del vestido

— ¿Qué pasa? ¿No te lo has puesto para eso? ¿Para que cualquier hombre te pueda mirar así?

— ¡No!

— ¡Mentirosa! Y quiero hacer más que contemplarte, deseo saber si tu piel es tan suave como parece.

— ¡No! ¡No Joel! Yo... —protestó suplicante.

—Sigues siendo la misma cobarde de siempre, pero esta vez no te vas a escapar con facilidad.

Al hablar se inclinó, aprisionándola con su peso, sus labios insistieron hasta obligarla a abrir la boca para robar la escondida dulzura interior, haciendo que el delirio se mezclara con el dolor y el placer; la piel le ardía a causa las caricias de aquellas expertas manos.

Joel, a pesar de sus protestas, deslizó hacia los lados los delgados tirantes del vestido y la dio la vuelta, para bajarle la cremallera y dejar al descubierto la pálida piel ante su devoradora mirada.

Se estremeció al saber que Joel no retrocedería, sintió un escalofrío cuando su mirada se concentró en la curva de sus senos sus dedos la acariciaban ligeramente, explorando, antes de abstraerse a causa del deseo; la crueldad se reflejaba en su boca, en el Lujurioso destello de sus ojos, que exploraban ávidamente todos los rincones del casi desnudo cuerpo.

Le quitó el sostén de encaje, y después el resto de la ropa y luego se desnudó él mismo. La piel le brillaba por el sudor y humedeció las manos de la joven cuando se intentó apartar

— ¡Tan tímida y virginal! Cuan falsa imagen, como bien sabemos. ¿Eres tan fría como Teri? Las mujeres que son como vosotras disfrutan provocando, y luego huyen ¿no es cierto? Provocáis a los hombres con vuestros eróticos juegos, pero no pasáis ahí. ¡No podéis llamaros mujeres de verdad!

—Joel, por favor no... —suplicó.

Tragó saliva al sentir sus labios sobre la suave piel del cuello explorándolo con sensualidad de manera que ella experimentase una

agradable sensación. Su voluntad cedió, ante el efecto de caricias. La razón se le nubló y dejó de pensar en todo lo que no fuera el amor de Joel. Pronto un incontenible deseo de acariciarle derrumbó los muros de su resistencia y sus manos recorrieron la piel de su espalda. Provocando en él una respuesta instantánea. ¡Ya te lo he dicho, Ámbar!. No me gustan los juegos provocativos! así es que no lo intentes conmigo —le advirtió, apretando con fuerza sus hombros.

Apartó la cabeza para tratar de decirle que si alguien jugaba con ella era él, pero Joel también se movió y sus labios quedaron rozando la cálida columna de su cuello. Los dedos de Joel apretaron los brazos de Ámbar en una breve caricia que eliminó toda su resistencia.

Joel murmuró algunas palabras que ella no pudo entender y de pronto un beso apasionado dejó atrás a la niña, al sentir que sus sentidos se desataban en tropel respondiendo contra los dictados de la razón.

No recordó el momento en que había comenzado a acariciar la espalda de Joel, su cuerpo se arqueaba incitado bajo el de él. Cuando le recorrió la curva de sus senos, se estremeció en un éxtasis de placer, su suave gemido provocó que Joel explorara con ansia desmedida su cuerpo, cada beso originaba una llamada de deseo incontrolable.

En algún momento la respiración de Joel se hizo más agitada y sus caricias se volvieron más atrevidas.

Durante unos segundos Ámbar, pensó que iba a desfallecer de emoción y cuando, por fin comenzaba a serenarse, escuchó una aclamación de sorpresa y vio que Joel se alejaba de entre sus brazos, confundido.

— ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

CAPITULO**6**

JOEL SE marchó, sin dar ninguna explicación, diciendo que hablarían a la mañana siguiente, y no volvió en toda la noche. Ámbar se sentía avergonzada y humillada,¿que habría pensado de ella? Se estremeció al revivir su atrevida conducta, su completo abandono y el éxtasis del momento, ¿habría descubierto él sus sentimientos?

A la mañana siguiente, la joven se despertó muy tarde. Se vistió y se puso una falda azul que hacía juego con la blusa. Se cepilló el cabello como una autómata, ignorando el agradable efecto que causaba en ella la nueva ropa; su pelo formaba suaves rizos sobre los hombros. Sus labios todavía conservaban el recuerdo de los ansiosos besos de Joel y su piel estaba algo más pálida que de costumbre. Miró el reloj y se asombró al ver la hora que era, ¿quién habría despertado a Paul?

Primero fue a la habitación del niño, estaba vacía y a pesar de ello la casa parecía demasiado callada; por un momento pensó que su esposo habría llevado al niño a dar un paseo para dejarlos a solas pero, al bajar, vio que la puerta del estudio estaba abierta Joel salió a su encuentro.

¿Era su imaginación o Joel también estaba pálido?

—He preparado un poco de café, está en el estudio, ¿quieres comer algo?

Comer era lo último que quería hacer y negó con un movimiento de cabeza al descender los últimos escalones; durante unos segundos trató de interpretar la expresión de aquellos ojos grises que la observaban pero no lo logró.

Joel permitió que ella entrase primero en el estudio. *Llevaba* una camisa de algodón arremangada hasta los codos, y sus músculos se flexionaban con el movimiento. Ámbar tragó saliva, al ver )que estaba muy atractivo con aquellos pantalones vaqueros. Se estremecía al pensar que ese hombre que estaba frente a ella, acababa de enseñarle lo que era el amor. — ¿Leche?

La sobresaltó el sonido de su voz, no se había dado cuenta de que él estaba sirviendo café y se sonrojó como si fuera una quinceañera, sorprendida contemplando la fotografía de su ídolo.

Volvió a quedarse absorta estudiando sus facciones y la oscuridad de su cabello y se sobresaltó de nuevo cuando él la dijo que ya estaba todo preparado, y le indicó una silla para que se sentara.

Los rayos del sol primaveral entraban por la ventana, resaltando con su luz el intrincado diseño de la exquisita alfombra persa.

— ¿Dónde está Paul? —preguntó al recordar el silencio en la casa.

—He pedido a la señora Downs que le acompañe a dar un paseo, quería hablar contigo a solas. Ya he hablado con mi hijo y te debo una disculpa. No es que una disculpa sea suficiente en este caso pero... No voy a preguntarte por qué no me dijiste que nunca habías conocido a un hombre en la intimidad, eso sería muy ingenuo. Puedo reconocer el miedo, aunque no la inocencia. Pensarás que pude detenerme a tiempo, quizá lo hubiese hecho si tú no hubieras...

El corazón de Ámbar dio un vuelco, ¿qué iba a decir? ¿Si ella no se hubiese enamorado de él? Trató de hablar pero no pudo, Joel, que controlaba la situación, concluyó.

—El problema es que tienes un cuerpo muy sensual, armoniza perfectamente con el mío, y yo... —calló mientras le acariciaba una mejilla—. Así ocurre algunas veces, primero me puse furioso-y te acusé de ser como Teri, después no pude evitar tocarte -cuando me di cuenta de tu inocencia me resultó imposible detenerme a tiempo.. Era una explicación muy absurda, pero Ámbar se alegró de escucharla.

Aunque trató de disimular para que Joel no lo notara.

Después de todo, él sentía deseos, como todo el mundo Honradamente no era la primera vez que calificaba un cuerpo de sensual.

—Lo que quisiera saber es por qué —insistió con estaba de pie junto a ella, se sentó y le cogió las manos y lo que trato de preguntarte es si estabas esperando una razón decir, un hombre muy especial o todo fue debido a las circunstancias.

Había sido una combinación de ambas cosas, reconoció Ámbar. Rob debió haber sido su hombre especial, pero por algún motivo nunca ocurrió nada entre ellos, y se alegraba de que así hubiera sido. Estuvo a punto de decirle que él era un hombre especial, pero el hacerlo hubiese significado comprometerle con un amor que no necesitaba. Tratando de conservar la serenidad respondió con lentitud:

—Así ocurrió. Había alguien antes del accidente, un médico. Nos íbamos a comprometer, pero cuando me vio inválida me...

— ¿Te abandonó? —preguntó con rabiosa incredulidad-Dios mío, cuando pienso en todas las acusaciones que te hice. ¿Por eso estabas tan amargada, porque te abandonó?

Ámbar inclinó la cabeza y pronunció un débil «sí». Joel la acercó a su pecho y la abrazó.

— ¡Pobre Ámbar! Los hombres no te hemos dado razones para confiar en nosotros o respetarnos. ¿Todavía le amas?

Quiso decir que no, pero algo en ella le indicó que podría ser peligroso. Él no era tonto y si confesaba que Rob ya no le importaba,

podría percatarse de la verdad.

—Lo que todavía no puedo comprender es por qué aceptaste la oferta de trabajo cuando te dije que sacarías grandes beneficios económicos, por lo que he podido descubrir tú no eres interesada.

Ámbar trató de bromear.

—Una tiene que pensar en la vejez. No tenía trabajo- La escuela me acababa de rechazar y tu oferta me pareció un regalo de los dioses, y después de conocer a Paul...

—Sí, Paul. Reconozco que al ver que tu cicatriz era similar a la de mi hijo pensé que había encontrado la solución a mis problemas. Estaba pensando cómo evitar que Teri se lo llevara, y de repente apareciste tú, la esposa perfecta, alguien a quien Paul jamás rechazaría.

Joel hizo una pausa y luego continúo: Por cierto, he hablado con Paul esta mañana y creo que te debo otra disculpa; me ha contado como conocisteis a Tom. También me ha dicho que tú no querías ir a cenar con él.

—No tienes que disculparte. Comprendo muy bien lo que debiste sentir al llegar y descubrir...

—Que estaba abrazándote —se frotó la nuca en ademán de cansancio. Era evidente que le había afectado mucho la infidelidad de Teri—. Sí, llegué a conclusiones equivocadas, Paul me ha dicho que no querías salir con Tom.

—No, pero él se ha portado muy bien con el niño, es un buen chico, por eso permití que me besara.

—Ahora ya sabes que es muy peligroso sentir compasión por un hombre. Anoche, yo sabía que estabas demasiado aterrorizada como para detenerme. Pero ahora, además, tengo que sufrir pensando que, en ese momento, lo único que sentías por mí era compasión.

Ámbar hubiese querido decirle que no era así, que lo que ella sentía por él, no era precisamente lástima, pero no se atrevió, Además Joel no la hubiera creído. Él no la amaba y, por el bien de su propio orgullo, era mejor que nunca descubriera sus sen-cientos.

Me he equivocado al juzgarte, ¿verdad? Yo creí que eras como Teri, pero ahora ya no sé cómo eres.

Se levantó, y se dirigió hacia la ventana. El sol penetró a través de su fina camisa resaltando los músculos de su cuerpo; ella sintió por él una infinita ternura. Le necesitaba y no podía hacer nada Para hacérselo comprender.

De repente, sintió la necesidad de levantarse y tocarle, de acariciarle y de decirle que le amaba.

Me siento culpable por lo de anoche —dijo él, ajeno a los

pensamientos de la muchacha—. La ira es un poderoso afrodisíaco, especialmente cuando va unida al deseo y a la abstinencia.

Su explicación fue para Ámbar corno un jarro de agua fría -¡No la amaba! Era ridículo pensarlo y, como no sabía que ella estaba enamorada, era lógico que tuviera remordimientos

—No sé qué es peor: si el no cumplir mi palabra o el descubrir que no soy capaz de controlar mis instintos. Pero te prometo una cosa, no se repetirá. Ahora que sé la verdad, voy a asegurarme de que así sea.

—Se necesitan dos para hacerlo —le recordó, sabiendo que si Joel volvía a intentarlo, ella no podía rechazarle.

— ¿Sí? No recuerdo que participaras mucho, ¿te hice daño?

Se sonrojó.

—No... Esto es... no... Mucho... supongo que hubiese ocurrido algún día...

-—Pero con un hombre al que amaras, con el hombre elegido por ti para disfrutar los placeres del amor.

—Bueno, ya ha pasado. Y quisiera olvidar el asunto.

—Qué dura sueles ser, eres todavía una niña. ¿Nadie te ha explicado que no se le debe decir a un hombre que su forma de hacer el amor se ha «olvidado»?

—Pero no hacíamos el amor—le recordó, orgullosa de su temple—. Como has dicho hace un momento estabas disgustado conmigo, querías castigarme, eso no es amor...

Joel la dirigió una mirada llena de tristeza y, cuando iba a hablar, oyeron el coche de la señora Downs.

—No volverá a ocurrir, te lo prometo. Pero necesito que me ayudes, de ahora en adelante vamos a ser más sinceros el uno con el otro. Lo importante es Paul. No voy a permitir que Teri se lo lleve, estuvo a punto de destruirle una vez, y no voy a darle una segunda oportunidad.

No debía sentirse feliz, especialmente porque sabía que su relación con Joel era imposible. Sin embargo, le encontraba más humano y vulnerable que la primera vez y eso le alegraba.

Pero no debía ilusionarse. La había poseído por ira y los deseos alimentados más por Teri que por ella misma, nunca llegaría a amarla de verdad. La puerta se abrió de golpe y Paul entró saltando, las mejillas sonrojadas y el cabello en desorden. Y mientras se lanzaba a los brazos de la joven, Exclamó , —Te he comprado un regalo, ¡mira!

Era una chocolatina un poco derretida. Ámbar recordó haberle dicho que le gustaba cuando vieron el anuncio en la televisión se lo agradeció y dijo que se lo comerían juntos, después del almuerzo.

—Esperaba que dijeras eso —dijo ingeniosamente y luego añadió,.-A Teri no le gustaba el chocolate, decía que engordaba pero tú no estás gorda ¿verdad?

La señora Downs le llamó desde la cocina diciendo que le había servido un vaso de leche, el niño salió corriendo antes de que ella pudiera contestarle.

— ¿Te habla de su madre con frecuencia? —preguntó Joel.

—Algunas veces.

—En realidad le has hecho salir de su ostracismo. Después del accidente nos llevó semanas hacerle reconocer que Teri existía, y nunca quería hablar de ella.

— ¿Siempre ha llamado a su madre por su nombre? —se arriesgó a preguntar.

—Teri odiaba que la llamaran mamá, decía que esa palabra la hacía sentirse vieja y para evitar que Paul la llamara así, no le hacía caso hasta que se dirigiera a ella por su nombre.

No pudo evitar la expresión de sorpresa.

—Quizás ahora entiendas por qué no le permitiré recuperar la custodia del niño.

dia del niño.

¿Por qué quiere entablar el juicio? —se arrepintió de hacer esa pregunta.

¿Por qué? .No te ha enseñado nada lo de anoche? Las relaciones sexuales entre dos adultos son necesarias algunas veces hasta el punto de que es imposible definir los porqués, pero en el caso de Teri... como estaba arrepentida de haberse divorciado, como te he dicho, no le gusta perder.

Ámbar no entendió la embrollada explicación de Joel, pero intuyó que Teri estaba arrepentida de haberse divorciado y esa era la manera de recuperarle.

La noche anterior Joel le había dicho que las mujeres *como* Teri eran sólo fríos juguetitos provocativos. ¿Significaría eso que nunca habían sido felices, ni siquiera antes de que ella le engañase con otros hombres? A Ámbar le parecía imposible que una mujer no lograre ser feliz al lado de ese hombre.

Joel había conseguido varios contratos y por tanto no tendría que viajar durante algún tiempo. A la mañana siguiente, Ámbar se levantó muy contenta, tarareando una canción. El día le parecía especialmente alegre, además Joel compartiría el mismo techo que ella

Había mantenido su promesa de no tocarla y ella estaba un poco desilusionada. Su cuerpo, de alguna manera, se sentía diferente, más vivaz, su piel reaccionaba extrañamente ante la sola presencia de su

esposo, una mirada de él, por insignificante que fuera, le hacía hervir la sangre.

En una ocasión, durante el desayuno, cuando por accidente rozó sus senos al coger un papel que Paul le tendía, la sensación permaneció en ella durante todo el día y la mantuvo despierta en la noche, mientras Joel dormía a su lado, sin prestar importancia a su presencia.

La obsesión por la pierna cicatrizada empezó a desvanecerse y, aunque todavía quería restablecerse, ya no era con la misma desesperación de antes. Joel la había deseado, sin importar la razón, y su deseo le había hecho más bien que cualquier cirugía Quizá no la amaba, pero le había parecido una mujer deseable, y ese pensamiento la tranquilizaba a pesar de saber a ciencia cierta que muy pronto tendría que separarse de él.

La dueña de la habitación donde vivía, le había enviado e equipaje y al dejar de estar acomplejada por su pierna, se atrevió a lucir la ropa nueva combinándola con su antiguo vestuario, Volvió a usar maquillaje, algo que había olvidado desde la traición de Rob. Su nuevo entusiasmo por la vida hizo brotar una chispa de alegría en sus ojos.

La señora Downs con picardía le hizo notar que el matrimonio le sentaba bien, y eso le infundió nuevos ánimos.

Cuando una tarde, Joel la invitó a salir, ella aceptó emocionada. Sus nuevas ganas de vivir, consiguieron que olvidase el problema principal de su matrimonio, pero Paul se lo recordó al contarle que había visto a un hombre pescando en el lago hacía

dos días-

_Y no va a atrapar nada porque esta usando una mala carnada.

Las inocentes palabras del niño la hicieron recordar el motivo de su matrimonio. Estaba segura de que el pescador era un detective, y así se lo comunicó a Joel.

—Ya ha empezado la guerra. No me sorprende, acabo de recibir una carta de mis abogados informándome de que Teri ha decidido entablar la revisión de la custodia, alegando que un padre soltero no puede proporcionar la misma seguridad física y emocional que un matrimonio. He contestado diciendo que le informen de mi matrimonio.

— ¿Tú crees que será suficiente?

—Lo dudo, esto es sólo el principio. Teri cree en el poder del dinero y, puesto que se ha casado con un hombre muy rico, piensa que puede comprar la custodia de su hijo, ¡si yo se lo permito!

Dos días después se confirmaron sus sospechas. El pescador era un

detective privado contratado por Teri para espiar a los habitantes de la casa.

, ¿Crees que se atrevería a hacer alguna tontería? —preguntó Ámbar. Estaban en el estudio pues, por mutuo acuerdo, evitaban entrar en el recibidor, que había sido decorado por Teri.

¿Una tontería? —rió de buena gana. Bueno, los periódicos informan a diario de secuestros y... no es tan tonta como para intentar una cosa semejante por una parte, eso es un delito y, por otra, no creo que Hal se lo Permitiera. No es de ese tipo de hombres. Aceptaría a Paul de buena gana si fuese por la vía legal, pero secuestrándole..Negó con la cabeza.

Le hubiera gustado creerle pero, por lo que Joel y Paul habían contado sobre Teri, no podía creer que una mujer como ésa se detuviera ante algo tan frágil como la ley. Sin embargo, prefirió no decir nada a su esposo, pues él estaba convencido de que Teri se atendría a la decisión de la corte.

A pesar de todo, decidió que debía tener mucho cuidado de Paul. El incidente del lago era muy grave pues si el niño no se lo hubiese contado nunca se habría percatado de la presencia del falso pescador.

Unos días después Joel recibió una imprevista llamada. Le comunicaban que debía partir inmediatamente para Bruselas. Cuando estaban despidiéndose, Joel le dijo que no tardaría más que un par de días. Paul estaba presente, observando las aves que revoloteaban entre los árboles, por tanto Ámbar no pudo oponerse al abrazo de despedida de Joel.

—Hago esto por si nuestro amigo está espiándonos —murmuró antes de besarla en los labios.

Ámbar hubiese deseado permanecer así una eternidad, y no pudo evitar que sus labios se abrieran anhelantes ante la caricia. y sin embargo, se llevó una desilusión al comprobar que Joel. Después de dudar un momento, decidió no besarla.

Estaban a punto de separarse, cuando Joel la volvió a estrechar entre sus brazos, dispuesto a besarla. Ella respondió, acariciando su abundante cabello oscuro, estaba emocionada y deseaba que Joel la acariciara sin limitaciones.

— ¿Y esto? ¿Ha sido por si el espía se ha perdido el primer abrazo? —preguntó Ámbar

Joel no contestó, estaba muy tenso y la chica se arrepintió de haber hecho esa pregunta. Debía estar muy preocupado por Paul , ya que no debía gustarle nada dejarle solo.

—No te preocupes, yo cuidaré de Paul.

Él, que se disponía a abrir la puerta del coche, dijo con baja:

—Sé que lo harás, pero ¿quién cuidará de ti?

Antes de que Ámbar pudiera contestar, él puso el coche en marcha y se perdió de vista.

_¿por qué estás tan triste? —Preguntó Paul abandonando un momento su actividad—. A Teri le encantaba que papá se fuera-

—-Estoy segura de que no era así.

¿Qué quieres hacer esta tarde? ¿Nada?

Pensó que la piscina era un lugar más seguro que los bosques deshabitados, y que el ejercicio contribuiría al endurecimiento de sus músculos.

Al regresar a casa, los dos estaban extenuados, a Ámbar le dolía la pierna y sabía que el ejercicio no la había sentado nada bien y antes de acostarse se miró la cicatriz. ¿Era su imaginación o la señal se notaba menos? El médico le había dicho que, con el tiempo, desaparecería, pero no le había creído, pues sólo pensaba en la expresión de Rob cuando la vio por primera vez.

Incluso llegó a pensar que la cicatriz podría extenderse por todo el cuerpo. Pero con el tiempo había aprendido que no hay que dar demasiada importancia a la apariencia física. Joel tenía razón cuando decía que la personalidad era más importante que la belleza.

¿A quién trataba de engañar? No era atractiva a los ojos de Joel y tampoco podía esperar ningún milagro de la operación. Ni Rob la amaba, ni ella a él, de lo contrario, no se hubiesen comportado de esa manera. Ella echaba la culpa de la ruptura al accidente, en lugar de enfrentarse a la realidad. Aunque su relación era muy superficial, la separación había sido muy dolorosa. ¿Cuánto más doloroso debió ser para Joel divorciarse de Teri?

Ambar se movió inquieta bajo la ducha, prefería no pensar en ese tipo de cosas.

A medianoche se levantó para tomar un calmante, pues el dolor de la pierna le resultaba insoportable. Recordó que los tranquilizantes estaban en la planta baja de modo que, se puso la bata que Joel le había regalado y salió de la habitación. Fue a la estancia donde había dejado su bolso y cogió las pastillas. Hacía frío y pensó que le sentaría bien tomar una bebida caliente así que se dirigió a la cocina para calentarse un poco de leche. Segundos mas tarde vertió el líquido en un vaso y le agregó una cucharada de azúcar, al hacerlo sintió más frío y notó el entumecimiento de sus pies descalzos. Trató de apresurarse con el vaso y, nerviosa, al oír un extraño ruido en la habitación contigua, lo soltó. En el intento por evitar quemarse con el liquido caliente, pisó un pedazo de cristal y lanzó un grito de dolor Pero ese momento se abrió la puerta y apareció Joel.

— ¿Qué pasa aquí? —Palideció al ver la escena—, ¡Ámbar! ¿Qué ha ocurrido? —llegó a su lado en un segundo.

Estaba muy impresionada por el accidente que acababa de ocurrir, y no se le ocurrió preguntarle la causa de su regreso. Le dolía la pierna lastimada y la impresión de la herida en el pie la hizo sentirse débil y enferma.

Joel la cogió en brazos.

—Descansa —le dijo con suavidad—, no debes apoyarte en ese pie hasta que te saque el cristal, pasa tus brazos alrededor di mi cuello, así está bien. ¿Dónde guarda la señora Downs la caja de medicinas?

—Hay una en nuestro baño, necesito mis pastillas. Me dolí la pierna, por eso bajé... oí ruidos y pensé... pensé que alguien, había entrado a llevarse a Paul.

Joel se detuvo a mitad de la escalera y, mientras se apartaba de la cara un mechón de pelo, la apoyó en sus rodillas.

—Te estás sugestionando, Paul está a salvo. Tú eres la que necesita cuidados.

La llevó al baño y la sentó sobre una banqueta con el piel alto mientras él le sacaba el pedazo de cristal con unas pinzas después limpió la herida con alcohol y como sangraba, la vendó con una gasa y le dijo que se quedara quieta mientras iba a calentar otro vaso de leche.

— ¡He armado un buen lío en la cocina! ¿Qué va a decir la señora Downs?

—Nada, yo lo limpiaré. Quédate aquí hasta que lo haga.

Ella le esperó sin moverse pensando emocionada, que en ningún sitio se encontraba mejor que en los brazos de su marido.

—Bueno, te llevaré a la cama, estarás más cómoda

Ámbar comenzó a abrocharse torpemente la bata, pero el le aparto sus manos para terminar la tarea con una facilidad que la hizo darse cuenta de que no era la primera mujer en su vida.

Insistió en llevarla en brazos hasta la cama, aunque ella protestó diciéndole que estaba en condiciones de andar. Al levantarla la delgada tela de su camisón se apretó contra sus senos y la expresión de Joel se transformó durante unos segundos, fingiendo indiferencia, desvió la mirada y la metió en la cama. Después, la tapó con las mantas y esperó a que se bebiera la leche y se tomara los tranquilizantes.

_Trata de dormir. He vuelto de Bruselas antes de lo previsto, pero todavía tengo mucho trabajo.

¿Qué intentaba decirle? ¿Qué estaba a salvo de cualquier acercamiento indeseado? ¡Si sólo se imaginara! Sofocó un sollozo

cuando le vio dirigirse a la puerta. Si tuviera el suficiente valor como para llamarle y decirle que la abrazara... Sólo abrazarla, era lo único que necesitaba, pero, ¿por cuánto tiempo?, ¿Acaso el abrazo apagaría el deseo que abrigaba su corazón?

-¿Joel?

Se detuvo cerca de la puerta y dio la vuelta, pero no pudo decirle lo que quería. ¿Cómo podría avergonzarle y avergonzarse?

—Gracias —dijo con brevedad.

No se percató del repentino cinismo reflejado en los ojos grises al decirle con frialdad:

—De nada, y no me preguntes cómo puedes pagarme, podría decírtelo.

Se fue antes de que ella tuviera tiempo de pedirle una explicación. La combinación de los tranquilizantes con la leche hizo su efecto y cayó en un profundo sueño.

CAPITULO 7

ALGO pesado se apoyaba sobre su cuerpo, y se despertó al notar esa agradable sensación. Abrió los ojos lentamente y se quedó impresionada al darse cuenta de que ese algo era el brazo de Joel.

De alguna manera durante la noche debió volverse hacia él y por eso la abrazó. Ella se movió con cuidado pero Joel refunfuñó entre sueños, y la joven quedó quieta, pues no quería despertarle.

Al cabo de un rato, Ámbar levantó la mano y acarició la áspera piel de su esposo. El brazo alrededor de su cuerpo la invitaba a compartir una placentera intimidad, transportándola a deslumbrantes sueños, donde ella se sentía con derecho a estar junto a él en virtud del amor que le profesaba.

Sus labios estaban a un milímetro de los de Joel, y el corazón comenzó a latirle con gran fuerza al sentir el incontrolable deseo de besarle.

Diciéndose que eso sería una locura intentó liberarse. Pero al hacerlo, él la estrechó con más fuerza en una reacción involuntaria. Sus labios recorrieron anhelantes el adorado cuerpo de su esposo y se detuvo temblando al sentir que Joel se movía y murmuraba algo ininteligible. .

Una vez más trató de liberarse, pero era demasiado tarde, el abrió los ojos y se quedó extrañado al ver la dorada cabeza Ámbar tan cerca, de la suya; sin embargo, su expresión cambió al sentir contra su pecho la dulce suavidad de sus senos.

Fue como si de pronto quedaran hechizados. Ninguno pronuncio palabra, perezosamente Joel la rodeó con sus brazos y labios se complacieron en recorrer el cuello de la joven.

Sus labios, al principio suaves, pronto se volvieron apasionados, sus labios oprimían, cada vez con más fuerza, los de Ámbar,observando en ella el deseo de poseerle por completo. Sus senos, apretados contra el masculino pecho se endurecieron, sintió que estaba a punto de rendirse e intentó protestar débilmente, pero su grito de protesta fue acallado por otro beso de Joel.

Sus ojos adquirieron un brillo especial, debido a la emoción que experimentaba. De repente, oyó que Joel pronunciaba unas palabras que no pudo entender y acto seguido se dio la vuelta dejándola aprisionada bajo su cuerpo. Joel acarició el rostro de la joven, besándola apasionadamente, Ámbar, abrasada de deseo, se rindió por completo.

La chica se estremeció al sentir que unas manos expertas la despojaban del camisón . Cuando por fin dejó de besarla, ambos

respiraban agitadamente; un suave rubor teñía las mejillas de Joel y sus ojos brillaban a causa del deseo. Hizo a un lado las mantas para mirar el cuerpo de su compañera antes de cubrirlo de besos. Ámbar se estremeció al percatarse de que el deseo de su esposo era tan grande como el suyo.

La culminación del acto amoroso, trajo consigo un torbellino de sensaciones, desconocidas para Ámbar. Durante unos segundos, la joven creyó haber perdido la razón.

Hubiera sido feliz permaneciendo entre los brazos de Joel durante el resto de su vida, pero él parecía estar pensando algo distinto.

Oyó el ruido de la ducha y se sonrojó al verle regresar a la habitación con una toalla alrededor de las caderas, como única Prenda. Esperó a que dijera algo, pero al prolongarse el silencio entre ellos, Ámbar empezó a preocuparse. Quizá estuviera disgustado y hasta podría ser que la creyera culpable de lo ocurrido.

— ¿Joel?

El le dio la espalda, evidentemente molesto. Ámbar por favor, hablaremos de ello más tarde.

Cuando llego el correo. Le pareció extraño ver que entre las cartas, había una con sellos de Estados Unidos. Buscó el remitente, era de California y con un apellido que le resultaba algo familiar. Se angustió, ¿sería de Teri?

Los minutos se le hicieron eternos hasta que regresó Joel. Llegó cuando Paul y ella estaban tomando el té. Tenía tanto interés por conocer el contenido de la carta que ni siquiera se acordaba de lo que había sucedido esa misma mañana. La presencia de Joel la hizo volver, bruscamente a la realidad. Bajó la vista tratando de evitar la mirada de su esposo mientras trataba de convencer a Paul de que se comiera otra rebanada de pan.

Como de costumbre, el niño estaba muy animado, y pidió a su madrastra que le ayudara a bañarse. Mientras lo hacía, Ámbar pensó que su esposo no tardaría en pedirle explicaciones, por lo que había ocurrido aquella mañana. ¿Qué iba a decirle? Su temor aumentó cuando Joel le preguntó, inexpresivo:

— ¿Puedo hablar contigo en el estudio?

La esperaba con una bebida en la mano; nunca le había visto beber a solas y ese gesto la reafirmó en sus sospechas. La chica, con la carta en la mano, contempló la espalda masculina, antes de que él se volviera para conducirla a una de las sillas.

Después se retiró para darle nuevamente la espalda. Ámbar, acerca de lo de esta mañana...

Ella contuvo el aliento, intuía que algo malo iba a suceder

—Tengo que pedirte disculpas, si yo hubiese estado bien despierto, habría podido controlarme, y eso no hubiera sucedido.

Se sonrojó al recordar que ella le había besado mientras dormía.

—No ha sido culpa tuya… —dijo avergonzada, pero con un ademán él la interrumpió.

—No puedo proseguir, Ámbar. Yo he tenido la culpa y se que al final habrá problemas. Pensé que podía manejar bien la situación pero… —se alisó el cabello mientras la miraba suplicante—. Había olvidado el extraño comportamiento de la naturaleza

Una vez más Ámbar se sonrojó y se mordió el labio inferior . Seguramente él se refería a que ella había correspondido a requerimientos.

—Lo que intento decirte es que quiero comportarme como un caballero y liberarte de nuestro arreglo . ¿Y Paul? —protestó Ámbar, sin atreverse a decirle que por ella ,ese arreglo podía durar toda la vida.

No sé. Ya pensaré algo, pero no puedo retenerte más tiempo aquí. Sería diferente si tú…

No acabó la frase, y Ámbar fue incapaz de adivinar qué habría querido decir.

—Esto ha llegado hoy —le entregó la carta.

Echó un vistazo al sobre y, sorprendido, lo abrió; sacó varias hojas y las leyó, sin poder ocultar su nerviosismo.

— ¡Maldita sea! —exclamó, molesto.

— ¿Qué pasa?

—El padre de Teri sufrió un ataque cardíaco, por fortuna no ha sido nada grave, pero su esposa me pide que lleve a Paul de vacaciones, recordándome que es su nieto. Dice, con toda la razón, que también tiene derecho a verle.

— ¿Irás?

—No puedo negarme. No debería pedírtelo, después de lo que ha sucedido esta mañana, pero, ¿podrías acompañarnos? Tengo el presentimiento de que los padres de Teri quieren convencerme para que les ceda la custodia de mi hijo y, aunque no puedo negarme a visitarlos, te necesito a mi lado como coartada.

—Claro que iré.

—Sabía que aceptarías —expresó Joel en tono satírico—. ¿No tienes sentido de auto conservación? Cualquier chica hubiese salido corriendo después de lo ocurrido. Esta vez no voy a darte mi palabra de que no volverá a pasar. No puedo, eres una joven muy deseable y yo un ser humano, ¡qué lío!

Esa era la primera vez que le veía derrotado y sintió un enorme

deseo de consolarle.

—Quizá los padres de Teri nos puedan dar habitaciones separadas—sugirió—, después de todo...

¿No les va a gustar que otra mujer duerma con el ex marido de su hija? No te engañes, son muy realistas. Teri tenía la costumbre de llevar a sus amigos con mucha regularidad. Recuerdo que al poco tiempo de casarnos, me dijeron que se habían quedado asombrados la primera vez que fui a su casa porque solía irme a dormir a un hotel.

No la conocía, pero pronto pudo darse cuenta de que para Teri el sexo era un simple pasatiempo

Había amargura en sus palabras y Ámbar trató de imaginarse cómo habría sido su matrimonio.

— ¿La amabas mucho? —preguntó tímidamente.

—La verdad es que la deseaba —comentó Joel en ton burlón—, por lo menos al principio. El amor es para los tontos —agregó cortante—, o para jóvenes como tú que os aferráis a mitos caducos. Como ya debes saber por experiencia, el amor y el deseo no siempre significan lo mismo. Amabas al hombre que te abandonó, pero era deseo lo que nos unió esta mañana, no lo puedes negar.

— ¿Quién lo está negando? —preguntó con voz temblorosa, sin saber si estaba avergonzada o si se alegraba al comprobar que Joel pensaba que seguía amando a Rob.

—Desde luego que sí, hasta hace poco estabas convencida de que el deseo sólo viene con el amor, pero a mi lado vas aprendiendo que no siempre es así ¿verdad? ¿Estás segura de querer continuar? Te doy la oportunidad de romper el trato pero, te lo advierto: si decides seguir adelante, tendrás que llegar hasta el final, porque no te pienso volver a dar la oportunidad de arrepentirte.

Joel la miró fijamente y guardó silencio durante unos segundos, después continuó:

—Los padres de Teri quieren mucho a Paul, y se me acaba de ocurrir que en cuanto vean cómo te quiere y lo que ha progresado, desde que estás con él, convencerán a mi ex-esposa de que abandone la idea de obtener la custodia. No son tontos pues ellos mismos me advirtieron que no me casara con Teri pues sabían que no estaba preparada para el matrimonio.

-—No quiero volverme atrás. De todas maneras, ahora que somos conscientes de nuestra situación, quizá podamos tomar medidas preventivas más seguras —trató de aparentar indiferencia, pero se le hizo un nudo en la garganta, al pensar que tendría que renunciar a estar junto a é. Joel, la cogió por los hombros y le dio un delicado

beso en la nariz. Gracias, no soy un santo, pero lo intentare.

Esa noche fue la segunda que Joel no durmió junto a ella. Ámbar revivió en su mente los momentos de amor junto a Joel. Pensó que todo sería maravilloso si él la amara, pero no era así por tanto, se veía obligada a ocultarle sus sentimientos.

Viajaron a Nueva York esa misma semana y después de permanecer allí unos días, visitando la ciudad, reanudaron el viaje hasta California.

Cuando descendieron del avión, lo primero que notaron fue un calor sofocante, al que no estaban acostumbrados. Después de pasar la aduana se dirigieron a la sala de espera. Los padres de Teri habían ido a buscarlos y Ámbar estaba muy nerviosa pues sabía que, por lo menos durante los primeros momentos, iba a ser el centro de atención.

— ¡Ahí están! —exclamó Paul, que distinguió a sus abuelos entre la multitud. El niño se puso muy nervioso y cogió a Joel de la mano, tirando de él con impaciencia.

Primero los saludó la madre de Teri, una mujer delgada y elegante, vestida con unos pantalones vaqueros y blusa deportiva.

— ¡Con que ésta es Ámbar! —abrazó a Ámbar con cariño y la examinó—. Paul habla mucho de ti en sus cartas. Tiene razón cuando dice que eres muy guapa.

—Los niños siempre ven las cosas desde un punto de vista diferente —murmuró al encontrarse con la analítica mirada de Edie Haines. Estaba segura de que aquella mujer estaba comparándola con su hija.

-¡Joel! —se volvió para abrazar a su ex-yerno, y el señor Haines se dirigió a Ámbar, extendiendo la mano en señal de bienvenida. El igual que su esposa, iba vestido con ropa deportiva. Unas cuantas arrugas en la frente eran las únicas señales de su pasada enfermedad.

—Siento lo que le ocurrió —dijo Ámbar con sinceridad

—Sí, pero tuve mucha suerte. Esta vez el ataque ha sido muy leve. ¿Y cómo está mi niño? ¿Me vas a llevar a pescar?  Se dirigió al niño, haciendo una mueca chistosa.

Era evidente que entre Paul y sus abuelos existían muy buenas relaciones, pero Ámbar pudo darse cuenta de que el ambiente era muy tenso.

Salieron del aeropuerto y se montaron en el coche situado a pocos kilómetros de la meca del cine, Hollywood.

Para Ámbar fue una sorpresa descubrir que los padres de Teri pertenecían a la alta sociedad. Cuando Joel se había referido ala ambición de su ex-exposa, la joven pensó que Teri provenía de una familia modesta y que, por tanto, ansiaba poseer el bienestar material que nunca había tenido. Pronto se disiparon sus dudas, cuando Lee

Haines le contó que habían heredado hacía poco tiempo, la cuantiosa fortuna de un pariente lejano.

—Mi lema es disfrútalo mientras puedas. Hasta hace poco vivíamos del sueldo de mi marido y no podíamos permitirnos ningún capricho extraordinario, pero ahora no nos privamos de nada, ya somos viejos y tenemos que pensar en nosotros.

Los Haines eran muy discretos, y evitaron hablar a Ámbar de su pierna, aunque sí comentaron que veían a Paul muy recuperado. La joven estaba segura de que la comparaban con Teri y de que se preguntaban qué era lo que Joel había visto en ella.

No tenía sentido pensar en esas cosas. Ella no era Teri y sabía que no era hermosa. Decidió no preocuparse más por lo que no tenía solución; después de todo, los Haines la trataban con mucha amabilidad, y ella debía estarles agradecida.

Era placentero comprobar que, después del divorcio, el seguía llevándose bien con sus suegros. Además Paul trataba sus abuelos con mucho cariño, y ellos, conociendo los sentimientos del niño, procuraban no hablarle de los problemas de su madre.

La casa estaba situada en una colina, sobre la costa y la rodeaba un hermoso jardín.

Era blanca y de dos pisos. Se puede ver el mar desde las habitaciones —comentó Ésa es una de las razones por las que compramos la casa, Esta panorámica y la tranquilidad de la zona, Teri quería que nos estableciéramos más cerca de Bel Air, pero le dije que a nuestra edad no necesitamos vivir en la ciudad. —No podéis imaginaros lo apacible que es este lugar... —interrumpió Lee Haines al salir del coche, mientras ayudaba a Joel sacar las maletas—. Tengo la costumbre de pasar muchas horas mirando la costa con los anteojos y el otro día vi un águila real, una verdadera rareza en estas latitudes.

— ¿La puedo ver yo, abuelo? —preguntó Paul con los ojos agrandados—. Tom me ha enseñado muchas cosas sobre las aves Tom lo sabe casi todo.

-¿Tom?

—Un joven que visitó la aldea —explicó Joel—. Es profesor de primaria y se hizo muy amigo de Paul.

La estancia estaba decorada al estilo mexicano. Las paredes estaban pintadas de blanco, lo que daba a la sala un aire alegre y acogedor.

Subieron por una escalera de mármol, y se detuvieron en un descansillo, cuyo suelo estaba cubierto por una hermosa alfombra persa.

—Sólo tenemos cuatro habitaciones pero, afortunadamente, tres de

ellas tienen baño propio, no está tan mal. Vais a ser las primeras personas que ocupen nuestro cuarto de huéspedes, lo acabamos de decorar, espero que os guste. , A. Ámbar le fascinó. Los muebles eran de madera de pino; unos grandes ventanales que daban al mar. La vista era preciosa.

-¡Es bellísima! —dijo Ámbar. La madre de Teri fue muy discreta y Ámbar le agradeció que dijera, de forma indirecta, que el Y su hija jamás habían ocupado esa habitación.

No tenemos tiempo de charlar ahora, pero quizá más tarde. Espero que no pienses que soy demasiado entrometida sino que me gustaría conocerte mejor. Claro que no, después de todo Paul es su nieto...

Pensativa, la señora se atrevió a hacer una pregunta-

— ¿Joel te ha hablado mucho de Teri?

—No mucho, no creo que le dé mucha importancia comentó con sinceridad.

—A nadie le gusta recordar cosas desagradables. Yo quería que se casara, pero Teri siempre se sale con la suya Es muy testaruda. Debes pensar que es horrible que una madre diga estas cosas sobre su propia hija. Pero antes de que cumpliera lo veinte años nos dimos cuenta de que ella nunca sería la hija de nuestros sueños.

Ámbar estaba conmovida, esa mujer la había aceptado y confiaba en ella. La señora Haines cogió del brazo a la joven y continuó:

—Teníamos la esperanza de que el matrimonio con Joel la hiciese cambiar, y de hecho así ocurrió durante un tiempo, sobre todo cuando Paul nació. Nosotros estábamos muy contentos, pero en aquella época vino de vacaciones, estaba muy rara y parecía odiar a Paul. Tuve que llamar a Joel sin que ella lo supiera y suplicarle que se la llevase a casa. Lo peor es que pienso que no se hubiesen casado si Joel la hubiera conocido mejor. Esa es su mayor virtud: es capaz de engañar a cualquiera.

Hizo una pequeña pausa.

—Después del divorcio, Teri dijo que nunca la habíamos querido y que había tenido que huir de casa a los dieciséis años. Sí nos abandonó a esa edad, pero porque fue su voluntad, se fugó con un hombre que había conocido en un bar.

—Lo siento —dijo Ámbar, horrorizada por lo que acababa de escuchar.

—También yo, no podría describir las noches que he pasado preguntándome en qué nos habíamos equivocado, por qué se comportaba así, pero nunca pude encontrar una respuesta. No sé por qué razón, pero si yo le aconsejaba algo, ella hacía lo contrario

La señora Haines forzó una triste sonrisa.

—Sólo espero que su matrimonio con Hal salga bien. Es buen hombre, pero no es Joel, creo que ella necesita una mano firme para que la guíe. Por lo menos tenemos a Paul, y *el si es un tesoro.*

Me alegro de que Joel se haya enamorado de ti —agregó al dirigirse a la puerta—. Necesita la bondad de una mujer compasiva para ayudarle a curar las heridas causadas por mi hija y estoy segura de que tú le quieres mucho.-Sí, le quiero mucho —confesó. Estuvo a punto de confiar en esa comprensiva mujer, de contarle toda la verdad y pedirle consejo. Pero pensó que Edie ya tenía bastante con sus propios problemas.

_Por cierto, unos amigos que viven en Bel Air nos han invitado a una fiesta y vosotros estáis incluidos en la invitación. Pensé no aceptar pues Julie es una buena amiga de Teri, se parecen mucho y sospecho que tratará de hacerte pasar un mal rato. Iba a rechazar la invitación pero no quiero que piensen que Joel teme encontrarse con Teri, así que después de sopesar los pros y los contras, decidí aceptar ¿te parece bien?

—Perfecto.

Fingió una seguridad que estaba muy lejos de sentir. Se angustió ante la perspectiva de enfrentarse a las curiosas y hostiles miradas que la compararían con Teri.

— ¿Tiene una fotografía de su hija? Quisiera...

—Claro que sí. Se la hicimos pocos días antes del nacimiento de Paul, debe estar guardada en mi armario, voy a buscarla.

Joel y Paul estaban en la planta baja con Lee. Benita, la sirvienta mexicana de los Haines, había preparado unos bizcochos especiales para Paul y los tres estaban en la cocina, comiendo animadamente.

—Aquí está —dijo Edie entregándole la fotografía.

Al verla, Ámbar no se desilusionó. Tuvo que reconocer que Teri tenía unos rasgos perfectos. La espesa cabellera negra le daba un misterioso aire de sensualidad. Era una de las mujeres más bellas que había visto; sin embargo, a pesar de la belleza de sus ojos, tenía una mirada fría.

- Es hermosa. Físicamente, sí —Edie lanzó un suspiro—. Pero la belleza real está en el corazón. La belleza está, por ejemplo, en los ojos, cuando miras a Joel. Una mujer realmente bella, en mi opinión, debe ser bella en cuerpo y espíritu.

—Ya que no tengo lo primero, espero conseguir lo segundo —dijo Ámbar con ligereza, mientras miraba su pierna.

—Discúlpame, querida, temo ser indiscreta, pero... -¿QUÉ TE pasó en

la pierna?

Ámbar le explicó en pocas palabras, lo que había sucedido

— ¿Y la única esperanza es otra operación?

—Sí, aunque no se garantiza el éxito. Hay un hospital que *se* dedica a aplicar este tipo de tratamiento, es un lugar llamado Fair lea.

— ¿Fair lea? ¡Está a veinte kilómetros de aquí! Hay un hospital que está especializado en enfermedades difíciles. Se construyó gracias a la generosa donación de un millonario que milagrosamente, consiguió recuperarse de una grave enfermedad. Debes decirle a Joel que te lleve.

Ámbar por poco se desmaya. Joel no estaba enterado de sus planes. Él pensaba que la joven quería el dinero para asegurarse el futuro y ella quería evitar que se enterase de la verdad.

—No —protestó con rapidez—, no creo que Joel quiera que me opere. Él...

—No necesitas explicármelo, querida —la tranquilizó—. Joel no querrá que sufras más. Conozco a los hombres. Cuando tuve a Teri, Lee me dijo que nunca podría perdonarse el haberme hecho sufrir. Pero las mujeres somos capaces de soportar mucho dolor, en eso consiste nuestra fortaleza. Me hubiera gustado tener otros hijos, pero no pudo ser; muchas veces me he preguntado si no le habrá perjudicado a Teri ser hija única... eso es lo que Paul necesita, un hermanito.

— ¿Sabe que Teri se... nos lo quiere quitar?

—Sí, le hemos dicho que deje las cosas como están, pues Paul le tiene miedo. Cuando se enfada, se pone histérica. Si para un adulto es un espectáculo impresionante, porque grita hasta ponerse morada, imagínate para el chiquillo. Y para colmo al ver que el niño le tiene miedo, se pone más nerviosa.

La señora cogió la foto de su hija y volvió a mirarla con una expresión de ternura.

_-No entiendo por qué dice que le quiere, a menos que sea para incordiar a Joel. Aunque... los padres de Hal están chapados a la antigua y se horrorizaron al enterarse de que Hal se casaba con mi hija. Él, por primera vez, se opuso a la voluntad de sus padres, y los pobres aún no lo han superado, pues tienen un concepto muy estricto de lo que la palabra familia significa; quizá Teri intente hacer las paces con ellos representando el papel de madre abnegada.

_¿Usted cree que Teri quiere que sus suegros la acepten como parte de la familia?

—Desde luego, a ellos les debe parecer muy extraño que la custodia esté en manos de Joel y aunque Hal es un joven muy rico, en

realidad es su padre quien controla la fortuna familiar. ¿Ves lo bien que conozco a mi hija? —suspiró—. Sé que sólo se casó con Hal por su dinero, es una mujer muy calculadora.

La señora Haines, visiblemente alterada, estaba a punto de llorar.

—En una ocasión traté de explicarle que el sexo no es algo que se da a cambio de las comodidades materiales, le dije que es una rara y hermosa experiencia que sólo debe compartirse con el ser amado. Teri me miró como si tuviera puesta una máscara, no tenía la más remota idea de lo que le trataba de decir, y su comentario fue: «El sexo es un arma, la más poderosa de una mujer, y la voy a usar para sacar el mejor provecho, para obtener todo lo que deseo».

Ámbar se estremeció. Aunque nunca la había visto, conocía a Teri y no podía explicarse cómo pudo enamorarse Joel de una mujer como ella.

Ámbar se integró con mucha facilidad en el círculo familiar de los Haines. Era como si los conociera de toda la vida. Eddi le presentó a sus vecinos y todos fueron muy amables con ella. Por primera vez desde su boda, sentía que era la esposa de Joel.

, Sin embargo, sabía que no debía dejarse llevar por los sentimientos. Esa misma mañana, después de ducharse y, aunque sabía que Joel estaba en la habitación, salió y no sintió vergüenza salir envuelta sólo en una toalla que apenas la tapaba. En realidad, no se dio cuenta, pues ya se había acostumbrado a su tan habitual papel de esposa.

Al verla, él arqueó las cejas y preguntó:

— ¿Que pretendes? ¿Obligarme a romper otra vez mi promesa?

Regresó al baño inmediatamente y no volvió a salir hasta que Joel hubo abandonado la habitación; él nunca lo sabría, pero el mayor deseo de la joven era romper para siempre esa absurda promesa.

Ámbar estaba sentada en el borde de la piscina, mientras Paul y Joel jugaban en el agua. Cuando salieron la joven miró a su esposo emocionada. Parecía un antiguo atleta griego. Le deseaba y no pudo evitar mirar apasionadamente su cuerpo bronceado.

Joel dejó a Paul y se acercó a la joven, la abrazó y depositó en sus labios un cálido beso que la trastornó.

Cuando él la soltó Ámbar se dio cuenta de que una mujer desconocida había presenciado la escena. ¿Quién sería? Era muy atractiva. Se acercó a ellos con un andar llamativo; llevaba unas sandalias blancas exageradamente altas.

—Querido, ya estás muy crecidito para hacer esas tonterías, ¿no te parece? ¿O ha sido porque no has podido resistir la ardiente mirada de tu esposa?

— ¿La ardiente mirada? —repitió él protegiendo a Ámbar con su cuerpo.

—Vamos, querido, tú lo sabes todo sobre las mujeres, ¡no me vengas diciendo ahora que no puedes leer el deseo en los ojos de una mujer!

La mujer puso una mano sobre el hombro de Joel y le acarició suavemente, sin dejar de mirarle. Ámbar se puso furiosa ¿quién era esa mujer?

—No soy un juguete en venta, Julie —dijo Joel, que se separó rápidamente de la intrusa y levantó a Ámbar de su silla alzándola por la cintura—. Ámbar ésta es Julie Arnold, Julie esta es mi esposa.

Querido —dijo Julie evitando mirar a Ámbar—, ¿cómo quieres que pueda pensar en otra esposa tuya que no sea Teri?

—Para alguien que va por su tercer matrimonio, no creo que sea muy difícil —contestó, impávido ante la malicia de sus comentarios-— ¿Quieres que vayamos a dar un paseo por la playa, mi amor —miró a Ámbar—. Julie quiere hablar con Eddi.

-Es a ti a quien he venido a ver para decirte que vayas a mi fiesta este fin de semana. Teri y Hal estarán ahí.

Dejó de mirar a Joel y, por primera vez, se dirigió a Ámbar.

—Teri se ha comprado el vestido más bonito que he visto en mi vida. Es nuestro primer aniversario de bodas y vamos a celebrarlo por todo lo alto. He invitado a mucha gente pero, como comprenderás, la reina de la fiesta será Teri, estará guapísima con su nuevo vestido.

De repente, fingió un enorme interés por Ámbar.

—Lo siento por ti, querida, no creo que tengas ningún vestido apropiado, supongo que sólo habrás traído ropa informal. Aquí siempre nos reímos de lo que los ingleses consideran «informal» —al hablar comparaba el bikini de Ámbar con su elegante vestido de seda.

—Estoy segura de que podré encontrar algo apropiado —contestó Ámbar abrazando a Joel—. Joel es muy generoso, ¿verdad, amor? Nunca necesito poner excusas para comprar lo que deseo.

Julie se ruborizó al escuchar el comentario, pero pronto encontró la forma de combatirlo, diciendo dulcemente, aunque con un dejo de malicia en la voz:

—Bien, tendrás que resignarte a estar casi todo el tiempo sentada... Tu esposo baila muy bien y tengo la intención de bailar con él durante toda la noche; debe ser horrible tener que permanecer sentada mientras otros se divierten, bailar es un ejercicio tan romántico...

Eso no hace falta que se lo cuentes a Ámbar ¿verdad, cariño?• —interrumpió Joel, mirando a su esposa de una manera que desencadenó la ira de Julie.

- ¡Es una mujer tan insoportable! —exclamó Lee Haines,cuando Julie se hubo marchado—. Siempre anda buscando problemas. No le prestes atención, Ámbar. Estoy seguro de que Joel está de acuerdo conmigo, no tienes que asistir a esa fiesta si no lo deseas.

—Desde luego, no tienes por qué hacerlo —añadió Joel bruscamente.

¿Se avergonzaba de ella? ¿Estaba preocupado por las comparaciones que suscitaría, especialmente cuando la gente se diera cuenta de la enorme diferencia que existía entre Teri y ella?

—Pienso que deberíamos ir —le dijo Ámbar cuando se quedaron solos—, aunque sólo sea para convencer a tu ex-esposa de que jamás le entregarás a Paul. Quizá cuando nos vea juntos desista de su propósito.

—Espero que estés en lo cierto —expresó él con amargura—, si no, todo este teatro habrá sido en balde.

Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no echarse a llorar. Joel nunca sabría el daño que acababan de hacerle sus palabras.

## CAPITULO **8**

EDIE LE aconsejó que fuera al hospital. Si no quería que Joel se enterase, le dirían que el niño necesitaba un examen médico, Ámbar se ofrecería a llevarle y, una vez en Fair lea, podría consultar con un especialista.

Era una perspectiva tentadora, sobre todo porque los incisivos comentarios de Julie habían hecho reaparecer su complejo por la pierna lisiada.

—No tienes nada qué perder. Si no vas quizá te arrepientas, Joel te quiere así, no tiene en cuenta tu problema, pero, ¿tú qué piensas?

Ámbar estaba sorprendida ante su indecisión. Durante seis meses su único deseo había sido visitar el famoso hospital y, cuando al fin podía hacerlo, dudaba. La ansiada operación, que iba a devolverle su antigua belleza, se había convertido en una insignificancia al compararla con su amor por Joel. Ella sabía que el amor brotaba de lo más profundo de su alma y que ante su grandeza todo lo demás carecía de importancia.

Sin embargo, al final accedió. No porque pensase que Joel se iba a enamorar de ella al verla restablecida, sino porque sabía que no había ningún tratamiento médico que pudiera lograr su recuperación. La única posibilidad que le quedaba era la operación, No podía desecharla después de haberla deseado durante tanto tiempo. A Joel le pareció una buena idea llevar al niño al hospital para nacerle un reconocimiento. Después de todo, aunque en Inglaterra le trataban los mejores especialistas, no estaba de más conocer la opinión de otros médicos.

Lee y él se fueron a pescar después del desayuno. Al verlos alejarse, Ámbar sintió el impulso de salir corriendo tras el  y pedirle a Joel que regresara.

Una hora más tarde, ellas salieron rumbo al hospital en el automóvil de Edie. Paul iba sentado en el asiento trasero

La piel del pequeño, igual que la de Ámbar, comenzaba a broncearse. El niño llevaba puesta una camiseta de playa y pantalones vaqueros, casi no cojeaba, y una persona que no conociera el defecto del niño no habría notado nada especial en él. Se parecía tanto a su padre que Ámbar ¡ no resistía el deseo de abrazarle!

Ella iba muy guapa, con unos pantalones vaqueros que disimulaban el defecto de su pierna. Se había recogido el cabello en la nuca y, sin una sola gota de maquillaje, su piel despedía vitalidad.

— ¿Qué te parece si vamos al salón de belleza antes de la fiesta? Yo conozco uno que está muy bien. No es nada del otro mundo. La dueña

es muy amable y tiene muy buen gusto. Aquí la gente le da mucha importancia al aspecto físico ¿sabes a lo que me refiero?

Ámbar asintió.

—Tienes que comprarte un vestido, a menos que hayas traído algo apropiado.

Ámbar dijo que no, no se le había ocurrido pensar que fuesen a invitarla a una fiesta. Le dijo a Edie que la acompañara. Los comentarios de Julie habían causado su efecto, y Ámbar quería ir bien vestida, pues no deseaba dejar a Joel en mal lugar.

—Bien, iremos a Bel Air mañana, en Fair lea hay cosas buenas, pero no como en Bel Air.

Después de una hora de viaje, llegaron al hospital. Al entrar en la recepción, Ámbar experimentó una sensación de angustia-Trató de aparentar calma para infundir valor al niño. Ese hospital era distinto a los demás hospitales; las enfermeras lleva unos uniformes muy alegres y había música ambiental fuera de las habitaciones. En una de las paredes, había un acuario do los peces nadaban con lentitud.

Pero el tipo de personal era el mismo, la experiencia estaba en el rostro de los médicos y de las enfermeras, que no prestaban atención al pasar junto a ellos. Paúl tenía hora en el departamento pediátrico, lo que confirmó la recepcionista antes de indicar a Ámbar que el doctor Randolph la esperaba.

£1 corazón le dio un vuelco. El doctor Randolph era el especialista que había inventado el nuevo tratamiento. Ámbar esperaba que la atendiera alguno de sus discípulos y se llevó una sorpresa al enterarse de que el doctor la examinaría personalmente.

—Ve —le indicó Edie—, yo llevaré a Paul a la unidad infantil.

Una enfermera la condujo a lo largo de un pasillo hasta una oficina sencilla que la hizo recordar el consultorio de especialista que la había atendido en Inglaterra.

—Bien señora Sinclair, primero cuénteme su caso y después la examinaré.

Le impresionó el doctor Randolph, era más joven de lo que había imaginado, de unos treinta y cinco años. Su pelo era de color castaño y sus ojos, color café, tenían una expresión bondadosa. Además era muy accesible, pero no pudo evitar que acudieran a su mente episodios desagradables de su vida pasada pues, cuando vio la habitación donde el doctor pasaba consulta, recortó lo que ya creía completamente olvidado.

—Vamos a dar un paseo por el parque para que me lo pueda contar —le dijo, al ver que la joven parecía incapaz de explicarle el

accidente.

Se levantó, se quitó la bata blanca y, cogiéndola del brazo, Condujo a través del pasillo. Hacía mucho sol y, cuando salieron al jardín, el doctor se puso unas gafas oscuras. . No debe abusar del sol —comentó el médico, ya que su piel es muy blanca, y es fácil que se le produzcan quemaduras. ; El parque estaba frente al hospital. Mientras paseaban, Ambar fue contándole su experiencia, su reacción ante la noticia de que nunca volvería a ser la misma y su obsesión por viajar a Estados Unidos para buscar una solución. Aun así, la señora Haines me ha contado que le ha resultado muy difícil convencerla para que viniese. Eso quiere decir que, en algún momento, ha cambiado de parecer.

—Sí —confesó.

Siempre le había parecido que estaba muy mal aceptar el dinero de Joel, incluso durante los primeros días, cuando creía su decisión estaba justificada. Pero pronto se dio cuenta de que al aceptar la propuesta de Joel, no la guiaba su deseo de obtener las veinticinco mil libras, sino la atracción que había experimentado hacia él desde el primer momento. El dinero y su posterior uso eran sólo un pretexto para satisfacer el deseo real e irrazonable de vivir junto a él.

—Antes, recuperarme era lo más importante. Estaba obsesionada con la idea, pero el tiempo transcurrió, me casé con Joel y de pronto...

—Y de pronto se dio cuenta de que su pierna ya no era tan importante —completó el doctor. Se arrodilló y le arremangó el pantalón para examinar la cicatriz—. Parece que mejora —opinó palpando con manos expertas los atrofiados músculos.

Ámbar, intuyó que alguien los observaba. Levantó la cabeza y vio que una persona se dirigía hacia ellos. Una mujer alta, delgada, muy morena... ¡Teri! Se le secó la boca y palideció. La fotografía que Edie le había enseñado no le hacía justicia. Era la mujer más guapa que Ámbar había visto en toda su vida.

— ¿Pasa algo malo?

El doctor Randolph se incorporó y, como vio que la muchacha estaba muy agitada, le tomó el pulso.

—No es nada. Me ha parecido ver a alguien conocido. Estoy bien... ¿no deberíamos regresar? Paul y Edie deben estar esperándome...

—Bien.

Ámbar se puso muy nerviosa, haciéndose miles de preguntas, para las que no encontraba respuesta. ¿Sabía Edie que Teri estaba en Fair lea? Tenía que saberlo porque si no ¿qué estaba haciendo allí? La sospecha de que la presencia de Teri tuviese alguna relación con Paul no podía descartarse. Lo que no podía explicarse era cómo se había enterado Teri de que su hijo había al hospital.

¡calma!

No se había dado cuenta de que casi corría hasta que oyó el advertido consejo.

—Con calma o se cansará con este calor.

Cuando cruzaron la calle el doctor Randolph, en un ademán caballeroso, la cogió del brazo. Era un hombre agradable y sintió afecto por él. Sin embargo, a pesar de que estaba segura de que el doctor se portaba muy bien con sus pacientes, mientras hablaba con él decidió que nunca se operaría. Cuando su matrimonio con Joel finalizara rechazaría el dinero que le había prometido y si sacaba las conclusiones correctas con respecto a su rechazo y adivinaba que lo amaba, bien, se le recordaría como una tonta romántica y no como una mujer ambiciosa.

Al llegar al hospital Paul y Edie estaban esperándoles. Ámbar se llevó una gran alegría al ver al niño sano y salvo. Le hubiera gustado correr hacia él y abrazarle para comprobar que no era sólo un espejismo, pero sabía que eso no iba a gustarle a Paul. Estaba en la edad en que los niños se avergüenzan al recibir demostraciones de cariño en público. A la hora de ir a la cama, después de haberle contado un cuento, sería distinto.

— ¿Y bien? —preguntó Edie al doctor Randolph—, ¿qué piensa?

—Es muy posible que podamos darle más movimiento a la pierna —respondió—, y desde luego la cicatriz desaparecerá con la cirugía. No es un caso grave, pero el proceso de curación será largo, y muy costoso. Piénselo —aconsejó a Ámbar con una sonrisa antes de ponerse a hablar con Paul.

Edie estaba muy contenta. El pediatra había dicho que Paul se encontraba muy bien y, que si continuaba haciendo los ejercidos como hasta entonces, al cabo de unos cuantos años, habría Superado totalmente el movimiento de la pierna.

Ámbar estaba emocionada. Sabía que Paul había hecho grandes progresos, y no pudo ocultar su orgullo cuando el médico que los adelantos del niño se debían en gran medida a la que le había ayudado a hacer los ejercicios. Me dije que dais largos paseos, y que le acompañas a nadar.

Cuando se dirigían al coche, Edie preguntó:

— ¿Vas a decirle a Joel lo de la operación?

—No sé —contestó Ámbar. Mentira, pues no pensaba decirle nada —, preferiría pensarlo un poco, ¿podría pedirle que no se lo cuente? La operación es muy cara y no quiero que piense…

— ¿Que te casaste con él porque querías conseguir el din de la operación? No te preocupes, guardaré silencio. No te preocupes se que

Teri es muy ambiciosa y que a Joel le desilusionó su extravagancia. Todo hombre tiene su punto débil; Joel no es malo pero entiendo por qué quieres ganarte su confianza. Amar a alguien es fácil, lo difícil es ganarse su confianza.

—Usted es muy comprensiva.

Había decidido no contarle que había visto a Teri en Fair lea

Ya en la calle, la señora Haines dijo a Ámbar que le parecía extraño el hecho de que Teri no se hubiera presentado a hacerles una visita.

—Quizá es porque estamos nosotros aquí —agregó Ámbar. Dándole a entender a Edie que su hija podría evitar visitarlos por esa razón, pero Edie negó con la cabeza.

—No es probable. Por el contrario, es el tipo de persona aficionada a las bromas de mal gusto. Yo creo que lo de la fiesta de Julie es un truco. Sabe que para vosotros, en especial para ti, va a ser muy desagradable encontrarse con ella.

—Pero si no vamos va a parecer que yo tengo miedo de que Joel la vea.

—No tienes por qué temer, Joel sabe la clase de mujer que es mi hija desde hace mucho tiempo.

Pero no podía ser cierto, Joel la había amado lo suficiente como para casarse con ella. Todavía era la misma hermosa y deseable mujer de antes. ¿El amor de Joel por Teri estaría del todo muerto?

Esa noche todos estaban muy contentos. Durante la cena- Paul les contó su visita al hospital. Joel estaba muy satisfecho pues tenía la completa seguridad de que su hijo iba a recuperarse

Ambar y yo vamos a ir de compras mañana —anunció Edie en cuanto acabaron de cenar—, así que os dejamos libres para hacer lo que queráis.

Ámbar y Joel se retiraron a su habitación juntos, como todos los días, pero esa noche él no adoptó la táctica de siempre, que consistía en abrir las ventanas y dar un paseo por los jardines mientras ella se preparaba para dormir. Ámbar sospechó que estaba tramando algo.

—Mira —le dijo de pronto, al cerrar la puerta del dormitorio, no tenemos que ir a esa maldita fiesta si tú no quieres.

La invadió una sensación de amargura, ¿se avergonzaba de ella? ¿Temía que la comparasen con Teri?

—Pensé que querías ir —comentó con ligereza.

—Nunca he dicho tal cosa; sería una buena estrategia pero no quiero hacerte pasar un mal rato.

La joven pensó que lo que no quería era ver de nuevo a su ex-exposa. Una cosa era decir que su amor había muerto habiendo miles

de kilómetros de por medio y otra, muy distinta, encontrarse con ella en el mismo lugar.
—Tendremos que ir, sería como si ocultáramos algo, como si estuviésemos huyendo y...
De repente, Joel se dirigió a donde ella estaba y la abrazó cariñosamente.
—No te preocupes, hay una persona en el jardín, yo creo que está espiándonos.
Ámbar se refugió en sus brazos, paralizada por el miedo.
—Joel, estoy preocupada por Paul, ¿qué pasaría si Teri quiera hacer algo sucio? Ella es ciudadana estadounidense y tú no, y...
. —Si crees que va a secuestrarle, olvídalo. No dejes volar tu imaginación. Todavía no sé por qué quiere a Paul, pero de una cosa sí estoy seguro: su actitud no obedece al amor maternal de modo que, cuando vea que existen muchas dificultades para lograr su objetivo desistirá.
Ella no estaba de acuerdo, pero no tenía ganas de discutir.
La persona que estaba espiándonos ya se ha ido. Voy a cerrar las cortinas —al soltarla, ella comenzó a temblar.
— ¿Qué te pasa? ¿Estás asustada?
—No puedo soportar que me espíen ¡es horrible!
—Lo sé, pero el curioso ya se ha ido.
Joel le dio un beso para tranquilizarla, como el que le hubiese dado a un niño, pero ella no era un niño, y su respuesta lo demostró sin lugar a dudas. Le abrazó, estremeciéndose de placer y él comenzó a besarla con la apasionada intensidad de un hombre que está a punto de perder el control de sí mismo.
¡No Ámbar, otra vez no!
Se separó de la joven bruscamente lo que la hizo sentirse humillada.
—Lo siento.
Joel estaba tambaleándose y tenía las mejillas encendidas.
—Perdóname, Ámbar, pero cuando estoy cerca de ti tengo muy poca resistencia.
Me estimulas como si fuese un adolescente, ¡Si todo esto no fuera tan ridículo podría ser hasta divertido! Teri con todos sus encantos no me hacía reaccionar, mientras que tú... —dio media vuelta, sus ojos brillaban cuando recorrió con la mirada los labios sensuales de la joven—. Mientras que tú —gruñó atormentado—, con sólo tocarme me trastornas.
—Me aseguraré de que no vuelva a suceder.
Ámbar estaba avergonzada, se sentía culpable de lo ocurrido. Si ella le hubiese permitido soltarla después del primer beso, no se sentiría humillada pues, a pesar de que Joel la deseaba, no estaba enamorado de ella.

—Ámbar, compréndelo, yo... en fin, afortunadamente no tendremos que continuar con esta farsa durante mucho tiempo. Si hubiera podido me hubiese apegado a mi decisión de terminar con nuestro trato en Inglaterra. Tu novio era un tonto, y tu también lo eres por seguir amándole. Si no se dio cuenta de lo que desperdiciaba no es digno de tu amor.

Llegó a la puerta antes de que ella pudiera corregir sus palabras y decirle que dejó de amar a Rob el mismo día que le conoció a él.

—Voy a tomarme una copa y si no quieres tener problemas duérmete antes de que regrese.

Joel no quería su amor, la deseaba, como él mismo reconocía, pero quizá habría deseado a cualquier otra mujer bajo las mismas circunstancias.

Estuvo a punto de levantarse e ir a buscarle, para que la cogiera entre sus brazos y volviera a hacerle el amor, pero prefirió no hacer algo de lo que probablemente, después se arrepentiría.

—El problema de comprar aquí es que hay mucho género, y nunca uno sabe con qué quedarse —dijo Edie mientras aparcaba el coche.

Unos minutos después entraban en el centro comercial más elegante de Beverly Hills.

Edie le dijo a Ámbar que en las grandes tiendas, no iba a encontrar nada de su agrado. Por tanto la llevó a una pequeña boutique en la que había muy poco género, pero todo eran diseños exclusivos.

En el escaparate se exhibía un vestido con franjas doradas y negras que a

Ámbar le gustó, aunque Edie le dijo que esperara a estar dentro para elegir.

—Louise es una gran diseñadora —susurró al oído de Ámbar al entrar —, y, para mi gusto, diseña unos vestidos muy elegantes, y no te obliga a comprar si tú piensas que hay algo que no te sienta bien.

La dueña de la reducida boutique primero estudió la delgada silueta de la chica antes de seleccionar algunos vestidos.

—-Quisiera uno largo —dijo Ámbar indicando la pierna lastimada—. Algo para ocultar esto.

Los vestidos largos están pasados de moda y, aunque conservo uno o dos para ocasiones especiales, están diseñados para mis clientes de mayor edad y no creo que a usted le sienten bien -miró los estantes, sonrió y chasqueó los dedos—. Permítame un momento, acabo de recordar algo: un vestido que diseñé para una de mis clientes antes de Navidad. Se suponía que era para un baile de disfraces al que no asistió, pero está de moda.

Reapareció con un vestido de seda azul bordado con pequeñísimos brillantes imitando un cielo nocturno salpicado de millones de estrellas.

Louise desenvolvió la tela y Ámbar abrió los ojos sórprendida era una versión moderna del traje de bailarina árabe, con pantalón y corpiño. La joven negó con la cabeza, pues no creía que ese vestido fuese apropiado para ella, pero la diseñadora le dijo:

—Antes de decir algo pruébeselo. Los pantalones se llevan mucho este año.

—Sí, pruébatelo —insistió Edie.

En contra de su voluntad Ámbar entró en el probador con el vestido.

No era una fiel reproducción del traje árabe. El corpiño, que iba unido a los pantalones, era muy ajustado, y resaltaba la redondez de sus senos y la línea de la cintura; los pantalones llegaban hasta los tobillos y se ajustaban perfectamente a la pierna.

Estudió su figura frente al espejo durante varios segundos, sin poder creer en la transformación.

La tela ocultaba por completo la cicatriz de su pierna y los pantalones eran mucho más modernos que los vestidos largos, pero, ¿tendría el valor suficiente para ponerse un traje como aquél? Ámbar pensó que no, pues le parecía bastante provocativo.

—Ven, queremos ver cómo te queda.

Todas las dudas que Ámbar tenía se desvanecieron al ver la expresión de admiración y sorpresa de Edie.

— ¡Querida! Serás la sensación, ¿o no, Louise?

—Por supuesto —rió—. No me inclino por la línea sexy, nunca la he considerado mi fuerte, pero viendo este modelo, empiezo a pensar que no me equivoqué al elegir mi profesión. Sólo necesita un complemento y creo tenerlo.

Se marchó, y a los pocos minutos volvió, llevando en la mano un cinturón ancho de cuero plateado que colocó alrededor de la cintura de Ámbar. Al ver la expresión de la joven, Louise le aseguró con seriedad:

—Es para agregar el toque super moderno, a todos les ha dado por la línea romántica.

_Pero estoy... —Ámbar se miró en el espejo incapaz de definir la forma en que el cinturón plateado resaltaba su cintura y la redondez de sus senos.

—Está irresistible —dijo la diseñadora con franqueza—, esa es su función. Hay un par de zapatillas plateadas para acompañarlo.

Eran de la talla de Ámbar, terminadas en punta.

_Todo lo que necesita ahora es un peinado llamativo y un poco de maquillaje.

—Iremos a mi sala de belleza antes de la fiesta.

_Llame a Rick y dígale lo que va a ponerse —le aconsejó Louise.

Sabiendo que a última hora, quizá, no se atreviera a ponerse ese vestido, Ámbar pagó y siguió a Edie.

—No cree que es un poco…

— ¿Sexy? Más que un poco, querida, pero resulta muy elegante. Estás guapísima con él… ¡Ah! Te aconsejo que no te separes de Joel, porque dudo que cualquier hombre con sangre en las venas al vértelo puesto no desee quitártelo —rió de buena gana al ver la expresión de disgusto y agregó con malicia—: ¿No es lo que quieres que Joel haga? ¡Quiero ver la cara de Julie cuando te vea! ¡Se va a poner verde de envidia!

## CAPÍTULO 9

CUANDO llegaron a casa de Julie y de su esposo, un famoso productor de cine, la fiesta estaba en pleno apogeo Ámbar iba muy incómoda, pues el vestido le parecía excesivamente llamativo.

Joel se había quedado sorprendido al ver su nuevo atuendo, pero su mirada fue más de admiración que de reserva; la joven se preguntó si no sería un error ponerse un vestido tan extravagante, y pensó que quizás hubiese sido mejor usar algo menos llamativo.

—Joel, aún no le has dicho a Ámbar que está imponente —le reprendió Edie en su casa antes de salir para la fiesta—. Y si tú no *lo* haces, sé que habrá muchos hombres que se lo dirán esta noche.

—De eso estoy seguro —contestó Joel bruscamente.

Julie se separó de su grupo y fue a recibirlos, cogió del brazo a Joel, sin hacer caso de Ámbar, y se marchó con él, para presentarle a sus amistades. La joven se sentía muy sola y sabía que era el blanco de todas las miradas.

Detrás del enorme salón se encontraba un patio en el que había una piscina. El jardín estaba iluminado por pequeñísimos focos. La mayoría de los invitados tendrían entre los veinte y los treinta años de edad. Todos parecían muy alegres y desenvueltos y Ámbar sintió que iba a serle muy difícil integrarse en ese ambiente.

De pronto se hizo un silencio total al entrar en el salón un hermosísima mujer que vestía un exótico traje de seda escaria andaba con mucha soltura, moviendo sensualmente las caderas.

Aunque no la hubiese visto en fotografía o en Fair lea, Ámbar la hubiese reconocido. La mujer se dirigió a Joel lanzándole a ella una despreciativa mirada. Pero Joel podía pensar por sí mismo y le había dicho en más de una ocasión, que había dejado de amar a su ex-esposa. Si eso era verdad, Joel era un excelente actor, pues lanzó a Teri una apasionada mirada, llevándose una de sus manos a los labios, no sin antes decirle:

—Espero que hayas venido sola.

Fue como una puñalada para Ámbar, sobre todo cuando vio la sonrisa triunfal de Teri. Quería llorar. Para afianzar su triunfo la voz de Teri dijo, dirigiendo una maliciosa mirada a la chica:

—No, querido. Hal no es como tú, él procura cuidar sus bienes.

— ¡Qué hombre tan sabio!

—No me has presentado a tu nueva esposa, querido. Pobrecita, está muy sola, claro que las apariencias engañan, ¿verdad? ¿No te vi en Fair lea hace unos días? —se dirigió a Ámbar.

—Llevó a Paul al hospital para un examen —explicó Joel.

Teri arqueó las cejas, divertida.

— ¿De verdad? Cuando la vi disfrutaba de la compañía de un hombre muy atractivo en un parque, el pequeño Paul no estaba a la vista. Querida —agregó maliciosamente, al ver el disgusto de Joel y la palidez de Ámbar—, ¿he dicho alguna inconveniencia?

En el jardín, un conjunto de música moderna comenzó a tocar una melodía; en ese momento, Teri cogió a Joel del brazo, lanzando a Ámbar una mirada burlona.

—Baila conmigo, querido, a Hal no le gusta bailar, y la pobre Ámbar no podría... —aunque la cicatriz no se veía, pues taba tapada por los pantalones, Teri había notado que la joven no movía la pierna con soltura—. Debe ser horrible para ti y para el por supuesto.

Se fueron cogidos del brazo y Ámbar se quedó sola. Hubiera querido meterse en algún lugar donde la crueldad de las miradas no pudieran alcanzarla. Se volvió y casi tropieza pero una mano masculina la cogió un brazo y al alzar la vista se encontró con un joven de ojos azules y tez bronceada.

— ¡Cuidado! ¿Estás bien?

—Bien, gracias por ayudarme.

—Como recompensa me vas a permitir servirte una copa Eres inglesa, ¿verdad? —le preguntó al conducirla por entre la multitud sin darle la oportunidad de negarse—. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Unos cuantos días, ¿y tú?

—Toda la vida. Mis padres siempre han estado metidos en el cine y, por herencia, yo también, ¿estás sola? —le preguntó recorriéndola con la mirada—. Eres una chica muy atractiva, pero no parece que te interese conseguir un papel en alguna película.

Ámbar rió.

—Gracias, pero he venido con mi esposo, por eso me han invitado, pues yo no conozco a nadie aquí, ¿y tú, estás solo?

—Sí, Julie es mi cuñada y me invita a todas las fiestas. No eres la esposa de Joel, ¿verdad? No podrías serlo. Julie dijo que estabas...

—Coja. Por favor no finjas. ¿Para qué ocultar la verdad? Todo el mundo lo sabe y, además, a mí no me importa —alzó la cabeza, tratando de descubrir la figura de su esposo.

— ¿Buscas a alguien? —le preguntó.

—Siento haber sido tan brusca contigo, pero...

—Pero mi querida cuñada ha estado molestándote. Créeme, no vas a descubrirme nada nuevo sobre Julie; lo sé todo, es una persona intratable, y disfruta haciendo mal a la gente.

Por fin, descubrió a Joel; Teri iba de su brazo, mirándole fijamente y él parecía disfrutar de su compañía. Ámbar sintió un escalofrío, sólo vivían para ellos. Teri volvió la cara, Ámbar no deseaba seguir

contemplando un espectáculo que le resultaba tan penoso.

— ¿Cómo te llamas? Mi nombre es Chet.

—Ámbar.

—Ámbar, voy a permitirme la libertad de darte un consejo-Olvida a mi cuñada y a las de su tipo. El mundo está lleno de ellas y lo convertirían en un infierno si pudieran. Sin embargo, recuerda una cosa. Su deseo por hacer daño a los demás las hace dignas de lástima. Así es, pregúntate si la gente feliz puede hacer sufrir a otros.

Ámbar negó con la cabeza y él sonrió.

—Sólo recuérdalo. Vamos a bailar, pareces un rayo de luna con ese traje.

Ámbar le siguió como un autómata. Después de todo, ya no le importaba nada, pues estaba segura de haber perdido a Joel.

Chet bailaba muy bien, y ella creía estar bailando en el aire. Cambió el ritmo de la música y la orquesta comenzó a tocar una melodía romántica. Las luces se apagaron casi por completo y las parejas se acercaron para bailar. Ámbar iba a decir a su acompañante que quería marcharse, cuando vio a Teri y a Joel bailando muy abrazados. Loca de celos, se acercó más a Chet.

— ¿Eres sólo una ilusión, rayo de luna? —preguntó Chet a su oído —. ¿Si te beso no te convertirás en un montículo de polvo de estrellas? —sus labios tocaron su piel y, lentamente, la fue apartando de las demás parejas.

Pensó que si mantenía los ojos cerrados podía imaginarse que era Joel quien estaba abrazándola. No duró mucho tiempo su ilusión, pues de pronto, unos dedos duros como el acero la cogieron del brazo para arrancarla de Chet.

— ¡Joel! —gritó angustiada.

—Sí, Joel —repitió con amargura—. ¿Creías que te ibas a librar de mí tan fácilmente? ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha ofrecido un papel en su nueva película?

—Oye, un momento… —interrumpió Chet—. No es para ponerse así, sólo estábamos bailando.

— ¡Claro! Yo sé muy bien lo que habría sucedido si no llego *a* intervenir. Ya arreglaremos cuentas tú y yo —dijo, mirando a Ambar ; luego se dirigió al joven—. Y en cuanto a ti…

—Mira… —comenzó a decir Chet, pero Joel no le dio tiempo para terminar la frase.

— ¿Nadie te ha dicho que no se deben hacer ciertas caricias a las esposas de los otros hombres? Nos vamos, ¡ahora!

Chet intentó intervenir, pero Joel le apartó de un empujón y cogió a Ámbar del brazo, sacándola casi a rastras. La joven trató de recordarle

que debía avisar a los Haines, pero fue inútil pues Joel, en ese momento, era incapaz de razonar.

Cogieron un taxi. Durante el trayecto, ninguno de los dos habló una sola palabra. Ámbar no podía comprender por qué se había disgustado tanto Joel. ¿Sería porque al ver a Teri se había dado cuenta de lo que había perdido?

—Vamos —le dijo en tono cortante cuando el taxi se detuvo Salió del coche y, al escuchar las pisadas de Joel tras de sí se despertó el miedo en su corazón. Había algo extraño en él que la alarmaba.

—Estoy cansada, si no te importa voy a acostarme. Se dio cuenta del error que había cometido al ver la expresión de los ojos de su cónyuge.

—No me importa. Es más, me parece muy buena idea. Estás muy sexy con ese traje árabe y yo no soy el único que piensa así, ya me he dado cuenta de que ese joven estaba muy cariñoso contigo.

—Sólo me ha dado un beso —sus insinuaciones le parecieron crueles.

Corrió escaleras arriba hacia la habitación, seguida por Joel. Al entrar cerró la puerta de golpe, pero él consiguió abrirla.

— ¿Sólo un beso? ¡Te has vuelto muy liberal!

Joel se acercaba cada vez más a la joven que estaba aterrorizada, pues nunca le había visto en ese estado.

— ¡Pero él estaba dispuesto a que fuese algo más que un beso!. Vi cómo te miraba, estaba pensando lo mismo que yo en este momento, pero la diferencia entre nosotros es que él sólo podía mirar, mientras que yo...

Antes de que Ámbar pudiera reaccionar, Joel la estrechó entre sus brazos y comenzó a desabrocharle la cremallera vestido.

—Yo puedo hacer algo más que mirar.

—Joel —le rogó con desesperación—, no lo hagas...

—Tendrás que buscar una buena razón para convencerme. Puedo provocarte hasta que me desees, Ámbar —y para probarlo le acarició los senos. Ella trató de escapar.

—Joel, por favor... —intentó una vez más, pero lo único que logró fue que su esposo la acariciara aún más.

—Por favor, ¿qué? ¿Que olvide lo que he visto? ¿Crees que puedo olvidar que te arrojaste a sus brazos y le permitiste que te besara? No, Ámbar. Tú vas a ser quien olvide. Vas a olvidarte de todo, excepto del contacto de mis manos sobre tu cuerpo, vas a ser mía, y eso será lo único que recuerdes.

Joel le quitó el vestido y Ámbar sintió una ráfaga de viento frío que la estremeció. Pero la impaciencia de las manos de Joel sobre su

pecho, no con ternura sino con salvajismo, la hizo olvidarse de todo. Desaparecieron el miedo y el enfado para dar rienda suelta a una pasión tan desenfrenada como la de su esposo.

Joel la llevó en brazos hasta la cama; después de una pausa, sintió que la piel de su marido era continuación de la suya y sus labios de nuevo quedaron prisioneros, aunque en esa ocasión respondió con la misma intensidad que él.

Sabía que después iba a estar avergonzada de su conducta, pero en ese momento lo más importante era responder a las caricias de su esposo. Sus besos le quemaban la piel y, totalmente entregada, emitió un grito de rendición absoluta.

Ámbar, sintió la necesidad de acariciarle; deslizó sus manos por la espalda de Joel y, al hacerlo, experimentó una agradable sensación.

Él se incorporó y la cogió de las muñecas, sujetándola a la cama en señal de dominación; Ámbar se estremeció, necesitaba sentir el contacto del cuerpo de Joel sobre el suyo.

—Cómo te deseo... —le dijo al mirarla—. Necesitaría toda una vida para satisfacer mi deseo —se inclinó sobre ella que cerró los ojos, expectante...

Pasaron los segundos y de pronto sintió que la soltaba El colchón se hundió y al abrir los ojos vio a Joel sentado a su lado dándole la espalda.

—No puede ser. Sin amor no significa nada —se volvió y pudo ver su expresión antes de que ella tuviera tiempo de disimularlo—. ¿Qué pasa? Deberías agradecerme que haya recapacitado no mirarme como si...

— ¿Como si quisiera que me hicieras el amor? ¿No sabes que las mujeres también experimentamos deseo? —Le preguntó desesperada, tratando de recuperar su orgullo—. El amor y el sexo no siempre van de la mano.

— ¿No lo sabré yo? Si fuera posible que tuviéramos habitaciones separadas no pasarían estas cosas. Lee tiene una botella de escocés abajo, voy a beberme una copa.

Antes de marcharse la miró, y dijo con un tono de tristeza en la voz:

—Dices que buscas el placer y has tratado de probármelo hace un momento pero, a pesar de lo que has dicho yo no lo creo. Ámbar, ¿cómo eres en realidad?

Salió antes de que Ámbar pudiera responder a su pregunta. Tuvo la tentación de seguirle y pedirle que regresara, pero su orgullo se lo impidió; quizá después se sentiría satisfecha al haber obrado de ese modo, pero en esos instantes experimentaba un verdadero tormento.

—Os marchasteis de la fiesta muy temprano —comentó Edie en el desayuno—. ¡Eso sí que es amor! Mi esposo y yo hace mucho tiempo que no salimos de una fiesta tan pronto...

Ámbar esbozó una fingida sonrisa. Joel se había marchado sin decirle dónde pensaba ir. La joven estaba convencida de que había ido a visitar a Teri.

Hacía una hora que había salido cuando sonó el teléfono. Ámbar y Paul estaban solos pues los Haines habían ido a visitar a Teri en casa de Julie.

—No quisiera dejarte sola —se disculpó Edie—. Pero Julie ha dicho que es urgente, aunque conociendo a Teri seguro que será una tontería. Se arrepiente de haber abandonado a Joel ¡Dios mío! No he querido decir...

—No se preocupe —replicó con una sonrisa—, con toda franqueza anoche me di cuenta de que Joel todavía le agrada.

—Siempre ha sido muy posesiva y sospecho que no soporta que alguien la haya reemplazado. Espero no presenciar una de sus desagradables escenas.

Ámbar dejo que el teléfono sonara. Pero al persistir decidió contestar. Para asombro suyo, la persona que llamaba, pidió hablar con ella.

—Yo soy ¿quién es?

—Del hospital de Fair lea, señora Sinclair. El doctor Burns necesita que traiga a Paul inmediatamente, ha descubierto algo raro en la última radiografía y quiere hacerle otra.

El doctor Burns era el pediatra. Ámbar se puso muy nerviosa al pensar que Paul podía tener algo grave.

—No tengo coche, y mi marido no está ahora en casa.

—Llame un taxi, señora Sinclair —respondió la enfermera, acostumbrada a tratar con pacientes confundidos—. Es más, si quiere le puedo proporcionar el número telefónico del servicio que utilizamos. Tiene una central en su área, por favor espere un segundo y se lo daré.

Los segundos en el teléfono le parecieron siglos, estaba impaciente por llegar al hospital y escuchar lo que el doctor Burns tenía que decirle.

Los dedos le temblaban al marcar el número del servicio de taxis. Podía oír a Paul jugar en la sala; sintió un gran temor. ¡Si Joel estuviera en casa!

Cuando estaba cambiando a Paul sonó de nuevo el teléfono. Ámbar corrió a contestar deseando que fuese Joel. Cuando descolgó, se llevó una gran desilusión; era Chet.

—Espero no haberte metido en problemas anoche. Tu marido es celoso. ¡Yo creía que los británicos no tenían sentimientos!

Ámbar le interrumpió y le explicó que tenía que llevar a Paul al hospital; al colgar vio que, sin darse cuenta, había anotado el nombre de Chet en la libreta, junto al número de servicio de taxis.

Apenas tuvo tiempo de coger su bolso, pues el taxi llego enseguida. Durante el trayecto, a pesar del nerviosismo, intentó mantener a Paul ocupado, tratando de aparentar naturalidad.

—Pero, ¿para qué quieren verme? —Preguntó por enésima vez—. El doctor me dijo que estaba bien.

—Claro que estás bien —contestó Ámbar con una confianza que estaba lejos de sentir—. Sólo quieren hacerte más pruebas, para poder ayudar a otros niños — odiaba mentirle, pero ¿qué objeto tenía asustar al niño? ¡Paul disfrutaría de tranquilidad mientras pudiese!

Habían recorrido unos cuantos kilómetros, cuando el coche se desvió de la carretera. El trayecto parecía eterno. El paisaje había cambiado, y parecía que se dirigían al desierto. La vegetación había desaparecido, y por todas partes se veía arena.

Ámbar se preguntó por qué era tan largo el camino. Miró el reloj y se estremeció, llevaban hora y media de viaje en lugar de la hora que habían tardado la primera vez.

— ¿Está seguro de conocer el camino? Preguntó al conductor, acercándose al asiento delantero—. ¿En realidad sabe a dónde vamos?

—Claro que sí, señora. Y aquí es donde usted se baja, si no quiere morir, con un poco de suerte encontrará algún coche que la lleve a su casa.

—Usted... yo... —Ámbar se quedó mirándole fijamente sin dar crédito a sus palabras. Él detuvo el coche en un camino solitario y polvoriento.

— ¿Qué está haciendo? —Preguntó furiosa cuando el conductor abrió la puerta—. ¿Qué pasa?

Hace demasiadas preguntas, señora. Salga y olvide todo lo a visto.

Pero Paul...—comenzó a protestar.

—El niño estará bien conmigo. No voy a hacerle ningún daño, pUes a su madre no le gustaría.

CAPÍTULO **10**

¡AH! CLARO… usted quiere secuestrar al niño, siguiendo las instrucciones de su madre, para que ella pueda reclamar la custodia. No puede hacerlo. Es ilegal…

—El dinero tiene mucho más poder que la ley— le recordó el extraño—. Éste no es el primer caso de custodia que resuelvo y no será el último. Ahora sea buena y salga del coche. Si no quiere hacerlo, tendré que obligarla.

Era evidente que nadie había informado a ese hombre de que ella era la madrastra de Paul y pensó que era mucho mejor no decírselo pues, de ese modo, el desconocido podía considerarla una molestia, pero no un peligro.

—No pienso bajarme —le dijo con firmeza—. Voy adonde Paul vaya, ¿no le ha dicho la madre del niño que su hijo necesita tratamiento médico?

El hombre tragó el anzuelo, se volvió para estudiar al pequeño y éste, sin perder tiempo, se abrazó a Ámbar, lloriqueando.

—Me duele la pierna… me duele mucho, ¡quiero ir con mi papá!

—Está bien, está bien, se puede quedar con él. Sólo manténgale callado o me encargaré de hacerlo yo mismo, ¿entendido?

Había comprendido. Ese hombre era más fuerte que ellos y lo más prudente era obedecerle.

— ¿No va a vendarnos los ojos? —preguntó tratando de ganar tiempo. Tenía la esperanza de los Haines, al llegar a su casa y ver que no estaban salieran en su busca, pero ¿dónde iban a buscarles? Nadie sabía por qué habían salido.

—No será necesario, estos caminos forman una encrucijada en el desierto y hay tantos senderos que llevaría toda una vida recorrerlos. Al niño no le retendremos mucho tiempo. Cuando pase el escándalo, su madre piensa llevárselo al Este donde, como ciudadana de este país, no le será difícil conseguir la custodia de su hijo.

Ámbar sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Miró el oscuro y sedoso cabello de Paul y apretó la pequeña mano del niño, tratando de decirle que no podía hablar, mientras estuviera delante de su raptor.

Al cabo de media hora, Ámbar sintió que las fuerzas comenzaban a abandonarla. Le dolía la cabeza y era incapaz de pensar a causa del miedo. Paul estaba pálido y a punto de vomitar.

—Por favor, deténgase —exigió con urgencia—, Paul no se encuentra bien.

El conductor se detuvo y abrió la puerta del coche, Ámbar sacó al niño.

—Diez minutos —les advirtió—, les podría afectar el sol.

Él no bajó, se quedó en el coche, y puso la radio. De pronto se volvió y, después de observar el cuerpo de Ámbar, agregó en tono burlón:

—Este es uno de los trabajos más fáciles que he hecho, secuestrar a un par de inválidos. No podrían correr hacia ninguna parte aunque quisieran y supieran adonde dirigirse.

—No llores —dijo Paul, pues la joven no pudo contener las lágrimas por más tiempo—, todo saldrá bien, papá vendrá a buscarnos.

—Sí, Paul estoy segura de ello —respondió Ámbar, aunque sabía que era casi imposible que Joel le encontrase.

Pasaron los diez minutos y fueron conducidos de nuevo al interior del coche. Ámbar estaba furiosa y lo que más rabia le daba, era no poder hacer absolutamente nada para remediar esa situación.

Viajaron durante otros diez minutos y se desviaron del camino principal; se detuvieron frente a una vieja cabaña. No había ninguna señal de vida en el lugar.

—Fuera —le ordenó el hombre a Ámbar—. Encontrará todo lo necesario para hacer café allá dentro, prepárenos algo, yo voy a informar a mis superiores de que todo ha salido según los planes Le vio manejar la radio del coche y pensó en la posibilidad de mandar un mensaje a alguien. Pero después de reflexionar unos segundos, decidió que era mejor no hacerlo.

El secuestro había sido organizado de manera profesional por gente de experiencia y podía ser muy arriesgado tratar de engañarles. Diez minutos después, el conductor abrió la puerta de golpe; cuando entró y olfateó el olor a café dijo:

—Muy bien, no tiene sentido hacer las cosas más difíciles de lo que son. Así que eres la enfermera del chico... Este asunto de los secuestros es dinero fácil. Atrapar al niño, mantenerle en un lugar secreto hasta que el escándalo pase, y después el cliente se le lleva a un estado donde pueda reclamar el juicio de custodia.

— ¡Es horrible! —Protesto Ámbar con resentimiento—. No le importa el dolor que está causando, la justicia...

—Es un buen negocio, cariño, y necesito el dinero.

Se acomodó en una de las viejas sillas y puso los píes sobre la mesa, después sacó una cajetilla de tabaco y encendió un cigarro. Ámbar miró a Paul y recordó que su principal obligación era calmar el miedo del chiquillo.

—No te preocupes —le susurró al oído, después de abrazarle.

—No estoy preocupado —dijo con valor—. Sé que papá vendrá y tú tampoco tengas miedo, yo te cuidaré.

—Muy bien, hijo —intervino el hombre—. Recuerda siempre que debes defender a tus mujeres. ¿Por qué no quieres ir a vivir con tu mamá? Parece que es una dama muy rica.

—No la quiero —respondió Paul—. Ni ella me quiere a mí-

—Claro que te quiere. Está dispuesta a pagar diez mil dólares para que vayas a vivir con ella.

— ¿Usted cree que eso puede consolar al niño? —pregunto Ámbar furiosa, al ver que Paul se ponía a llorar—. Su madre le abandonó, nunca ha querido tener al niño... Mire, su padre le pagará los diez mil dólares si nos lleva casa, estoy segura.

—Lo siento. Una de las primeras reglas de este juego es estar del lado del que paga primero. Así es como uno consigue más trabajo. En este negocio las recomendaciones son importantes y si alguien dice que uno hace doble trato se le cierran las puertas. ¿Por qué no nos preparas la comida? —sugirió, interrumpiendo los pensamientos de la chica—. Te ayudará a no pensar en cosas raras. No voy a haceros ningún daño, lo prometo.

— ¿Cuánto tiempo nos vas a tener aquí? —preguntó Ámbar.

—Eso depende, el niño no creo que esté más de tres o cuatro días, pero no sé qué hacer contigo. Las instrucciones son que te abandone en algún lugar a lo largo del camino. Quizá debas quedarte conmigo un poco más para que la madre del chico tenga tiempo de huir con él. No podemos arriesgarnos a que vayas con el chisme, ¿verdad?

Pasó la tarde y comenzó a oscurecer. Paul estaba exhausto y Ámbar trató de convencerle de que tomase un poco de leche. Estaba muy preocupada, pues el niño era muy débil y podía caer enfermo. De pronto el conductor dijo que iba a comunicarse con su jefe; Paul susurró al oído de la joven:

—Tratemos de escapar mientras no está —era la primera vez que el niño admitía que su padre no iba a ir a rescatarlos.

—No podemos, Paul —le dijo con suavidad—. Sería demasiado peligroso, podríamos perdernos.

El sonido de la puerta del coche les anunció que su guardián regresaba.

— ¿Por qué no me has dicho que estás casada con el padre del niño? —preguntó molesto, sacando un cigarrillo.

— ¿Acaso no lo sabía? Se supone que su organización es profesional. —Contestó aparentando naturalidad—. Además, ¿qué importa?

—Importa mucho, su madre garantiza la seguridad del niño, pero no la tuya. Tengo órdenes de eliminarte, claro, que podrías

convencerme de ser un poco... flexible.

—Usted ha dicho que no va a hacernos ningún daño —le recordó.

Ámbar se sonrojó y abrió los ojos, alarmada, cuando el hombre la cogió del cuello.

— ¿Quién habla de matarte, cariño? Yo estoy proponiéndote un trato. Hace mucho que en mi cama no duerme una bella mujer al menos una que no sea chica fácil y algo me dice que tú está muy lejos de serlo.

La miró de arriba abajo y la joven sintió náuseas. Pensar que ese hombre podía tocarla la sacaba de sus casillas. Aceptaba sólo las caricias de Joel. ¡Joel! ¿Qué estaría haciendo? ¿Preocupándose por Paul?

— ¿Qué ha sido eso?

Ámbar dio un salto cuando el hombre, después de empujarla contra la pared, sacó una pistola.

—No os mováis —les advirtió—, y no hagan ningún ruido. Aunque pensándolo bien... —se apoderó de Paul y le apuntó con el arma, llevándolo por delante abrió de golpe la puerta.

En el silencio de la noche del desierto, se dejó escuchar el sonido de un coche; contuvo el aliento al oír que se acercaba, quienquiera que fuese ponía en peligro la vida de Paul.

Al fin, incapaz de soportar la tensión, salió de prisa. La luz de la luna iluminaba la planicie un coche conocido se detuvo y una mujer salió de él corriendo hacia Paul. Y después, antes de que la mujer pudiera alcanzar al pequeño, otra figura salió del coche, un hombre.

¡Joel! y con Teri, la invadió una sensación de malestar. ¿Se habían reconciliado y por eso Joel estaba con ella? Creyó que iba a desmayarse cuando las dos figuras se acercaron a Paul. Sintió que alguien le daba una palmada en el hombro y se volvió esperanzada, pero era Chet.

— ¿Estás bien? —preguntó con interés.

—Sí —le aseguró—, quiero irme de aquí.

—Desde luego, mi coche está detrás del de Joel, te llevaré a Fair lea si quieres.

— ¿Fair lea? —Ámbar estaba muy afectada y era incapaz de comprender lo que sucedía. Todo lo que sabía era que no debía mirar hacia donde Joel estaba con Teri y su hijo.

—Sí. Joel lo ha preparado todo para que tú y Paul seáis examinados allí. ¡Teri debe estar loca! No sabes cómo se ha puesto Joel con ella... creí que iba a matarla.

Era casi medianoche cuando los médicos terminaron de examinarla. No sabía nada de Joel ni de Paul.

—Le han dado un buen susto, pero ya pasó. De todos modos, me gustaría tenerle en observación durante un día. Le daremos un tranquilizante para que descanse.

Comenzó a protestar, pero fue interrumpida por una enfermera que sin atender a sus protestas, le dio el medicamento, la ayudó a desvestirse y se aseguró de que estuviera cómoda antes de salir.

—Joel..,—se le agolparon las lágrimas en los ojos—. Yo...

—Debe dormir, señora Sinclair, podrá ver a su esposo mañana.

Ámbar...

Escuchó la lejana voz como envuelta en una nube, trató de levantar la cabeza, pero la sintió demasiado pesada.

— ¡Ámbar!

Abrió los ojos y volvió la cabeza con dificultad. Por alguna razón su subconsciente asociaba la agradable voz que estaba escuchando con el dolor. Al ver los fríos ojos grises que tanto conocía, sintió una mezcla de miedo y esperanza.

—El doctor James me ha dicho que te has tomado un tranquilizante.

—Joel, ¿dónde está Paul? —miró a su alrededor.

—Está bien. También está en observación, pero se encuentra mejor que tú. La enfermera Adams me ha dicho que hablas en sueños aunque es imposible entender lo que dices.

Era un alivio, pues recordaba vagamente los atormentados sueños en los que había pronunciado el nombre de Joel.

—Ya está todo dispuesto para que regresemos a casa mañana -— dijo de pronto. Le daba la espalda, así es que no pudo ver su expresión —. Tenemos mucho de qué hablar, cosas que he evitado decirte.

Su corazón dio un vuelco. ¿Qué quería decirle? ¿Joel iba a volver con Teri? Joel quería a su hijo, de eso estaba segura, y quizá Teri había usado al niño para obligarle. Le dolía la cabeza y le resultaba imposible poner en orden sus pensamientos.

El doctor James la visitó más tarde, se sentó en el borde de la cama y esperó unos momentos antes de hablar.

— ¿Ya está bien? Por cierto, creo que podemos hacer algo por su pierna, si todavía quiere continuar en el plan.

Ámbar negó con la cabeza, ¿qué importaba la pierna? Casi lanzó una carcajada al darse cuenta de la ironía de sus pensamientos.

Edie y Lee la visitaron por la tarde y la chica adivinó que Joel les había advertido que no contestasen a ninguna de sus preguntas. Edie evitó mirarla y parecía muy nerviosa. Procuraron no hablar de Joel y de Teri, lo cual la dejó más confundida.

Desde un principio sabía que su relación con Joel no podía

continuar. Joel la deseaba, pero no quería decir nada. Sabía que no estaba enamorado de ella y que, una vez resuelto el problema de Paul, no la necesitaba.

Llegaron al aeropuerto de Manchester dos días más tarde. Ámbar durmió durante todo el viaje, cuando despertó, se sorprendió al ver que había apoyado la cabeza sobre el hombro de Joel; con rapidez se enderezó convencida de que ya no la quería y, por tanto, podía resultarle molesto su contacto.

La casa estaba muy fría, y le pareció raro, acostumbrarse a la ausencia del calor de California. Sin embargo, estaba más cómoda en Inglaterra. La neblina gris que cubría las colinas estaba más a tono con su estado de ánimo que el ardiente sol de California.

Mientras Joel encendía la calefacción central, preparó el te. Paul parecía estar de mejor humor. Según los médicos, la desagradable experiencia que le acababa de pasar, no había dejado huella en él, aunque Ámbar notó que cada vez que el niño intentaba contar su aventura, Joel le mandaba callar. La joven pensó que a Paul le iba a resultar muy duro tener que vivir otra vez con su madre.

Transcurrieron tres largos días antes de que Joel le dijera a Ámbar que quería hablar con ella.

La joven pensó que, por fin, había llegado el momento de la verdad y, aunque el corazón le latía con fuerza, trató de aparentar indiferencia.

—Ámbar, esto no es fácil para mí. Dios sabe que he sido muy ingrato contigo durante todo este tiempo pero después de lo que pasó con Paul... —se alisó el cabello con nerviosismo—. Lo que intento decirte es que te libero.

Ámbar no levantaba la vista. Temía que Joel pudiera leer la verdad en sus ojos. Oyó que abría un cajón, después se dirigió a ella.

—Aquí tienes, sé que mi oferta original eran veinticinco mil, pero...

Levantó la cabeza y tuvo que leer dos veces la cifra escrita en el cheque que le ofrecía. — ¡Cincuenta mil libras!

—Es para que puedas pagar el servicio médico. —Sí —reconoció Ámbar con amargura. El dolor no podría durar para siempre, y todo lo que tenía que hacer era apretar los labios para soportarlo—. ¿Quién sabe? Quizá cuando esté bien otra vez Rob cambie de parecer —se levantó, fingió una sonrisa y cheque en mano salió de la habitación.

Una vez en su cuarto rompió el cheque y lo tiró a la basura. Después, se encerró en el lavabo, para mezclar sus lágrimas con el agua de la ducha, así nadie podría enterarse de que había llorado. ¡Joel le había pagado para que se fuera!

Si no le hubiese ofrecido el dinero, habría podido soportar el dolor.

El dinero no importaba, y se había enamorado de Joel y, aunque no esperaba que él la quisiera, tenía la esperanza de que, por lo menos, no la humillase.

Salió de la ducha y después de secarse, se envolvió en una toalla. Entró en el dormitorio y se quedó petrificada junto a la cama. Joel estaba de pie, frente a ella, con los brazos cruzados. Desde el día que regresaron de Estados Unidos habían estado durmiendo en habitaciones separadas.

— ¡Joel! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Has salido del estudio antes de terminar la conversación.

— ¿Qué quieres? ¿Una declaración firmada de que voy a irme? ¡Si tanta prisa tienes me marcho ahora mismo! ¿Qué pasa, Teri no confía en ti?

Joel ni siquiera la miraba, sus ojos estaban fijos en los pedazos del cheque.

— ¿Por qué lo has roto?

Tuvo la tentación de decirle: «porque es muy poco dinero para mí», pero no pudo, y respondió después de unos instantes de vacilación.

— Porque todavía tengo orgullo.

— ¿Y tu orgullo te impide operarte? El doctor James me lo explicó todo. Por eso aceptaste mi propuesta, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué romperlo? ¿O es que Rob ha recapacitado y te quiere a pesar de la pierna?

-¿Rob?

—Sí, ¿recuerdas? El hombre a quien amas y en quien pensabas cuando te hice el amor.

— ¡Como tú pensabas en Teri! Bueno, ya la tienes otra vez y quieres que yo salga de tu vida. No te preocupes, voy a hacerlo. Yo...

— ¿Que quiero que Teri vuelva conmigo? Espetó con furia . ¿Te has vuelto loca? Por poco la mato cuando descubrí lo que había hecho. Cuando regresé y vi que no estabais en la casa casi me vuelvo loco. El nombre de Chet estaba en la libreta anotado junto a un número de teléfono. Lo que pensé fue que te habías ido con él.

Joel hablaba muy despacio, recalcando las palabras.

—Llamé a Chet y cuando llegó a casa me dijo que habías ido a llevar a Paul al hospital. Me puse al habla con el doctor, pero en el hospital nadie sabía nada de vosotros.

Entonces llamamos al número telefónico que habías anotado en la libreta y descubrimos que pertenecía a una agencia de detectives, fue cuando saqué mis conclusiones.

¿Quieres decir que Tery y tú...?

—Todo entre nosotros ha terminado y si hubieras escuchado lo que te iba a decir, sabrías que sólo hay una mujer en mi vida y esa mujer se

encuentra ahora en esta habitación, frente a mí —agregó con suavidad inclinándose para besarla en los labios apasionadamente.
Ámbar estaba a punto de llorar de alegría. Le abrazó para cerciorarse de que no era un sueño; no, no lo era. Joel estaba junto a ella, y también la abrazaba.
—No me digas que todavía dudas de mis sentimientos —dijo él mirándola a los ojos—. Por si te sirve de algo, te diré que estaba igual de preocupado por Paul que por ti. Fue el pensar que pudieran hacerte daño lo que me hizo amenazar a Teri con descubrir a sus padres su descabellado intento. Entonces me contó todo, después de desperdiciar preciosos minutos negándolo. Pero los Haines no tenían ni la más remota idea del plan.
—Pensé que todavía la amabas, sobre todo cuando desapareciste con ella en la fiesta.
—Cuando me hizo acompañarla a la fuerza, querrás decir. Y la única razón por la que le seguí el juego fue para protegerte de su maligna lengua. ¿Y cómo me pagaste? Bailando con otro hombre de una forma que me hizo desear desollarle vivo. Siempre me he preciado de ser una persona comprensiva, pero tú me descubriste que sólo soy un hombre que no puede ver en los brazos de otro a la mujer que ama.
—Yo estaba segura de que no me amabas —argüyó sonriendo con timidez.
—Ya ves que sí, que te quiero con toda mi alma. ¿Tú me amas también Ámbar?
—Yo te quise desde el primer día que te vi, pero estaba tan obsesionada con mis preocupaciones, que fui incapaz de darme cuenta.
—El doctor James me dijo que la operación era muy cara, por eso te ofrecí pagarla: quería darte algo, aunque no me permitieses darte mi amor.
—Cuando descubrí mis sentimientos ya no me importó la pierna, sólo quería estar a tu lado y no pude resistir que me dieras dinero para deshacerte de mí y rehacer tu vida con Teri.
— ¿Qué vida? Sólo quiero una mujer en mi vida y está entre mis brazos, te quise desde el momento en que te vi. Me dije que eras otra mercenaria más, pero al verte tratar a Paul me di cuenta de que no era cierto. Dios sabe cuánto luché contra ese amor. Trataba de convencerme de que sólo eras un medio para asegurar la custodia de Paul, pero en lo más profundo de mi ser sabía que no era verdad. Nunca sabrás las noches que he pasado sentado en el estudio mientras lo único que deseaba era subir y hacer esto...
Le quitó la toalla, y sonrió al ver el ligero rubor que tiñó sus mejillas cuando la recorrió con la mirada. Se inclinó para besarla y sus cuerpos se unieron en un apasionado abrazo, teniendo en uno solo el

agitado latir de sus corazones.

— ¡Ámbar! —la miró con deseo incontenible—. Nuestro matrimonio comienza esta noche.

La cogió en brazos y la trasladó sin esfuerzo, hasta el centro de la cama.

—Prometo enseñarte el verdadero significado de las palabras: «con mi cuerpo te veneraré», comenzando desde aquí.

Él se inclinó para acariciar con los labios el delicado arco de uno de sus pies. Y en un susurro mitad deleite, mitad ansiedad, Ámbar le acarició la espalda, y mientras él la estrechó entre sus brazos.

—Dime que me amas —le exigió.

—Te amo. Y te deseo con todo mi corazón.

—También yo te deseo amor mío.

Ámbar era completamente feliz, y si alguna vez había maldecido su accidente por haberle arrancado a Rob, ahora lo bendecía porque la había conducido hasta Joel. Ya no existía para ella otro hombre en el mundo y Rob pertenecía a un pasado que, a partir de ese momento, iba a quedar completamente olvidado.

—Te quiero, Ámbar —le dijo Joel al oído—. Ámame.

Su caricia fue la chispa que encendió la pasión. El abrasante calor que resultó de su contacto parecía que iba a quemarla, pero con Joel estaba a salvo, sabía que se entregaba con todo su ser al hombre que amaba. Le abrazó gustosa y se abandono por completo a la voluntad del que ya, sin reservas, iba a ser su esposo para toda la vida.